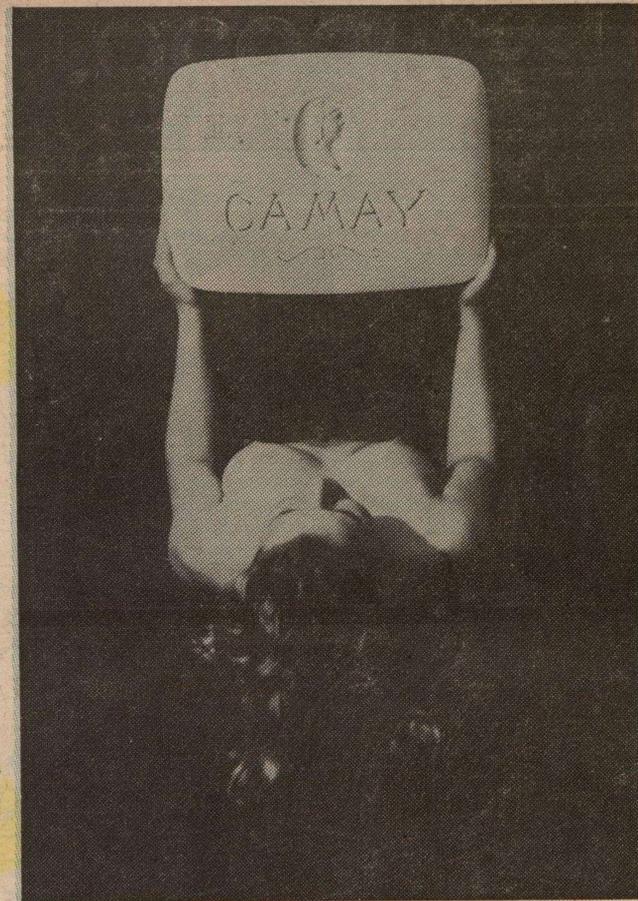


# El jabón de las bellezas



## ...una fórmula de encanto y seducción

**T**ODA mujer se encuentra siempre en un constante concurso de belleza. Es imposible evadir la comparación y la presencia de otras mujeres ante la vista de implacables jueces.

Se juzga la belleza, la distinción, la simpatía, los encantos propios... Resalta el *cutis*... la *piel*... Todas las mujeres ambicionan poseer un cutis y un cuerpo delicado y atrayente. Todos los hombres reciben el influjo de esa seducción... Valoran... destacan... *les gusta*...

Camay ayuda a vencer... Camay contribuye a poseer esa apariencia que toda mujer desea y todo hombre admira.

Una pastilla de Camay basta para convencer de que aún es posible conocer un jabón *nuevo*... un jabón que deja en el rostro la sensación de una delicadísima crema y en el cuerpo la fragancia de un baño de esencias.

Su acción pura y delicada beneficia positivamente a la epidermis.

Camay está destinado a crear la belleza, a cuidarla, a conservarla...

Contiene una habilidosa composición de delicados aceites que suavizan la piel, concentrando en una pastilla todo un tratamiento de belleza.

Sus valores han sido contrasta-

dos por las mujeres de todo el mundo. Y se asegura que no hay otro jabón en estos momentos en Cuba tan noble como Camay.

Se han hecho pruebas en comparación con otros jabones, sobre diferentes condiciones de la piel. Y una y otra vez ha salido triunfante Camay, considerándolo definitivamente el más delicado jabón para mantener la belleza natural.

Y no obstante sus virtudes superiores, no se puede encontrar un jabón tan bueno al precio de Camay.

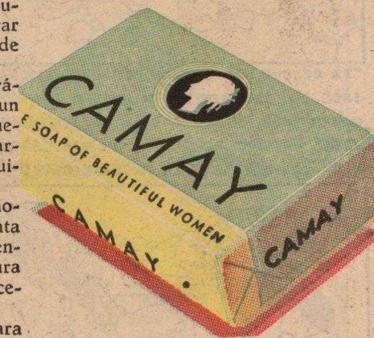
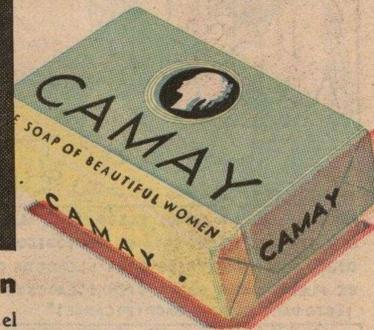
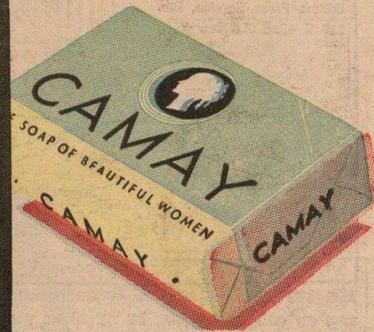
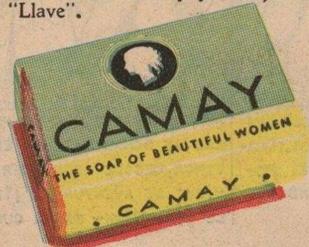
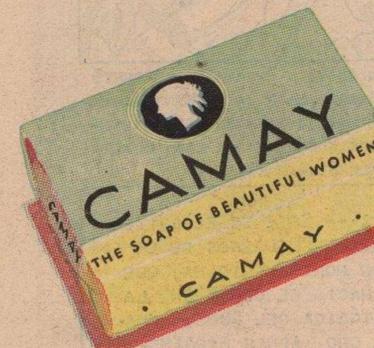
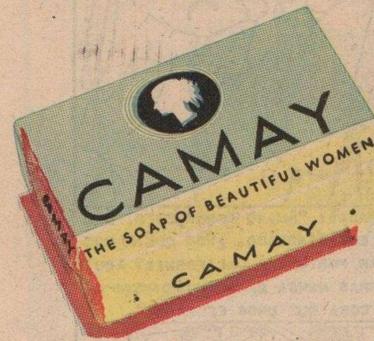
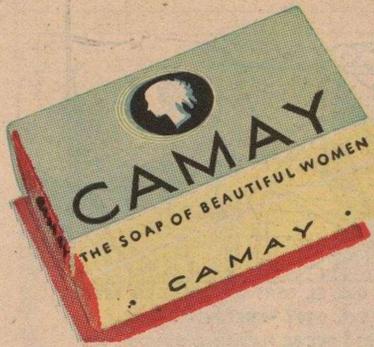
Posee una condición aristocrática, pero se caracteriza por un precio popular. Cualquiera puede comprarlo y, después de usarlo una vez, si costara más, seguirían prefiriéndolo.

Usted se sorprenderá al conocer su bajo costo. Está a la venta en todas partes. Pídale hoy. Identifíquelo por su original envoltura verde y amarilla, cubierta con celofán.

Y sus envolturas sirven para conseguir los premios gordos de las ofertas del popular jabón "Llave".

# Camay

El jabón de las bellezas



# DIARIO DE LA MARINA



SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 6 DE FEBRERO DE 1938



## EN ESTE NUMERO:



**DANIELLE DARRIEUX**

Reportaje Sobre Una Sirena Continental



**Bette Davis**  
Cuello de Cisne



**Jean Parker**  
Los Inconvenientes de Ser Niña



**Indios Que Pelean**  
Por los Espejos



**Arte Femenino**  
Crónica de París



**Los Primeros 50 Años**  
del Eperanto



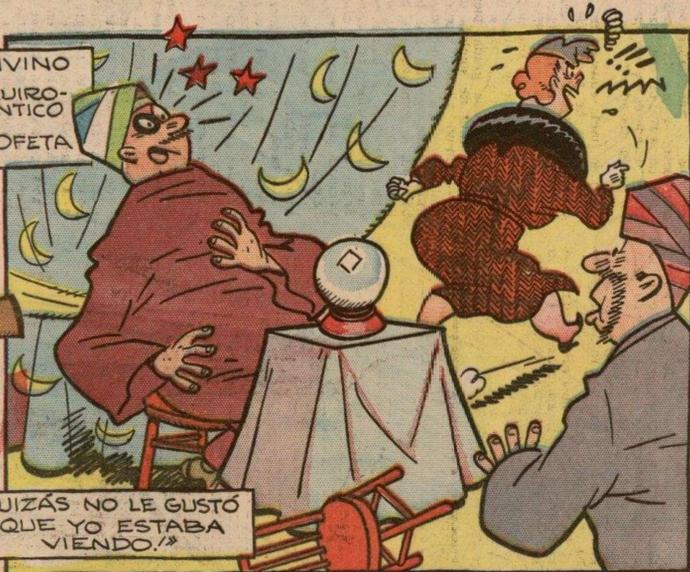
**Modas Ilustradas**  
de Hollywood



Myra la Intrépida — Rod Rian — Trucutú — Los Conquistadores y Otras Historietas



«¡ERA UNO DE ESOS MUCHACHOS TRAVESOS! ¡LE VOLÉ LOS PANTALONES DE UN FOGONAZO!»



ADIVINO QUIROMÁNTICO PROFETA

«¡QUIZÁS NO LE GUSTÓ LO QUE YO ESTABA VIENDO.»



«¡NO SEAS TÍMIDO, DIME, QUE SOY TODA OÍDOS!»



«FUÉ UNA FIESTA DESPAMPANANTE! ¡A LAS 2 DE LA MAÑANA LA CASA SE DERRETÍA!»

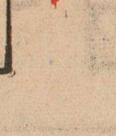


«¡MUITO, LA POLILLA SE ESTÁ METIENDO EN NUESTROS TRAJES DE BAÑO! ¿NO CREEZ DEBEMOS MARCHARNOS A LA FLORIDA?»

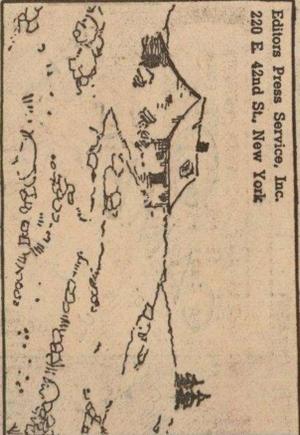


«¡MI HERMANO NUNCA SERÁ ABOGADO! ¡SU JORROBA NO LE PERMITE ESTUDIAR DERECHO!»

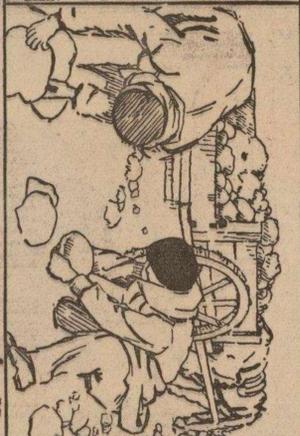
Editors Press Service, Inc.  
220 E. 42nd St., New York



Los Conquistadores  
LOVRIEN GREGORY AND GLENN CHAFFIN



AÑO 1849. WAIVE, EL JU. ABNER HIGGINS VIVE CON SU HIJITO FRANK, DE 12 AÑOS Y HUÉRFANO. PARA ABNER, LA PRIMAVERA ES EL MISMO TRABAJO DE SIEMPRE PARA EL NIÑO, ES ALGO QUE INVITA A AVENTURAS.



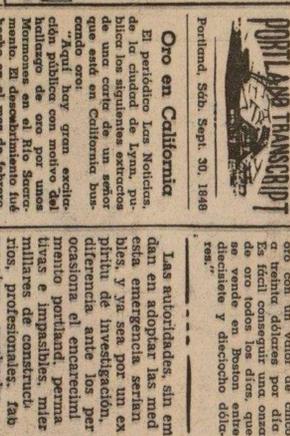
MIENTRAS LE AYUDABA A SU PADRE, DECÍAS: "ESTAS PIEDRAS SON PESADAS, DE SEGURO MÁS PESADAS QUE EL ORO DE CALIFORNIA QUE HABLE EL PERIDÓICO? EL PADRE NO CONTESTÓ, AUNQUE MÁS A OÍDO HABLABA DEL HALLAZGO DE ORO.



«PAPÁ, CREEZ QUE EL PERIDÓICO DICE LA VERDAD SOBRE ESO DEL ORO?» -PREGUNTÓ FRANK, Y LUEGO LE GUARDÓ QUE SE FUERAN A BUSCAR EL METAL. "¡NO! -RESPONDÍO ABNER- NOSOTROS SOMOS AGRICULTORES, NO AVENTUREROS!"



EM ESO LLEGÓ A DONDE ELLOS HANK SLOCUM, Y LES GRITÓ: "¡AQUÍ ESTÁ EL PERIDÓICO QUE LES DICE. HAN ENCONTRADO RIFOS LLENOS DE ORO Y SE PUEDE GANAR HASTA CIN DÓLARES DIARIOS! ¡ESTO VALE LA PENA SACRIFICARSE!"



"¡SÍ, PAPÁ, VAMOS! -EXCLAMÓ EL PEQUEÑO FRANK YO CUIDARÉ LA CARRETA MIENTRAS USTEDS DISPARAN CONTRA LOS INDIOS! ABNER LE PREGUNTÓ CUANDO PENSABA IRSE Y HANK LE DIO QUE TAN PRONTO TERMINARA LOS PREPARATIVOS.



«¡CALIFORNIA! - ESTE ES EL GRITO DE LOS NUEVOS AVENTUREROS DE LA JOVEN NACIÓN NORTEAMERICANA, QUE SE MARCHAN HACIA EL OESTE EN LA JORNADA HISTÓRICA DEL 1850. ATRAFIDOS POR EL ORO, ABNER HIGGINS Y HANK SLOCUM, LOS DOS AGRICULTORES DEL ESTADO DE MAINE, EN LA COSTA DEL ATLÁNTICO, RESUELVEN UNIRSE A LA CARAVANA DE LOS BUSCADORES DE ORO. PERO SON MUY POBRES Y NECESITAN HACER PREPARATIVOS PARA SU VIAJE. ¿DE DÓNDE SACARÁN EL DINERO PARA EMPENDER SU ARIÉSSGA DA Y LARGA AVENTURA AL PAÍS DESCONOCIDO?»



«¡PERO NO ES PELIGROSO LLEVAR MUJERES? LOS INDIOS NOS ATACARÁN!» -INTERPUSO ABNER, CLAFINCA, -CONTESTÓ HANK- PERO ANTA PUEDE PLEAR CONTRA MUCHOS INDIOS JUNTOS. ¿VENIRÁN USTEDS CON NOSOTROS A CALIFORNIA?»



«¡PERO NO ES PELIGROSO LLEVAR MUJERES? LOS INDIOS NOS ATACARÁN!» -INTERPUSO ABNER, CLAFINCA, -CONTESTÓ HANK- PERO ANTA PUEDE PLEAR CONTRA MUCHOS INDIOS JUNTOS. ¿VENIRÁN USTEDS CON NOSOTROS A CALIFORNIA?»



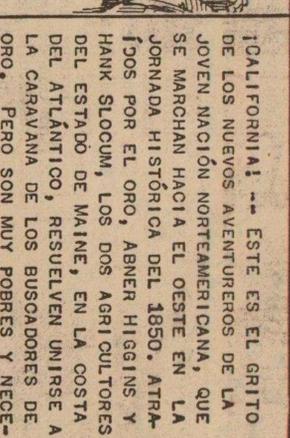
«¡PERO NO ES PELIGROSO LLEVAR MUJERES? LOS INDIOS NOS ATACARÁN!» -INTERPUSO ABNER, CLAFINCA, -CONTESTÓ HANK- PERO ANTA PUEDE PLEAR CONTRA MUCHOS INDIOS JUNTOS. ¿VENIRÁN USTEDS CON NOSOTROS A CALIFORNIA?»



«¡PERO NO ES PELIGROSO LLEVAR MUJERES? LOS INDIOS NOS ATACARÁN!» -INTERPUSO ABNER, CLAFINCA, -CONTESTÓ HANK- PERO ANTA PUEDE PLEAR CONTRA MUCHOS INDIOS JUNTOS. ¿VENIRÁN USTEDS CON NOSOTROS A CALIFORNIA?»



«¡PERO NO ES PELIGROSO LLEVAR MUJERES? LOS INDIOS NOS ATACARÁN!» -INTERPUSO ABNER, CLAFINCA, -CONTESTÓ HANK- PERO ANTA PUEDE PLEAR CONTRA MUCHOS INDIOS JUNTOS. ¿VENIRÁN USTEDS CON NOSOTROS A CALIFORNIA?»

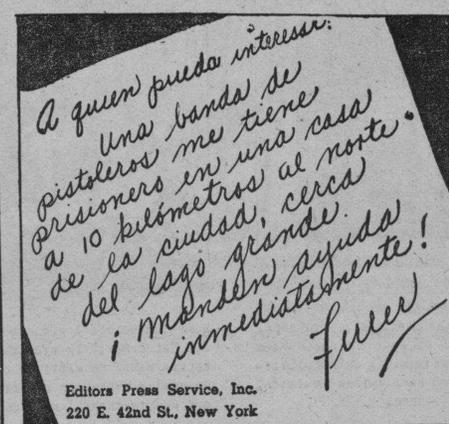


«¡PERO NO ES PELIGROSO LLEVAR MUJERES? LOS INDIOS NOS ATACARÁN!» -INTERPUSO ABNER, CLAFINCA, -CONTESTÓ HANK- PERO ANTA PUEDE PLEAR CONTRA MUCHOS INDIOS JUNTOS. ¿VENIRÁN USTEDS CON NOSOTROS A CALIFORNIA?»

# EL AGENTE FERRER

DENNIS COLEBROOK

FERRER INFORMA A LOS BANDIDOS QUE VA A DETENER A PARRÓN, PERO ÉSTE PIENSA DE DISTINTA MANERA.



# El Regidor

Por el Marqués de Lozoya

## PROEMIO

Rebosante de vida, de una vida compleja y bulliciosa, estaba Segovia en aquellos primeros años del siglo XVI, en que la poblaban gentes venidas de todas partes; de raza, de costumbres y aun de religión diversas, que de día se comunicaban y comerciaban, para encerrarse, a la noche, en sus barrios, separados como otras tantas ciudades distintas.

Al sonar las campanadas de mediodía, gente de todos los barrios llenaba la estrecha rúa que va desde el Azoguejo hasta la plaza de San Miguel y se detenía en el remanso que hace la calle debajo de la iglesia de San Martín, donde los Santos, esculpidos en la portada, parecen tomar el sol, como a la puerta de sus casas lo suelen hacer los ancianos en Castilla.

Es el atrio de San Martín, cuyo piso de antiguas losas se levanta algunas varas sobre la calle un lugar bien dispuesto para conversar apaciblemente al resguardo del cierzo, cortante y fino como un diamante; congregábanse en él a aquella hora personas de diversa condición, en su mayor parte cofrades de la Hermandad del Santo patrono, los cuales esperaban a que el cura Blas de Arévalo se despojase de los ornamentos con que acababa de celebrar, para dar comienzo a la Junta ordinaria de principios de año; había allí canónigos con sotanas y bonetes prietos, caballeros con ropas aferradas en pieles y melen arreortada bajo la gorra de velludo, médicos y letrados de grave continente y sombría vestimenta, maestros de varios oficios, envueltos decorosamente en sus capas de buen paño; figuras todas austeras, enérgicas y apasionadas como aquellas que solía pintar, sobre tableros dorados, el pintor de retablos Pedro de Berruguete. Conversaban sobre los asuntos de la ciudad y del Concejo, sosegadamente, en frases concisas, de admirable precisión. Decía el licenciado Astudillo, secretario de la Ciudad y Tierra tan moreno de rostro y cerrado de barba que, a pesar de sus redondos anteojos de letrado, tenía un no sé qué de salvaje y montaraz.

Carta de Su Alteza leyóse ayer en Concejo, fechada en las Cortes de Toro, y dice en ella cómo ha sido jurado gobernador de estos Reinos hasta que de Flandes vengan la Princesa y el Príncipe.

—A muchos pesará—dijo el arcediano don Gil Velázquez—, que holgarían de que estuviere ya en Castilla el Rey mozo y liberal en lugar del viejo ástido que bien les conoce. ¡Oh, si éstos que digo pudieran con el pensamiento traer a don Felipe! Presto desembarcará entonces en Laredo, aunque para verlo hubieran de dar el ánima a Satanás.

Un viejo monedero, de voz temblorosa y de ojos siempre encarnados y llozosos, murmuró estas palabras:

—¡Lo que es, señores, la codicia de heredar! Apenas si descansa el cuerpo de aquella santa en la misma tierra que por ella se ganó, y ya se mueven pleitos en Castilla por su herencia. ¡Mejor se emplearían en hacer bien por su ánima! Porque mis hijos no sientan nunca esa codicia, hogaño reparti con ellos cuanto tenía, y me quedé sin más hacienda que esta capa y sayo, que serán mi mortaja.

Siguió plañiendo por algún tiempo el vejezuelo de la voz temblorosa e ingratiitudines de hijos y desabrimientos de nuevas; pero los cofrades atendían con más gusto al orondo mercader Alonso de Santa Alalla, que contaba como vintidón de Arévalo a Medina, con ciertos acemileros, todo, pasado Madrigal, con el atadío de la Reina, cubierto de un paño rico, y que seis labradores llevaban a hombros; detrás de él iban prelados y caballeros, soldados y frailes.

Todos callaron algún espacio, impresionados por la visión de la buena reina Isabel, atravesando por última vez, bajo la lluvia de noviembre, sus campos de Castilla; rompió el silencio la voz des-

paciosa del fundidor Diego Sánchez, hombre sin edad marcada, enjuto como un haz de sarmientos.

—Dios prospere al Rey Don Fernando y a la católica Reina tenga en su gloria, porque oprimieron a la morería y ensancharon la cristiandad.

—Dijera yo como vos, Diego Sánchez, si, al tiempo que ganaron nuestras ciudades y reinos, no hubieran despojado a estos que heredaron de sus antepasados, los Reyes de buena memoria.

El que de este modo exponía sus juicios, con una voz hermosa y flexible, era Rodrigo Fernández Osorio, el más hacedado y poderoso entre los caballeros de amigos linajes. Era este Rodrigo Fernández Osorio un hombre como de cincuenta años, que parecía alto sin serlo, por la perfecta proporción de los miembros de su cuerpo; tenía muy espaciosa la frente, tostada la color, grande la nariz y aguilena; los ojos, pardos, pequeños y vivos; delgados los labios, que dibujaban un gesto desdeñoso y burlón. No muy conforme con la paz de aquellos días, recordaba a menudo los del buen rey Enrique, bulliciosos y libres, en que a cada paso topábanse en las callejuelas sus escuderos con los de Tapia o de Peñalosa y trababan combate, la sangre corría y se encendía en la ciudad una hoguera de fuego y de pasión.

—Todos sabemos—prosiguió el catedrático—con cuánto trabajo nuestros padrazos se asentaron en esta tierra, cuñía clavada de la vieja Castilla en tierra de moros; con cuánta fatiga la defendieron, cuánto pusieron de su parte para ganar la de Madrid. Para ello fué preciso fundar Comunidad, recia y trabada, en la ciudad con sus pueblos; y los Reyes de donde vienen estos que ahora son, hicieronla merced de montes y de pinares para que los ciudadanos comunamente los aprovechasen y repartiessen hasta el fin de los siglos; pero en nuestros tiempos hemos visto cómo eran separados de la Ciudad y Tierra más de doscientos vasallos para el patrimonio de un privado.

Clamaba ahora la voz del caballero, firme y segura, como la de quien habla convencido de clarísima justicia.

—Todos los que ahora aquí estáis tenéis en la memoria los cadahalsos de luto que se hicieron en San Miguel, en San Martín y en Santa Olalla, en los que la ciudad apeló del desafuero ante el Papa y ante Dios; las voces del pueblo, el llanto de los niños ahogados por sus madres. Aún yo mismo salí a la plaza a quebrar un cántaro y a hacer una humada en señal de la grande injusticia; pero nada nos aprovechó entonces, y henos aquí ahora lamiendo como canes la mano que nos maltrata.

Espantáronse todos de la libertad y desmesura de estas palabras, y guardaron silencio, temerosos de hacerse solidarios de ellas; ya habían pasado para Castilla los tiempos en que se hablaba del Rey llano y familiarmente, por plazas y mercados; la sombra del poder real caía ahora sobre las cabezas de los castellanos como la de un águila inmensa, explayada en el cielo.

Tornó luego a hablar Diego Sánchez:

—Bien está cuanto dice vuestra merced, y a su tiempo todos lo sentimos como es razón; pero hombre de ruin ánimo será quien no se olvide del propio despojo ante la grandeza de estos tiempos, que son tales que hubieran alrará a nuestros abuelos si hubieran alraron Enrique, a quien Dios tenga en su gloria, eran las ciudades de Castilla una viva llama de guerras y de soberbias, turbadas por querrelas y banderías, avasalladas por caballeros facinerosos, sin Dios y sin ley, como aquel Pedro de Mendaña, alcaide de Castronuño... Ahora el poder de nuestros Reyes alumbrá como el sol y llega a todas partes, hasta a los agujeros de Galicia, nido de alimañas; expulsados vimos de estos reinos a los Judíos, sanguijuelas dellos...

—Expulsados unos..., sublimados otros a canonjas y regimientos—interumpió a este punto el regidor, tan enemigo de la sangre hebrea, que en el buen tiempo de bandos y bullicios contribuyó a que se derramara por las calles de la judería, y sonrojáronse el lectoral D. Pedro de Alcaraz y el bachiller Alonso de Toro, que eran cristianos nuevos.

Diego Sánchez, continuó imperturbable:

—Perdieron los moros una a una las ciudades que desde ocho siglos sujetaban, y en las Indias nuevas todos los días se descubre y gana alguna provincia o reino. ¿Qué importa que nuestra ciudad haya sido despojada de algunos vasallos cuando tantos se ganaron para Jesucristo?

Finó su bien concertado discurso el menestral con un apasionado elogio de la obra magna de Isabel, del Santo Oficio de la Inquisición, confundidor de la herética pravidad. Era esta materia harlo ingrata para los oídos de Rodrigo Fernández y de algunos otros...

Martín, sentado debajo de un sepulcro que sobresalía del muro sobre recios canes, frente a las arquerías que se apoyan en capiteles de maravillosa labor, don Gil Velázquez disertó de las grandezas de la ciudad, que él tan bien conocía; de las altas hazñas de sus hijos, de la penitencia y milagros de sus santos; y los ciudadanos escuchaban con avidez aquellas palabras que les ponían en comunicación con los muertos, y henchíanse de orgullo por pertenecer a una tan insigne y antigua colectividad, por ser conatados y herederos de las virtudes y el valor de los pasados.

...Lo se había cansado de hablar el arcediano, ni de escucharle los cofrades, cuando apareció, en la puerta que de la iglesia da paso al pórtico por el lado del mediodía, el cura Blas de Arévalo, con el sacristán y los monacillos; pero atajóse, antes de que se llegase al grupo, una vejezuela que había permanecido sentada en una grada, bien arrebujada en su manto de sombría estameña.

—Díxime vuestra merced, señor bachiller—dijo quedamente al clérigo, mostrándole un niño que bajo su manto traía y comenzaba a despertarse—; epreen un punto estos caballeros, que antes de que la Junta empiece tiene que cristianarme por caridad a este ángel que aquí traigo, que ya se impacienta por entrar en el gremio de la iglesia.

Prorrumpió entonces el cura en una sonora rictada:

—¡Hasta cuándo, señora Mari-Sánchez, vais a persistir sola en vuestro oficio de asistir a paridas, amaadrinar infantes, velar a enfermos y a difuntos y juntar y consolar a malcasados? ¡Tan miserable es el oficio que no da para mantener oficiales y aprendices, o es que por acá? no sois examinada y andáis sin carta de maestría?

Sonrióse beatamente a estas palabras la vejezuela. ¡Oh, qué lengua sería bastante para cantar la virtud y abnegación cristianísima, la solicitud ilimitada, oportuna siempre, siempre discreta, de esta Mari-Sánchez la del Arrabal! Madre solían llamarla, y en sus entrañas había para todos tesoros de maternal amor. ¡Qué pluma podría describir las muchas artes que sabía para entablillar miembros rotos, lavar y curar heridas, disponer bálsamos y ungüentos con estoraque, con benjuí, con grasas de animales y con diversas flores y plantas; emancanilla e romero, malvaheicos, culantrillo, oronillas, flor de sauco e de mostaza, espiglo e laurel blanco, tartarosa e gramonilla, flor saluaje e bigueruela, pico de oro e hija tinta? Basta saber que de su ciencia, que heredó una su ahijada, tomó no pocas noticias el doctor Andrés Laguna para sus comentarios a Dioscórides Anazarbo. Era tan vieja, que sus años, contados por maravédes, harían algunos reales; viva y menuda, delgada y limpiísima, allá parecía donde adivinaba dolor o necesidad.

El cura, que era de buen acomodo, como hombre grueso, disculpó con los cofrades y abandonó de buen talante el sol exterior para hundirse de nuevo entre las frías sombras del templo; pero los monacillos, que por larga experiencia sabían el escaso provecho de los bautizos de estos ahijados de Mari-Sánchez, nacidos todos en el desamparo del pecado o de la miseria, no se apresuraron a cumplir con su menester, y dieron en burlar con la anciana, harlo paciente para las destempladas infantes.

Tomando al niño con el brazo izquierdo, Mari-Sánchez hundió la sarmentosa diestra en la faltriquera y sacó de sus lobrequees hasta cuatro reales envueltos en un pañuelo; separó pensosamente dos de ellos y se los dio al sacristán, que, de confuso, no acertaba a tomarlos.

—¡Andad, hijo, y haced que toquese



caballeros, poco amigos de novedades, y más cuando vulneraban su antiguo privilegio de tener a raya con sus espadas a los judaizantes; pero ninguno fué osado a manifestar sus pensamientos; sólo el Osorio interrumpió desabridamente al tundidor, asegurando que toda la gloria del mundo no bastaba a enubrir una injusticia, y que muchas ciudades conquistadas no podían pesar en su ánimo lo que el agravio inferido a su ciudad, que era tal que Dios sólo podía perdonarlo.

Para cortar la discusión, que la tenacidad de ambos cofrades prolongaba, comenzó a hablar don Gil Velázquez, arcediano de Cuéllar, y todos escucharon en silencio sus conceptos, vertidos en un habla apagada, tranquila, forjada en elegantes giros y esmaltada de citas latinas y toscanas. No aparentaba más de cuarenta años, y era medianamente grueso y de facciones nobles y firmes como los perfiles de emperadores en las medallas antiguas.

En este alegre mediodía invernal en que se juntaban los cofrades de San

*A quien pueda interesar:  
Una banda de  
pistoleros me tiene  
a 10 kilómetros en una casa  
de la ciudad, cerca  
del lago grande,  
¡manden ayuda  
inmediatamente!*  
Ferrer

Editors Press Service, Inc.  
220 E. 42nd St., New York



de un taller como el de Diego Sánchez. Sintió Alonso que el peso de aquella vida escondida, monótona y austera le angustiaba el alma, y un impulso de rebeldía hizo brillar en la sombra sus pupilas, de un azul tan puro como un esmalte heráldico.

Pero, a poco de respirar de nuevo el tibio ambiente exterior, cuando su madre le devolvió su libertad, en la plaza de la iglesia, olvidó el rapaz sus amargos pensamientos. Permaneció aún en el poniente un resto de la luz del largo ocaso estival; los monacillos habían encendido, con ramas verdes de chopo, una crepitante lumbrarada que iluminaba con indecisa luz los ábsides de la parroquia y hacía danzar a las figuras de los capifees. Saltaban los mozucleros por entre las llamas, chamuscándose las ropas y gritando como diablitos, embriagados de la pagana alegría de la noche de San Juan, cumpliendo, sin saberlo, un rito tan viejo casi como el mundo.

Era preciso tocar a Visperas, y Alonso, encargado de aquel menester, penetró, con otros dos mozucleros, en la sombría nave de la iglesia, y topó, casi a tientas, con la puertecilla de la torre. Los monacillos subieron de dos en dos las desiguales y gastadas escaleras, y en un instante se vieron en la estancia donde las campanas, como aves dormidas, reposan pendientes de sus carcomidos caballetes; colgaron los duendes de la parroquia de sus viejas amigas hasta lograr hacerlas voltear; era aquel el ejercicio predilecto de los acólitos, y ponían igual entusiasmo en los repiques de cantamisica que en el pausado y solemne clamor de difuntos. El son estridente del metal herido hizo retremblar la fábrica de la torre, atronó los ámbitos del arrabal y fué a perderse en los aires, sobre los campos, confundiendo en la magnífica armonía de la noche de San Juan, en que vibran los rumores de todas las sabandijas de la tierra.

Terminado el repique, Alonso y sus colegas, que no gustaban de ser tan pronto de sus encumbrados dominios, sentáronse en el aféiz del ventanillo que mira al mediodía, divirtiéndose en contemplar cómo los reflejos de su hoguera jugaban en las paredes de las casas. Uno de ellos, que oteaba a lo lejos, notó que en los antiguos muros de la iglesia de San Juan, parroquia de los nobles linajes, sobre el peñón en que se asienta la ciudad, había también resplandecido de luces. ¿Acaso los hidalgos habían encendido aquel año su fogata sanjuanera? Pero bien pronto llegó a ellos el eco de algunas campanadas lentas, compasadas, graves; en la insigne parroquia de los caballeros tocaban a viaticar.

Destacaron los rapaces sus monterllos y callaron un momento; en el silencio y la oscuridad, Alonso volvió a sentir la angustiosa opresión que le asaltaba aquella tarde, notó que aquellas campanadas lejanas repercutían de modo extraño y doloroso en su corazón.

en ensalmos y brebajes; comadres entrometidas que a porfía intentaban atajar el mal con los bárbaros y repulsivos recursos de su ciencia popular; cofrades diputados por sus corporaciones para velarle y asistirle; antiguos criados que no se recataban para rezar ante la imagen de grandes voces. A esta hora, los innumerables habitantes de la casa-fuerte de los Ossorios, parientes, dueñas y escuderos, mozos y esclavo, agrupábanse en las ventanas para rezar ante la imagen de San Juan, que los sastres y jubetores de la ilustre cofradía de la Tierra habían de sacar aquella tarde en procesión por las callejas que unen ambas plazas del barrio de los Linajes.

No quedaron junto al enfermo sino dos personas: de pie, frente del lecho, contemplando fijamente aquella luz que se apagaba, aquel acabamiento de sus alegrías y de sus esperanzas, el regidor esperaba silencioso y absorto en sus pensamientos; una leve arruga que surcaba su amplia frente era cuanto dejaba entrever de su dolor sombrío de aquel orgullo que cifraba ahora, sobre todo en la gentileza del mancebo, en su arrogancia varonil, en su lozano ingenio. A los pies del lecho, sentada en una almohada, lloraba mansamente una mujer, casi una niña, delgada y morena: doña Aldonza Velázquez, la de los dulces ojos de paloma, desde sólo un año antes esposa del caballero que iba a morir.

Bien triste había sido, en su tiempo de casada, la vida de la damita a la cual, tan niña que aún no contaba catorce años, habían arrancado de la recia casa torreada de los Velázquez, en Cuéllar, en cuyo vergel jugaba desquidada con sus cuatro hermanas, todas lindas y alegres como ellas; unas, prometidas también a hijos de hidalgos; otras, dedicadas a profesar en el monasterio de Santa Clara. La esposa de Gonzalo Fernández debiera haber continuado aquella placida y sosegada vida por un año más; el tiempo preciso para que su madre y las dueñas terminasen de enseñarlas recetas de confituras y de sifetes, cortesanías prácticas y domésticas labores; pero el regidor Rodrigo Fernández, su suegro, que veía extinguirse el linaje de Ossorio en la enfermiza persona del mayorazgo, exigió que fuese llevada antes del pactado a sus casas de Segovia.

Templóse algo el dolor de la despedida, cuando a las puertas de la villa montó en su mula blanca, entre el arcediano,

su tío, y el mayor de sus hermanos, con la curiosidad de la vida nueva que ante ella se abría y, sobre todo, con el vivo deseo de conocer a aquel caballero al cual desde niña sabía que estaba destinada y a quien decían tan galán. Pasados, como un sueño alucinador, los días de las bodas, doña Aldonza sintióse muy sola en la casa de los Ossorios, donde la rodeaba la indiferencia o la hostilidad de todos. El regidor, abstraído entonces en cierta contienda sobre la prioridad del linaje de Díaz Salz en el Ayuntamiento, y en un nuevo pleito con los frailes de San Francisco sobre su capilla y sepulturas, apenas paró mientes en la dulce y callada niña que venía a aumentar el número de habitantes de los palacios de San Pablo. Vivían en ellos dos sobrinas de Rodrigo Fernández, doña Elvira y doña Leonor, huérfanas de Gonzalo de Ferrera, su hermano, y ambas mandaban en la casa como señoras de ella; eran cegullonas e interesantes, absortas siempre en el amor y en el decoro de sus magníficos maridos y de sus hijos, y miraron como enemiga a la joven esposa que venía a disminuir su categoría y a un su hacienda; en la ociosidad de su serrallo pasaban el día comentando con sus criadas las palabras y los gestos de la intrusa y buscando nuevas maneras de humillarla y herirla. Los maridos, que eran de sangre de cristianos nuevos, de poco tiempo ennoblecida, no veían en ella sino el camino por donde podían escabullirse los dineros del tío, y la odiaban cordialmente. El odio cegó a uno de ellos, Juan de Viteros, de tal forma que ya creyó tan vil que admitiese sus requiebros, y dió en cortejarla, desenfadada y pekulante; todo esto convertía las bromas de la piadosa y simple doña Aldonza, hambrienta de puro y santo amor, en áridos desiertos sembrados de dolores y de peligros.

Pero más aún que todas estas cosas acongojábanla los devaneos de Gonzalo Fernández, que apenas por algunos días detuvo en ella sus volanderos pensamientos. Trataba siempre a su esposa con gentil indiferencia y defendíala vigorosamente de las intrigas que bullían en la casa; pero andaba hartó entregado a sus juegos y a sus amores para dar al corazón de la niña lo que le pedía; bastó, sin embargo, aquella fácil bondad y la buena gracia del mancebo para encender en el alma generosa de doña Aldonza un sentimiento de gratitud tan vivo que tocaba en los límites del amor, y con el amor se confundía.

Y al ver a su marido rendido por el mal de muerte, tuvo para él la ternura maternal que a toda mujer inspira un enfermo, débil y caprichoso como un niño, como un niño sediento de caricias. Gonzalo Fernández no pensaba ahora sino en ella; buscaba los cuidados de aquellas manos frescas y suaves y el halago de aquella mirada en que temblaba un amor recién nacido, tan medroso y humilde que nunca osara asomarse a los labios, pero que la intuición experta del caballero sentía latir y que su exacerbada sensibilidad de moribundo agradecía. La vida de la dama fué más dulce en aquellas jornadas.

El regidor, cuyas ánticas pasiones, desde la muerte de la única mujer a quien había amado, eran el amor del linaje y el amor del hijo en que se continuaba, apenas salió de la cámara del enfermo, y los desvelos y cuidados de la nuera, trocaron en estimación su antigua indiferencia. Doña Elvira y doña Leonor miraban ya sin odio a la que heredase las haciendas de los Ossorios; aquella cuya envidiada situación en la casona acabaría con la vida del joven caballero moribundo. Aquella confusión de extrañas dulzuras y de dolores tocaba a su fin; sabía doña Aldonza que la débil candelilla por cuyo sostenimiento velaba afanosamente no podía alumbrar sino pocas horas, tras de las cuales se abría ante ella como un mar de negrura y desolación.

El moribundo, que desde la noche anterior, cuando recibiera el santo Viático, permanecía inmóvil, con los ojos fijos en lejanas visiones, se incorporó lentamente e hizo además de hablar sobresaltarse las dos figuras, ensimismadas en su dolor y en sus pensamientos, y acercáronse a los labios del caballero para recoger sus palabras; el cual, con voz apagada y despaciosa, entrecortada por la fatiga, dijo así:

—Señor padre, mi señora doña Aldonza: sabéis que voy a morir, bien cargada el alma de pecados y de obligaciones con que no supe cumplir en esta vida. Bien sé que habéis de rezar por que la pena que merecí por ello, Nuestro Señor y su Santísima Madre me la alivien, y os encomiendo mucho que así lo hagáis; pero aún otra cosa he de encomendaros, que es muy en cargo de mi conciencia y sin cuyo cumplimiento mi ánima ha de dejar el cuerpo acongojada y temerosa.

El regidor miró con ansiedad los labios anhelosos que trataba de abrir; formaban estas palabras, y con el corazón palpitante, espéro a confesión del hijo moribundo, confiado tal vez en que había de trocarse algún alivio para la más grande de sus penas: el acabamiento de la sangre y raza de los Ossorios.

Después de una breve pausa, Gonzalo Fernández, prosiguió de este modo:

De una moza honrada del arrabal de San Lorenzo, con quien tuve amores hace algunos años, engendré un hijo varón, del cual sé que aún es vivo. Como es su madre mujer de tal estado que vive del trabajo de sus manos, la vida de ese niño ha de ser, si vos no le amparáis, harto más trabajosa de lo que conviene a hijo mío; en mi libro de horas hallaréis una memoria de mi letra en que está el nombre del hijo y de la madre. Sé que habéis de velar por ellos; vos, padre, porque es de justicia que emendéis los malos hechos de vuestro hijo, y a la justicia servisteis siempre con vuestra espada; vos, mi señora, por el fino amor que me tuvisteis, y que yo no podré agradecer sino desde el cielo, donde os espero.

Rendido por el esfuerzo, dejó caer el mozo sobre el cabezal la desordenada melena de oro; en el bello rostro, cuya piel de puro transparente, morena y dejaba traslucir la fina calavera, fijóse lentamente un reposado gesto de augusta serenidad; ese gesto que aún pedura en la yacente estatua de alabastro que, en la sombra de la capilla familiar, hace memoria de Gonzalo Fernández Ossorio.

Las sombras de la noche comenzaron a invadir la cámara; llegaba de la calle el roncón de los atambores y las agudas notas de las píttaras; cantos de clérigos y rumores de muchachos alborozada; ante las ventanas de la casa-fuerte pasaba en procesión la imagen del Señor San Juan, precursor y heraldo de Cristo Redentor.

IV

No de otra manera que la muerte del enamorado Galixto exultaba y puso en llanto a toda su ciudad, la de Gonzalo Fernández dejó en la de Segovia clamor de campanas, aullidos de canes, estrépito de armas y cubrió de luto y jergas la mayor parte de la ciudadana caballería. Divulgóse la nueva por los barrios, y no fue en ninguno de ellos quien no se doliese de aquella malograda juventud. Singularmente plañían las damas, comentando la gentileza de su cuerpo y lo agudo de su ingenio para inventar motes y cámeras, músicas y emblemas; la suntuosidad de sus ropas de brocado y terciopelo. Los viejos ponderaban el brio, ya no usado en las nuevas generaciones, con que defendiera en el Ayuntamiento los intereses y el decoro de los linajes.

Enterráronle una mañana tan bella, que parecía más propia de bodas que de funébreas ceremonias, y despidióse la ciudad para ver pasar el cortejo desde la puerta de San Juan hasta el monasterio de San Francisco, donde tenían los Ossorios sus enterramientos. A la viva luz del sol de junio relumbraban los oros bordados en el ropetero que cubría el atadío y en las capas de los sacerdotes; majestuosamente, cantando salmos y letanías, pasó todo el cabildo de los clérigos; los de San Juan y Sahagún, San Quirce, Santa Coloma, Santa Oialla...; detrás de

CONTINUA EN LA PAGINA 11

Panel 1: DON REGINO NO SABE QUE LA POLICIA SUSPECHA DE EL, Y QUE...

Panel 2: 'HASTA LUEGO, DONOSO, ¡VOY AL CENTRO DE LA CIUDAD!' '¡ADIOS, REGINO!' '¡EL MUY BOBO NO SABE QUE LE SEGUIRE LOS PASOS HASTA EL FIN DEL MUNDO!' '¡CUANDO DONOSO PERSIGUE A UN LADRON, AUNQUE SEA DE LEVITA ESE LA DRON ESTA CAMINO DE LA CARCEL!' '¡CARAMBA, ESTOY PERDIENDO LOS SESOS!' '¡OJALÁ NO SE ME HAYA ADELANTADO MUCHO!' '¡BUENO, SIEMPRE TENGO TIEMPO DE SOBRA, MIENTRAS QUE ESTE EMPAREDADO ESTA PIDIENDO A Gritos QUE ME LO COMA!'

Panel 3: '¡ALLÁ VA EL MUY ERIBÓN!' '¡GRACIAS A DIOS, QUE CUANDO DONOSO SIGUE UNA PISTA, NO FALLA!' '¡LO SEGUIRE DE CERCA HASTA QUE CONSIGA LA PRUEBA DECISIVA.' '¡CARAMBA, QUÉ BIEN ME SIENTO TAN FRONTO SALGO DE LA CASA Y NO VEO A ESE DONOSO, TAN DESADO Y TAN IMBÉCIL!' '¡ES CURIOSO! ME PARECIO OIR PASOS DETRAS DE MI.'

Panel 4: '¡HOLA, AMÉRICO CAZUELO! ¿QUÉ TAL? ¡TOMA UN CIGARRO!' '¿CÓMO ESTÁS, REGINO? ME DICES QUE ERES RICO!' '¡BUENO, NO ME VA DEL TODO MAL! HAGO ALGUNOS BUENOS NEGOCIOS DE VEZ EN CUANDO.' '¿Y QUÉ HAY DE NUEVO? ¡SENTEMONOS UN RATO A CHARLAR!' '¡ME CUENTAN QUE ANDAS GASTANDO BILLETES DE A CIEN DÓLARES COMO SI FUERAN REALES!' '¡SIEMPRE CREÍ QUE TENÍAS TALENTO Y QUE LLEGARÍAS A HACER FORTUNA!'

Panel 5: '¡ES UN IDIOTA, NI SI QUIERA SE HUELE QUE EL GRAN DONOSO LO PERSIGUE!' '¡BAH, AQUÍ VOY MÁS CÓMODO QUE CAMINANDO!' '¡LLÉVEME DESPACIO AL HOTEL GRAND!' '¡MUY BIEN!' '¡OIGA, CHOFER, NO TIENE QUE CORRER A VELOCIDAD!' '¡PERDÓN, SEÑOR, NO ME FIJE!' '¡YA LE COBRARÉ ESTA A COLIFLOR!' '¡CALLE EN REPARACION TENGA CUIDADO!'

Panel 6: '¡AHORA PUEDO HACERLO SIN SER NOTADO, MIENTRAS LEE LOS PERIODICOS.' 'ME PROBARÉ ESTE DISFRAZ. CUANDO ME LO PONGA PODRÉ SEGUIR A COLIFLOR A TODAS PARTES SIN SER RECONOCIDO.' 'ESTE ARTÍCULO SOBRE LAS FECHORÍAS DEL GATO DEBE INTERESARLE A DONOSO. ¡VOY A MOSTRÁRSELO EN SU HABITACIÓN!' '¡VOTO A SANES! ¿ESTOY EN OTRA CASA?'

Panel 7: '¡ESOS BANANOS SE VEN MUY BIEN! ¡DEME UNA DOCENA!' '¡VALEN CUATROS REALES NADA MÁS!' '¡QUÉ AGRADABLE ES TENER PLATA Y COMPRAR LO QUE SE LE ANTOJA A UNO!' '¡ES RARO, PERO ME ENCANTAN LOS BANANOS! ¡A OTRAS PERSONAS LOS HACEN MUCHO DAÑO!'



# TRUCUTU

¡DOÑA PANCRACIA, TENGO UN SOBERBIO EJEMPLAR PARA EL ZOOLOGICO, PERO NECESITO QUE ME PRESTE A LA DINO SAURA PARA TRAERLO AQUI, CACHÓN, ES UN FENOMENO DE BESTIA!



¡ME PRESTO LA DINOSAURA, PERO ME COSTO MUCHO TRABAJO CONVENCERLA!

¡CACHÓN, GUZIGÚ, SABES ECHARLE CUENTOS Y DARLE COBA A LA GENTE! ¡ERES UN GRAN POLITICO!

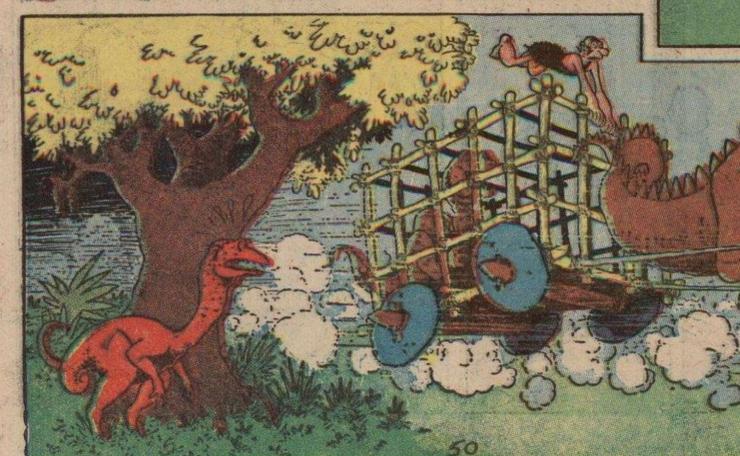
¿NO CREES QUE CONVIENE VENDERLE LOS OJOS A DOÑA ISAUURA PARA QUE NO SE ASUSTE DE VER A ESE ANIMALOTE BRUTAL?

¿TIENES RAZÓN, TRUCUTU? ¡ESTA VIEJA MASTODONTICA ES EL DEMONIO CUANDO VE LOS OJOS!



¡SALTARE SOBRE LA JAULA, TRUCUTU! ¡PUEDES EMPEZAR A CAMINAR PARA GUZILANDIA!

¡SUJETATE! ¡VAMOS DOÑA ISAUURA, ARRÉ! ¡ARRÉ!



**FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA**

**¡EL HOMBRE MAS ANTIGUO NO ERA CAVERNARIO!**

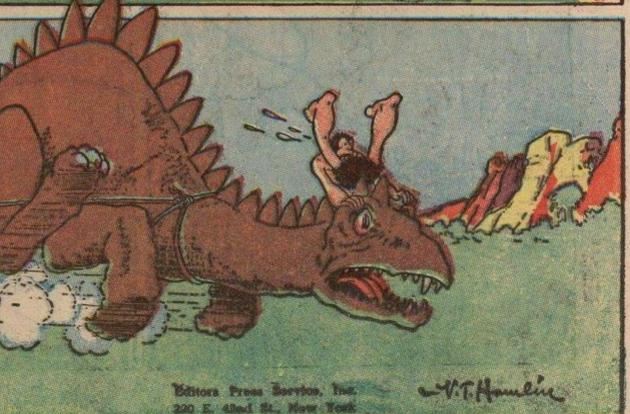
AL CONTRARIO DE LO QUE SE SUPONE, LOS HOMBRES DE LA ANTIGUEDAD DE PIEDRA NO ERAN CAVERNARIOS. EN LOS REMOTOS TIEMPOS DE LA CULTURA EUROPEA HACE 200,000 AÑOS, EL HOMBRE USABA ARTEFACTOS DE PIEDRA, PERO DE 90 ESPECIMENES ENCONTRADOS SÓLO 2 FUERON HALLADOS EN CUEVAS.

AL INICIARSE LOS PERIODOS GLACIALES, EL HOMBRE BUSCÓ REFUGIO EN LAS CAVERNAS PARA PROTEGERSE DE ESTOS TERRIBLES CATACLISMOS PREHISTÓRICOS.



¡BUENO, TRUCUTU, ACABA! ¡NO QUERRÁS QUE ESTÉ TODO EL DÍA AGUANTANDO A ESTE ENERGUMENO!

¡QUIETO, QUE YA VOY A ENGANCHARLO A LA JAULA!



# El lujo y la sencillez



★ Por Sara Diez

Contrastes de la moda: derecha, vestido de noche, de entalle alto y falda amplia, diseñado para Ginger Rogers; izquierda, un modelo fastuoso de coques para Ann Sothern. Ambas creaciones de Stevenson, maestro diseñador de los estudios de la RKO-Radio.

Bosquejos de Louise.

Hollywood. **E**DAWRD STEVENSON, famoso diseñador de Hollywood, que acaba de regresar a Cinelandia después de pasar una breve temporada de vacaciones en Nueva York, opina que la próxima batalla en el frente de las modas será entre la sencillez y la fastuosidad.

"Nueva York y París—dice—siempre se han burlado un poco despectivamente de los estilos de prendas teatrales de Hollywood, y sin embargo, Nueva York ha eclipsado a la capital cinematográfica en lo que a extremismos se refiere. En todos los sitios que visité en Nueva York, —en los cabarets, en los teatros, en los restaurantes,—noté que las mujeres se desviven por superarse las unas a las otras en materia de lujo. Por dondequiera veía suntuosos vestidos de coques, brillantes telas metálicas con elaborados adornos de cordoncillo, túnicas de baile bordadas en mostacilla y los sombreros más fantásticos que es posible imaginar.

"Precisamente por esto me atrevo a vaticinar que en la próxima temporada se iniciará un movimiento favorable al retorno de la sencillez en la indumentaria. Al fin y al cabo, nada es más fastuoso y encantador que la verdadera sencillez. Las ropas demasiado elaboradas conducen fatalmente a anular la personalidad de la mujer que las usa."

Esta manera de pensar ha inducido a Stevenson a diseñar un guardarropa sumamente sencillo para Ginger Rogers en su próxima película *Having Wonder-*

ful Time, que acaba de filmarse en los estudios RKO-Radio.

"En pasadas ocasiones—continúa diciéndonos Stevenson—Ginger Rogers ha lucido prendas de vestir de corte extremado y muy lujosas; prendas esencialmente teatrales, de las que se podía copiar algún detalle aislado, como una manga o un entalle, pero que no servían para patrón de uso común y corriente entre las admiradoras de esta gentil estrella. Para esta película de ahora Ginger va a vestir modelos que cualquier mujer puede imitar, sin dificultad, para completar su surtido de primavera."

**S**ALIMOS del restaurante de los estudios, donde estábamos tomando una taza de café, y continuamos caminando hacia los talleres de la sastrería donde Stevenson había de supervisar el trabajo de entallar unos vestidos a Ann Miller para otra de las cintas que próximamente estrenará la RKO-Radio. Esta muchacha es la que acompaña a Ginger Rogers en el número de baile de la película *Entre Bastidores*.

Luego, nos dirigimos al departamento de vestuarios, donde se guardan debidamente clasificadas las prendas que las artistas han de llevar en las diferentes películas que están en curso de filmación.

"El color favorito de Ginger es el azul", apuntó Stevenson mientras nos mostraba dos modelos confeccionados en este color. El primero era un vestido sport de crepé agumamarina, pespunteado

al frente en la falda y alrededor de las mangas. El otro era de crepé azul, de uno de esos divinos matices azules que tanto realzan la presencia de las mujeres que tienen los ojos azules también. La falda de este vestido lleva cuatro cuchillos y el cuello y el cinturón tienen aplicaciones de margaritas blancas confeccionadas de cordoncillo con un punto amarillo en el centro.

Miss Rogers usa en esta película unos pantalones slacks de crepé azul marino, de género de seda pesada, cerrados con grandes botones de perla. Otro de los conjuntos que más llaman la atención es el de viaje, que se presta admirablemente para navegar, para los trenes y para los aeroplanos. Entre los tapados y abrigos hay un modelo de tres cuartos de largo confeccionado de una lanilla suave con diseños a cuadros, en colores carmelita y amarillo. Este abrigo es muy amplio y modernista, y Ginger lo lleva puesto sobre una falda de lana carmelita y una sobreflusa de crepé crema con bolsillos simulados, cinturón de suede, guantes y sombrero de fieltro, todo calor carmelita, y muy elegante.

**B**SERVE que casi todos los modelos que me mostró el maestro diseñador tenían faldas amplias y le pregunté si él prefería este estilo a las faldas de silueta ceñida. Me contestó que las faldas ceñidas se ven muy bien con los trajes sastrer y las túnicas para uso diario, pero no en los vestidos para uso diario. La falda amplia y volátil le parece una prenda de más gracia y que refleja más juventud.

El vestuario de Miss Rogers para esta cinta comprende un vestido de noche delicioso y juvenil. Este modelo ha sido hecho de mousseline de soie, con entalle alto y falda de corte circular, todo adornado con flores silvestres. Los bordes del cuello, las mangas y la falda, tienen adornos de mariscos de muselina amarilla.

En otro compartimento de la sastrería, Stevenson me mostró las ropas que le ha diseñado a Ann Sothern para su próxima película.

Lo que nos puso ante los ojos fue un modelo de exquisitas líneas esculturales, como si hubiese sido moldeado sobre las curvas de Miss Sothern. El material de esta prenda es crepé negro con bordados de coques desde las rodillas hasta la cola en forma de pez. Sobre la falda va una chaquetilla de coques que tiene por la espalda el mismo diseño de la cola. (Ilustración de la izquierda).

LA MARCHA  
Por Jean Parker

TODO lo que le pido a la vida es lo que le concede a todo el mundo o, por decirlo de otro modo, lo que le impone a cada cual.

Quiero crecer, tener mi edad, ser una persona mayor. Quiero dejar tras de mí, para siempre, la edad de los rizos y de las muñecas. Quiero ser yo misma, una muchacha que se ha madurado y ha dejado atrás la etapa que hasta ahora había reflejado en el cine.

Si esta aseveración mía suena a desafío, no me importa. Será como una compensación por todo el coraje que me ha faltado en el pasado.

Por supuesto, mucha gente pensará: ¿hay nada más natural que eso de que una muchacha quiera ser mujer? Todo lo que tiene que hacer es dejar que la naturaleza siga su curso.

Ese fué el desarrollo natural de Fay Wray, Louis Moran, Marguerite Churchill y algunas otras amigas. Pero mi caso es distinto, ya que en él la naturaleza se ha encontrado con la obstrucción de la Opinión Pública. Y ésta pretende exigir que la "pequeña Jean Parker" siga siendo toda la vida. Una pretensión a la que yo me opongo con todas mis fuerzas.

ENTRE en el cine hace seis años. Tenía entonces catorce años y acababa de ingresar en el colegio de segunda enseñanza. Naturalmente, encajaba solamente en un papel, el de niña ingenua. Mi primera película fué Rasputín y la Emperatriz, en la que tomaban parte los tres Barrymore.

Desde el principio, mi excesiva juventud se hizo aparente. La sola proximidad de la llamada "familia real" me amedrentaba. A menudo el miedo era causa de equivocaciones por mi parte, que luego me llevaban a retirarme a las esquinas más apartadas del "set", donde mi persona fuera menos visible.

**Labios QUE NUNCA ENVEJECEN**



Con su Cambio mágico de tono, Tangee presta armonía perfecta

Si quiere lucir labios bellos, vivos, y aún así de aspecto natural, use Tangee... porque cambia en los labios hasta tomar el tono de grana que más armoniza con el rostro de toda mujer. Resultado: maquillaje adecuado al colorido individual, encantos revividos, labios suaves y frescos. Y para completar el conjunto, Colorete y Polvo facial Tangee que, como el Lápiz labial, se adaptan al colorido natural de su rostro de manera encantadora.

El Lápiz de Más Fama  
**TANGEE**  
EVITA ASPECTO PINTORREADO



John Barrymore, en ocasiones, se refería a mis actividades escolares. Una vez lo hizo en mitad de un ensayo, y en lugar de decir lo que le dictaba el papel, expresó en el más dramático de los tonos: —¿Cuál es el partici-  
pio pasado del verbo subir?...

Cuando se terminó la filmación de "Rasputín", vinieron otras obras en rápida sucesión. Y siempre yo era la niña ingenua. Pero la fascinación del cine me impedía pensar en que se retardara mi desarrollo. Y así continué actuando en el cine, siempre con la misma clase de papeles, hasta que tuve dieciocho años.

ENTONCES, cuando comenzaba a pensar acerca del asunto, vino la filmación de "Little Women" y "Sequoia", que fueron las películas más satisfactorias, bajo mi propio punto de vista, que había hecho. Me gustaban los personajes que interpreté en esas películas, pero ambas me obligaban a realizar la misma actuación que hubiera querido evitar. Y el éxito que obtuve en aquellas caracterizaciones me retrataron a los ojos del público como la eterna niña.

Mi buen amigo Ben Piazza, quien inventó mi nombre cinematográfico poco antes de que se distribuyera "Rasputín", me hizo ver eso un día mientras abría el correo de mis admiradores. Recibía cartas que llenaban una habitación hasta el extremo de no poderse entrar en ella. "Little Women" se estaba exhibiendo entonces en el extranjero y la mayoría de las cartas me las escribían muchachitas de China, Japón, Africa del Sur y otros países lejanos.

Ben tuvo que hacer un gran esfuerzo para meterse en el cuarto, y después de leer algunas de las cartas me escuchó pacientemente, mientras yo me lamentaba de mi suerte.

Después de que yo dije todo lo que me vino en gana, él me advirtió:—Jean, crees que todas esas niñas—se refería a las que habían escrito las cartas— te admirarían como una vampiresa?...

Probablemente no. Y alguna consideración, también, merecen las pequeñas. Yo recuerdo que Dick Arlen me dijo cuando filmábamos "La Dama de Park Avenue", no hace mucho, que él se había privado durante años de fumar ante la pantalla, porque sus admiradores eran mayormente niños y jóvenes a los que no quería dar malos ejemplos.

ALGUIEN podrá preguntarle: ¿Qué tiene que ver lo que seas en la pantalla con lo que quieras ser en la vida privada?...

Y tendré que referirles lo que me ocurrió la noche del estreno de "Horizontes Perdidos". Mi marido, George Macdonald, había llegado de Nueva York aquella mañana, por lo que el acontecimiento tenía para mí una doble significación.

Durante varios días me había preparado para aquello. Quería que todo el mundo viera que era una mujer hecha y derecha, casi con derecho al voto. Y llegó la noche del estreno, y al salir del teatro casi todo el elenco de la cinta estaba en el pórtico. Ronald Colman, Jane Wyatt, Edward Everett, Margo, Tommy Mitchel, todos. Yo avancé hacia ellos para felicitarlos y presentarles a mi esposo. Y lo primero que Colman dijo fué:—Pero si tenemos aquí a la pequeña Jean Parker...

¡La pequeña Jean Parker! No admitía que yo hubiera crecido desde que lo había conocido en los estudios de la Columbia, cuatro años atrás.

Por un momento me sentí como un chico. Y en seguida recordé un incidente que me había ocurrido unos días antes con Leo McCarey, quien iba a dirigir "La Amargura Verdada". Irene Dunn y Cary Grant

iban a ser las estrellas, pero había un papel para una muchacha que hiciera bien una cabaretera.

Le pregunté si me podía dar el papel a mí, y acaso sin darse cuenta de lo que decía, me espetó:—No. La muchacha que necesito debe lucir como de 19 a 20 años.

Después el papel lo interpretó Joyce Compton.

HAY, sin embargo, un buen síntoma en el horizonte de Hollywood. Las comedias, están de moda. Y esas comedias están acabando con todas las restricciones de tipo, como lo pone de relieve el hecho de que Grace Moore esté cantando canciones populares e Irene Dunne trate de ser graciosa. Tales artistas se rien incluso de sí mismas y de lo que eran hasta ahora.

Tal era el pensamiento que me dominaba cuando fui llevada al reparto de mi última película para la Columbia titulada "Life Begins With Love". Al principio me encará con el papel con recelo. ¡Otra ingenua!—pensé. Pero después de haber leído el manuscrito descubrí que la muchacha poseía el sentido del humor.

Por supuesto, eso es algo que no tenían las ingenuas de la vieja escuela, siempre sorprendidas, siempre incrédulas, siempre tomando todas las cosas en serio y casi siempre con las manos en alto en cuanto la escena era un poco dramática.

Le hive ver eso al director, Ray McCarey, y estuvo de acuerdo conmigo en lo que tenía que hacer. La muchacha que yo iba a interpretar procedería como si fuera más vieja en ideas, si no en años. Gocé mucho representando ese papel, entre otras razones porque en él puede decirse que di mis primeros pasos de adulta. De ahora en adelante, me propongo continuar siendo una mujer crecida, pasada de los veinte años, con marido, sin ingenuidades artificiosas como pretenden hacerme los espíritus conservadores de Hollywood.

La impecable belleza aspira a los papeles serios... ¡con este cuerpo! El lector dirá: estatura, 63 pulgadas; peso, 105 libras; pelo castaño; ojos verdes; líneas aerodinámicas; en cuanto a la edad, desearía que le reconocieran que ya es toda una mujer.

# ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

Por PAUL H JEPSON



Editors Press Service, Inc.  
220 E. 42nd St., New York

(CONTINUARÁ)

RAUL H. JEPSON

# La Myra Intrépida



MYRA, LA INTRÉPIDA, Y JACK LANE HAN CAÍDO EN UNA TRAMPA PREPARADA POR LOS CHINOS, QUE TEMEN A LA INVESTIGACIÓN QUE LA ENFERMERA-DETECTIVE, REALIZA SOBRE LOS ORIGENES DE LA MISTERIOSA PLAGA.

LEGAN PRISIONEROS A UNA ISLA DESIERTA Y PENETRAN EN LAS MALEZAS POR UNA ENTRADA SECRETA. MYRA ESTÁ SINTIENDO LOS PRIMEROS SÍNTOMAS DE LA TERRIBLE ENFERMEDAD



¡CAMINEN MÁS APRISA!

¡NO TE APURES, MYRA, YA SALDREMOS DE ESTO! ¡SI NOS QUITARAN LAS VENDAS, ESTARIAMOS MEJOR!



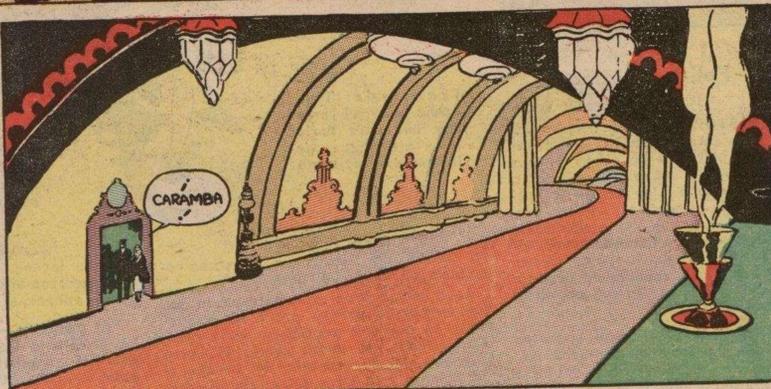
QUÍTENLE LAS VENDAS, QUE VA NO PUEDEN ESCAPAL. ILEAMOS UNA MILLA DENTRO DE LA TIELLA.

¡DIOS MÍO, UN ASCENSOR!

DURANTE VARIOS MINUTOS EL ASCENSOR DESCENDE AL SUBTERRÁNEO SÓLO SE OYE EL RUIDO DE LOS MOTORES.



CUANDO EL ASCENSOR SE DETIENE, LOS PRISIONEROS ENTRAN EN UNA CAVERNA DE GRANDES DIMENSIONES Y MUY BIEN ALUMBRADA



CARAMBA



¡CAUTIVOS SIELVOS, RENDILLE HOMENAJE A LING SIN, LA REINA DEL MUNDO!

LING SIN TIENE GUSTO EN SALUDAR A MYRA LA INTRÉPIDA Y JACK LANE, QUE DESGRACIADAMENTE SE HAN METIDO EN MIS ASUNTOS...

¡MYRA CAE BOCA ABAJO, EN EL SUELO!



Editors Press Services, Inc. 220 E. 42nd St., New York

¡MYRA, POR DIOS! ¡ES LA PLAGA!



¡NO SE ALARME, AMIGO! TRÁIGALA AQUÍ! ¡ME AGRADA PODER AYUDAR A ESTA ENFERMERA!

¡ERA DE ESPERARSE QUE SE CONTAGIARA CON LA MISTERIOSA PLAGA, PERO AQUÍ TENGO UN ANTÍDOTO QUE LE SALVARÁ LA VIDA!

¡ERES MONSTRUOSA! ¡ADMITES QUE HAS SIDO LA CAUSANTE DEL BROTE DE ESA TERRIBLE ENFERMEDAD!

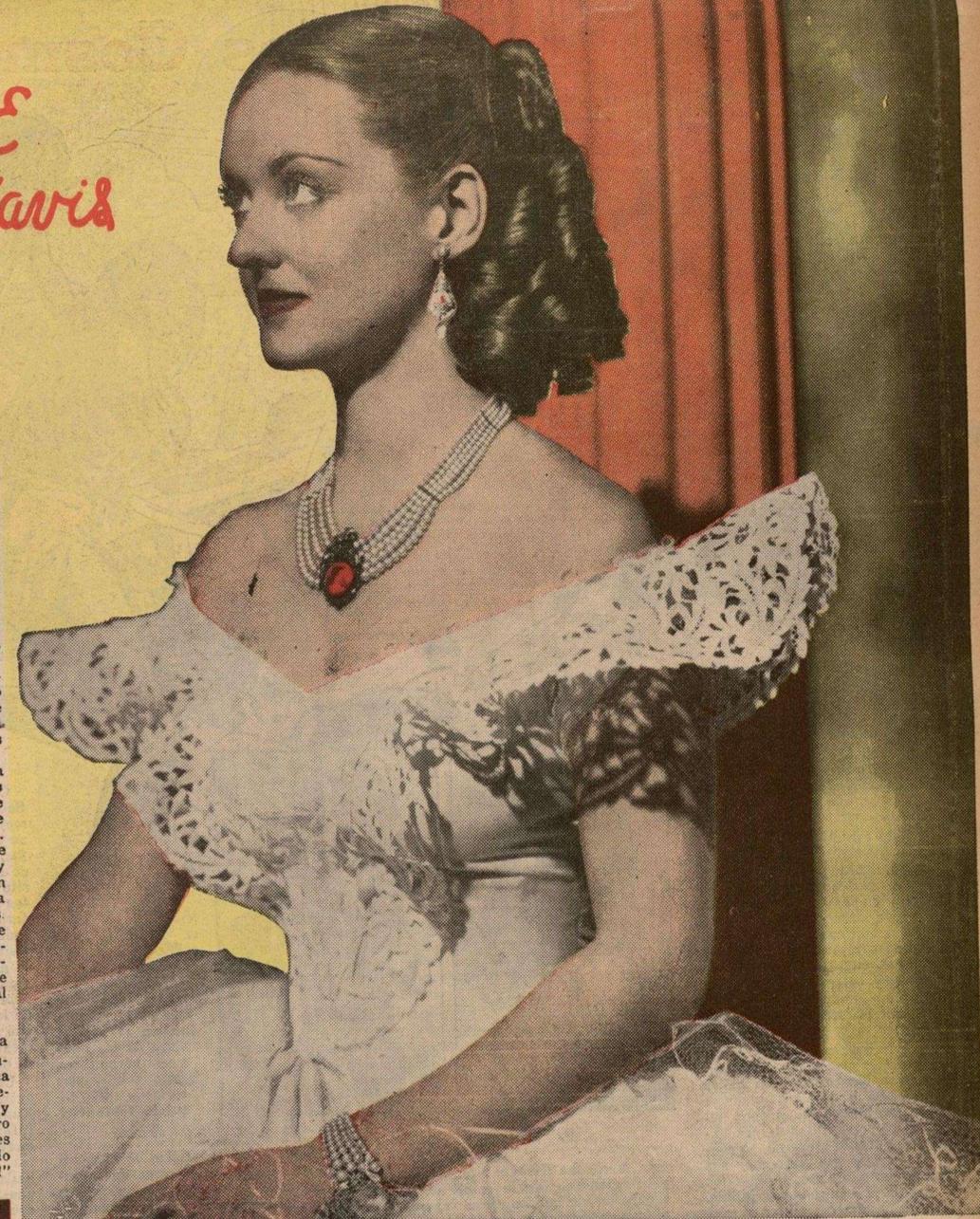
¡CLARO, SEÑOR LANE, PERO ESO ES EL COMIENZO DE MIS PLANES SOLAMENTE!



LA SEMANA PRÓXIMA: EL MUNDO DE MARAVILLAS DE LING SIN.

# Cuello de Cisne

Por Bette Davis



EN MEDIO de la constante publicidad que se le da en Hollywood a los hechizos femeninos, a la belleza y al atractivo físico, a veces se olvida una serie de elementos de capital importancia.

Es mi deseo rectificar esta situación planteando un problema que me trae muy preocupada, un asunto que en realidad ha sido lo que me ha llevado a cultivar una de mis mayores ambiciones en la vida. El asunto es el de los cuellos, y principalmente, mi cuello.

Yo poseo un cuello largo, casi pudiera decirse un cuello de cisne. A mi parecer, es el tipo ideal de cuello para caracterizar a perfección el papel de Alicia en el país de las maravillas. Antes de terminar mi carrera de actriz en Hollywood, espero desempeñar este personaje en una de mis películas, y si no fuera por que la amarga experiencia del pasado me ha enseñado a no estar positivamente segura de nada en este mundo, afirmaría que haré la Alicia por encima de todos los obstáculos que se presenten.

Cuando la Paramount filmó la cinta de Alicia en el País de las Maravillas hace algunos años, no perdí ocasión de hacerle saber a cuantas personas pude mi interés por hacer la referida heroína. Pero los estudios Warner, con los que estoy contratada, no me hicieron caso, y como, además, nada tenían que ver con la producción de la obra, nunca tuve la oportunidad de realizar mis aspiraciones.

Indudablemente, alguna compañía de películas repetirá esta cinta en el futuro, y ya me ocuparé personalmente de hacerles saber que hace muchos años he estado ensayando el personaje central en el teatro privado de mi hogar.

ESTA idea de ser una moderna Alicia se me ocurrió hace varios años, mucho antes de que vieran en mí a una chica de promesa para el lienzo. He leído repetidas veces la historia de Alicia, y siempre que termino la lectura me miro al espejo y me digo: "Bette, te pareces demasiado a Alicia. ¡Tienes un cuello largo y unos ojos de niña sorprendida!"



Bette Davis a los catorce años.

El ejemplar que poseo de la obra contiene todas las ilustraciones que han sido el encanto de los niños durante tantos años, inclusive aquella en que el cuello de Alicia empieza a crecer desproporcionadamente. Desde pequeña siempre tuve el cuello largo—aunque no tan largo como llegó a tenerlo Alicia en sus aventuras—y una expresión de asombro en los ojos que me asemejaba a la pequeña heroína del mundo infantil. Después de leer el libro, me vestía como Alicia y me asomaba al espejo para imitar algunas de sus caprichosas actitudes.

Pero a pesar de las características físicas apropiadas que me adornan para hacer este papel, jamás he logrado que me permitan hacerlo. Tengo la impresión de que esto le sucede a menudo a otros artistas, que no pueden obtener los papeles para los cuales están más preparados. Charlie Chaplin, por ejemplo, quiere hacer a Napoleón, y sin embargo cuando se ha filmado la obra le han dado el papel a Charles Boyer, en compañía de Greta Garbo. Lo mismo le sucede a Edward G. Robinson, una de cuyas grandes ambiciones es caracterizar el personaje del poderoso corso. Ni a Robinson le mencionan nunca para este trabajo, ni a mí me permiten en manera alguna probar suerte con el personaje de Alicia.

Desde luego que a falta de Alicia, estaría dispuesta a hacer el papel de la Vaca Marina. John Barrymore se ufana

de que uno de sus mayores placeres es hacer el Hamlet de Shakespeare era que el libreto le permitía decir una serie de cosas aterradoras. Yo no creo que en toda la literatura inglesa haya nada más aterrador que el soliloquio de la Vaca Marina sobre los repollos y los reyes, especialmente en esta época en que ocurren tantos desbarajustes políticos en el mundo.

Quizás en la nueva versión de la obra podría hacer hasta cuatro papeles, porque también me gustaría ser el caballero Blanco y la Reina Roja del reparto, además de hacer la Vaca Marina y la imponente Alicia del cuello largo.

POR RAZONES de menos peso se le han dado papeles importantes a conocidos artistas de Hollywood. En mi propio caso puedo decir que mientras trabajaba para la Universal no me daban sino papeles de hermana, por el simple hecho de que alguien afirmó que yo no tenía atractivos femeninos de ninguna clase.

Por fortuna, los estudios Warner me rescataron de aquel suplicio y pusieron en exhibición el largo cuello de cisne de Bette Davis. Con la empresa Warner he podido hacer una diversidad de géneros dramáticos, aunque, a decir verdad, en ningún momento se me ha dado un papel imaginativo como el de Alicia. ¡Y esto es precisamente lo que deseo hacer de todo corazón!

La realidad es que yo me crié como

Alicia en el país de las maravillas. Los personajes fantásticos de esta ingeniosa fábula han sido algo que he vivido desde niña. A veces pienso que en la obra hay magníficas personificaciones de algunos productores de películas a quienes conozco bien, pero no me atrevo decirlo en voz alta ni cuando estoy admirando mi largo cuello de cisne frente al espejo.

¿Será que no lograré jamás que se me atienda y se me conceda el privilegio de hacer la Alicia? ¿Acaso la gente cree que Hollywood es otro país de maravillas y que yo debo contentarme con lo que me dejan hacer y con el dinero que me pagan por mi trabajo? Es asunto que no me atrevo a discutir demasiado, porque los productores generalmente tienen razón...

De todos modos, nadie podrá impedir que esta bella fábula sea filmada de nuevo algún día. Si no soy yo la afortunada que haga el papel de Alicia, siempre encontrarán a otra artista igualmente preparada, como sucedió la vez que llevaron al lienzo este precioso tema con Charlotte Henry en el rol estelar. ¡Y todo, a pesar de los ardientes despos que tengo de hacer la obra, y a pesar de que todavía sigo creyendo que tengo dos ventajitas físicas superiores a las demás candidatas: la expresión de asombro de mis ojos, y el largo, largo cuello de cisne, con que me tocó venir al mundo por disposición providencial!

# Los Kumkaaks Salvajes Fascinados Por el Espejo y los Cosméticos



Después de cuatro horas de maquillaje, la doncella Kumkaak se asemeja a una de esas figuras surrealistas que vemos en los museos de arte moderno de París o Nueva York

Por R. TORRES-MAZZORANNA

NINGUN espectáculo del año pasado fué tan pintoresco como el de los 5.000 indios de diversas tribus norteamericanas que se reunieron en la ciudad de Gallup, estado de Nuevo Méjico, para celebrar los ritos y ceremonias tradicionales de su raza. Entre los grupos representados figuraban los Apaches, cuyo actual cacique es Daklugie, sobrino del gran Gerónimo, a quien muchos historiadores califican como el verdadero precursor del gangster de los Estados Unidos.

Los Apaches y los Navajos, dos de las tribus más rebeldes que jamás se enfrentaron al hombre blanco, hicieron bailes ante las hogueras y deportes de lucha libre en el fango; otras tribus menos fieras, que han adoptado los sistemas exhibicionistas del mundo moderno, se conformaron con pasar sus mujeres y sus indumentarias ante el público que con la aplaudida con entusiasmo indescribible. Pero faltaba allí, para completar el cuadro de la transformación patética del indio salvaje en el hombre blando y amañado de la presente civilización, una exhibición auténtica de los Kumkaaks de la Baja California, antes guerreros bravos y ahora risibles imitaciones bufas del Soldado de Chocolate.

Todavía el Kumkaak pelea, a su manera, para satisfacer el leve vestigio del instinto primigenio del salvaje que se desvanece paulatinamente en él. Pelea en mar y tierra, haciendo lo mejor que puede su papel de bucanero, y empleando una técnica que pudieran llamar la del pirata audaz venido a menos. Hubo una época lejana en que sus luchas respondían a las urgencias del destino histórico: guerrear por el prestigio de su tribu, por las gloriosas satisfacciones de la audacia, por conservar sus armas afinadas y sus corazones templados para el conflicto. Hoy, ya se han convertido en tenorios flacos y aspavientosos, que aceptan la ficción de que hay que batirse por conquistar el corazón de una mujer. Como Lochinvar, merecían estar en la corte del Rey Arturo, tejiendo ensueños para sus Dulcineas con la punta de una espada sobre el pecho adolorido de un rival, o tal vez haciéndole sonetos a una doncella de los ojos grises...

POCO hay que caminar desde Yuma, en el estado de Arizona, hacia el sur, para llegar al teatro de actividades de los Kumkaaks. Es un viaje de cuatro



Una muchacha Kumkaak pintándose y arreglándose con la ayuda de un espejo robado por las pieles rojas de alguna embarcación anclada en el Golfo de California. A la derecha, foto de un cacique de la tribu.

horas en automóvil, hasta atravesar la frontera mejicana. A unas leguas del Golfo de California, se les encuentra preocupados con las tácticas de la piratería, fija la atención en un tesoro que indudablemente han de encontrar en los camarotes del primer buque fondeado en la ensenada: los espejos, esos artefactos que la frivolidad humana ha elevado a la categoría de efectos imprescindibles en el equipo moderno de la civilización.

Después de muchos siglos de practicar las artes del maquillaje, la doncella Kumkaak ha quedado maravillada al saber que la ciencia ha inventado un aparato que le permite contemplarse su vera efigie mientras se pinta. Eso equivale a provocar una revolución en la industria de los tintes tal y como la conocen las tribus indígenas, porque ahora es el espejo un nuevo agente crítico que habrá de determinar el grado de perfección y hechizo a que pueden aspirar las bellezas aborígenes en su deseo de aparecer tan seductoras como las grandes artistas de Hollywood.

No hace mucho fondeó en las aguas de Puerto Libertad, en plena latitud del poderío Kumkaak, una pequeña embarcación de pescadores que fué rodeada inmediatamente por una docena de canoas llenas de indios que aullaban fre-

Los Kumkaaks tienen el aspecto fiero de los piratas berberiscos, pero son dóciles esclavos del capricho femenino.

neticos mientras levantaban al aire sus puñales. Parecían fantasmas de leyenda, con sus cuerpos desnudos y negros resplandecientes bajo el sol, y sus largos cabellos desparramados en desorden por sobre la frente y el rostro.

El jefe de la banda de salteadores despreció ingenuamente los artículos de plata y demás menesteres valiosos que llevaban los pescadores yanquis a bordo, pero insistió en otras cosas que estimaba más importantes: una caja de bombones de chocolate, dos espejos, y el mercurcromo. Dividió los chocolates entre la veintena de guerreros que le acompañaban y luego les ordenó que se devolvieran a las canoas con el resto del botín. Los espejos eran para partirlos en pedazos y dárselos a sus novias; el mercurcromo lo usarían como una propiedad común de la tribu. Desde que un médico blanco les había curado sus heridas, hacía muchos años, con mercurcromo, no perdían oportunidad de saquear la sembarcaciones que penetraban en sus aguas para aprovisionarse de este desinfectante.

MESES atrás, se produjo un incidente más violento con motivo del abordaje que los Kumkaaks intentaron hacer al Sacramento, otro velero de pescadores que llegó hasta la Baja California procedente del puerto de San Diego. Alarmados por la superioridad numérica de los piratas rojos, los tripulantes blancos abrieron fuego contra éstos, que solamente tenían una antigua carabina para contestar, y se vieron obligados a retirarse ante el ataque agresivo de los invasores, sin espejos y sin mercurcromo.

Cuando, a los pocos días, el piloto del Sacramento informó a las autoridades mejicanas lo sucedido, y el gobierno hizo severas advertencias a los pieles rojas, éstos declararon que sólo trataron de abordar la embarcación con el propósito de obtener espejos y alimentos. Estas excusas cándidas de los indios no satisfacen a las autoridades, que se esfuerzan por proteger a los turistas que visitan la Baja California, especialmente a las estrellas de cine, cuyas embarcaciones y yates ofrecen a los aborígenes oportunidades espléndidas para hacerse de los tesoros que éstos ambicionan más que nada en el mundo: espejos y demás menesteres para adorno y embellecimiento de la mujer.

Uno de los actos de piratería más extraordinarios en la historia de los Kumkaaks fué el abordaje del yate Infanta, propiedad del actor John Barrymore, en la bahía de Kino. Los asaltantes se llevaron todos los espejos que hallaron en los camarotes, además de una gran cantidad de polvos faciales, cuentas de cristal, zarcillos, cintas y otros efectos de mujer. Algo parecido hicieron al abordar el yate del actor Leo Carrillo, y éste les estuvo una persona tan simpática y agradable que le propusieron aceptarlo como miembro de la tribu para siempre si quería quedarse a vivir entre ellos.

Clark Gable, que practica entre otros pasatiempos favoritos el de la pesca, adquirió una vez un velero en la aldea de Guaymas, y se internó en las aguas jurisdiccionales de los Kumkaaks. Las doncellas indias ni siquiera le hicieron caso al ídolo de las mujeres norteamericanas, pero luego se interesaron al ser informadas que tenía unos tubos misteriosos que contenían pintura roja y muchísimos artefactos propios para entretener al salvaje más aburrido.

La piratería no es, sin embargo, cosa nueva en las inmediaciones del Golfo de California. En el siglo 17 los bucaneros merodeaban por aquellas aguas con la misma frecuencia con que patrullaban las islas del Caribe en acecho de los tesoros que llevaban las naves españolas. Al abrirse a la navegación oceánica la costa del Pacífico en Méjico, fué construída una carretera desde el litoral hasta la capital de la república azteca para transportar los cargamentos de oro, tejidos y joyas, que venían desde China y que habían de ser despachados a España por el puerto de Veracruz. Los piratas de todas las nacionalidades se apostaban en las aguas del Golfo de California para atacar a los buques que hacían el tráfico del Pacífico con tan valiosa carga.

# La Caza del Jaguar



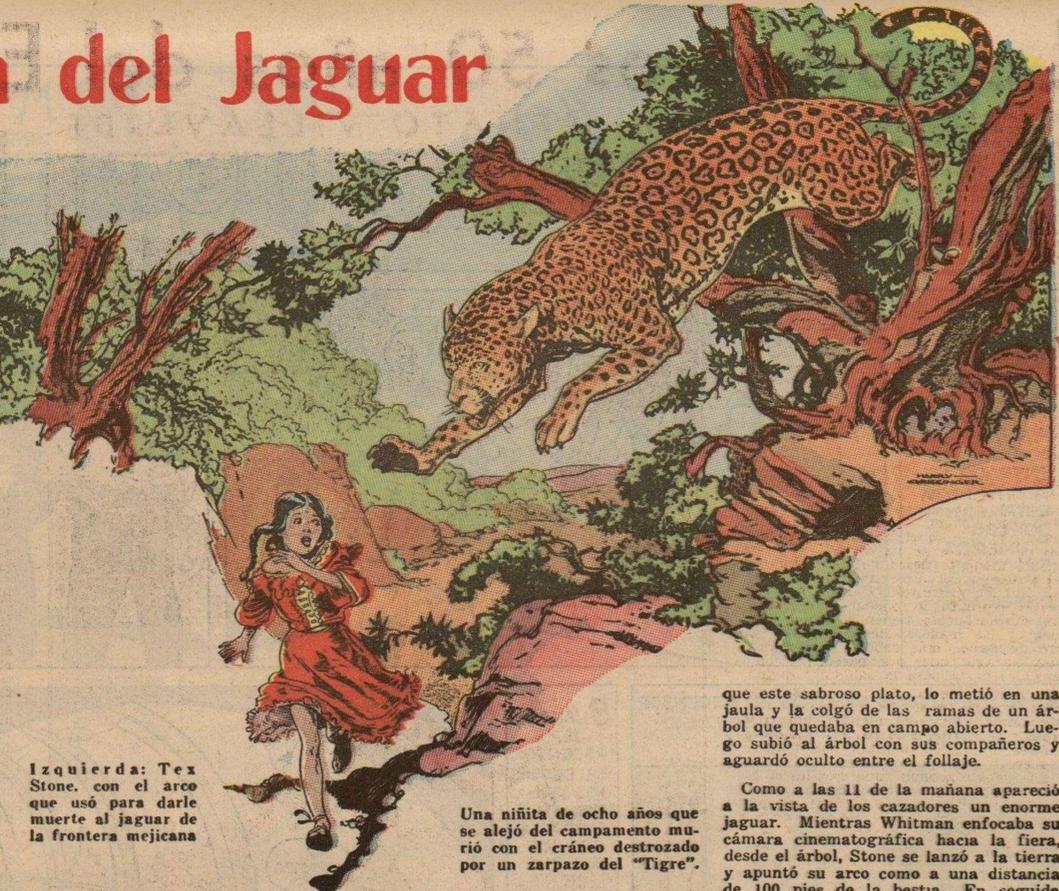
Por Felipe Villalán

San Antonio, Tejas. LA HISTORIA de Tex Stone y El Tigre data de 1934. Un ciudadano mejicano de cuyas buenas intenciones nadie puede dudar, había encontrado en las selvas un pequeño cachorro de jaguar y decidió llevarse a su casa con el propósito de domesticarlo, aunque sabía que estos animales se transforman, en pocos meses, en peligrosas fieras capaces de devorar hasta al amo que las trata con gentileza y consideración.

En efecto, el insignificante cachorro fué creciendo con el correr de las semanas hasta que desplazaba un volumen bastante regular y mostraba unos colmillos afilados como puñales. Entre las horas de la alimentación, uno de sus pasatiempos predilectos era lanzarle zarzapos a su benefactor, que llegó a cogerle el miedo a la bestia y se la mandó a Monterrey a un amigo suyo que se dedicaba a domesticar fieras, para que le domara sus salvajes instintos. Al cabo del tiempo, el domador se convenció de que los jaguares no son domesticables y dió los pasos necesarios para venderle el ejemplar a un parque zoológico. Metió al animal en una jaula y lo despachó en un camión para Laredo, en el estado de Tejas.

Los caminos que unen a Monterrey con Laredo son pésimos y a veces se ponen intransitables. En uno de los violentos rebotes del camión, la puerta de la jaula se abrió y el jaguar cautivo dió un salto y escapó por entre los bosques de la frontera mejicana, en una comarca donde jamás se habían visto fieras de esta clase.

Inmediatamente empezaron a circular versiones sobre las andanzas del jaguar, que no se daba tregua en el exterminio del ganado. Un día penetró en los pastos del rancho de los Robles y poco faltó para que, hiciera una matanza general de novillas, cabras y carneros. Descubriendo el hecho, unos cazadores que se llegaron hasta aquellos lugares en busca de aventuras, establecieron su campamento en el valle y dejaron allí a sus esposas e hijos, sin protección alguna, mientras ellos se entregaban a su deporte. Pocas horas más tarde, una niña de ocho años de edad que se alejó del campamento para asomarse al bosque, murió con el cráneo destrozado por



Izquierda: Tex Stone, con el arco que usó para darle muerte al jaguar de la frontera mejicana

Una niña de ocho años que se alejó del campamento murió con el cráneo destrozado por un zarpazo del "Tigre".

un zarpazo del jaguar, que intentaba comérsela en el mismo acto.

La niña lanzó un grito de espanto que fué escuchado por su padre en el instante en que éste regresaba de la caza. Aterrorizado, el padre corrió la corta distancia que le separaba del bosque, y logró herir a la fiera detrás de la oreja con un certero disparo de pistola. El jaguar sacudió violentamente la cabeza y se dió a la fuga por entre las malezas.

Tan frecuentes eran los ataques que le hacía al ganado, que los habitantes de aquellas regiones le pusieron el apodo de El Tigre. Escasamente transcurrieron varias semanas desde la muerte trágica de la niña cuando El Tigre repitió su hazana, devorando casi por entero el cuerpo de un muchacho de 15 años de edad. Alarmadas, las autoridades mejicanas y norteamericanas destacaron cazadores expertos en el vecindario para atrapar o matar a la fiera. Cuatro meses estuvieron estos hombres trabajando inútilmente para capturar a El Tigre. Le tendieron 200 trampas de acero y soltaron en su pista 35 perros de caza, pero el jaguar burló las trampas y mató a 29 de los perros en menos de tres meses.

EN EL VERANO de 1937 llegó al valle de los Robles el cazador Tex Stone, acompañado de Jack Whitman, fotógrafo cinemático, y de otros amigos y cuatro guías mejicanos. Iba con el propósito de tomar escenas raras de animales salvajes, pues Stone se dedica a darle caza a las fieras con armas primitivas, como el arco y la flecha, para tomar películas de este género y luego venderle las escenas a los estudios cinematográficos de Hollywood.

El viaje de Stone a Tejas tenía por objeto cazar leones montaraces y javalinas, con arco y flecha. Cuando se enteró de las fechorías de El Tigre le interesó el asunto sobremano, no sin dejar de comprender que todo lo que sobre el caso le habían relatado bien podía

ser una leyenda de las muchas que estaba acostumbrado a oír en sus arriesgadas andanzas por la selva.

"Al principio,—relata Stone—no le daba crédito a las cosas extraordinarias que me contaban del Tigre, pero después resolví participar en la persecución que los ganaderos habían iniciado. Desde luego que lo de mayor importancia para mí era la caza de las javalinas, que son los animales más fieros de Norte América. Pesan unas 150 libras y tienen unos colmillos terribles. Para enfrentarse a ellos hay que tener valor y mucha sangre fría, porque generalmente obligan al cazador más audaz a declararse en retirada."

Durante el tiempo que paso en el valle de los Robles, Tex Stone cazó con arco y flecha un total de ocho leones, cuatro gatos montaraces, quince javalinas y dos patos salvajes. El único rastro que encontró del Tigre fué la huella de unas patas que bien podían ser las de un león de proporciones exageradas. Siguió la huella con la esperanza de alcanzar a la fiera, que le mató cinco de sus perros de caza, pero en ningún momento pudo determinar si se trataba del jaguar o no.

Enlazó entonces a los dos perros que le quedaban y se dispuso a continuar la persecución del fantasmagórico enemigo. Dos veces atravesó la anchura del valle, recorriendo unas 3000 millas de territorio detrás de la fiera. En dos ocasiones perdió la pista, cuando el animal se metió en unos pantanos, y tardó bastante en descubrir de nuevo las huellas de sus pezuñas sobre la tierra firme. Tenían que hacer la persecución a pie, porque los atolladeros y el terreno irregular del valle no permitía el uso de caballos.

Finalmente, decidió detenerse, convencido de que no estaba adelantando nada con correr tras un animal tan astuto y veloz. Stone tenía un cabrito tierno entre sus animales de ración, y como sabía que nada es más tentador para el jaguar

que este sabroso plato, lo metió en una jaula y la colgó de las ramas de un árbol que quedaba en campo abierto. Luego subió al árbol con sus compañeros y aguardó oculto entre el follaje.

Como a las 11 de la mañana apareció a la vista de los cazadores un enorme jaguar. Mientras Whitman enfocaba su cámara cinematográfica hacia la fiera, desde el árbol, Stone se lanzó a la tierra y apuntó su arco como a una distancia de 100 pies de la bestia. En seguida la flecha hirió el aire vertiginosamente y fué a hacer blanco con absoluta precisión. El jaguar dió dos vuelcos y levantó las patas lleno de cólera. Entonces quedó tendido en el suelo, sin poderse resollar.

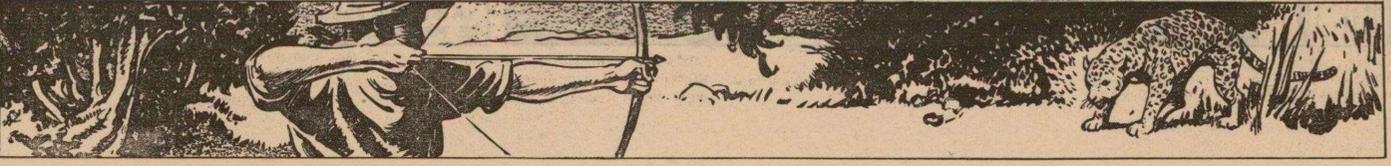
EFFECTIVAMENTE, la víctima del flechazo no era otra que el temible Tigre. La identificación fué fácil de hacer al trasladar Stone el cuerpo exánime de la fiera a las oficinas de la Asociación de Ganaderos de la Frontera. Detrás de una de las orejas encontraron las cicatrices de los balazos que le disparó el padre de la niña muerta por el jaguar en las inmediaciones del valle de los Robles.

Las autoridades mejicanas, después de investigar el caso, declararon que aquel jaguar pesaba 265 libras y era el más grande que se había cazado en Méjico, además de ser el primero muerto por un flechazo.

El jaguar es el terror de las selvas centro y sudamericanas. Dan Brennan, uno de los acompañantes de Tex Stone, dice que soltó una pequeña javelina al lado del Tigre, y que la javelina retrocedió espantada hasta que estuvo a respetable distancia de la fiera muerta.

Tex Stone lleva 18 años cazando animales salvajes con arco y flecha. Usa un arco de cuatro pies y medio de largo y que tiene una presión de más de 80 libras. Las flechas que dispara son de 28 pulgadas de largo, con punta de acero de 1 3/4 pulgadas de largo por 3/32 de pulgada de espesor, y pueden producirle la muerte instantánea a cualquier león o tigre.

Este experto cazador opina que es más peligroso cazar jaguares que leones, debido a que el león se enfrenta al hombre en campo raso, mientras que el jaguar es más traicionero y suele atacar de improviso, lanzándose sobre sus víctimas de entre las malezas o las ramas de los árboles, y devorándolas en poco tiempo.



# Los primeros 50 años del Esperanto

por RENATO VILLAVERDE

El mundo atraviesa actualmente una fase de gran incompreensión. Es decir, una fase en que nadie se entiende. En el fondo este privilegio negativo no es exclusivo de nuestra época. En cualquier tiempo los hombres han repetido siempre la misma cantinela. Nuestros abuelos estaban tan incomformes con el estado de cosas de los años en que vivieron, como incomformes estarán también nuestros nietos si pudiéramos interrogarlos desde el más allá. Y es que la torre de Babel no es sólo un capítulo más o menos triste del Viejo Testamento. Su existencia se ha actualizado siempre desde entonces hasta nuestros días. Y lo que es más desalentador aún: el problema de hoy es más grave que el de ayer. Hace varios milenios los constructores de aquella soberbia torre, que pretendía llegar hasta las puertas del Paraíso, tenían entre ellos profundamente arraigado el sentimiento de la cooperación. Tanto fué así que el Sumo Hacedor se vio precisado a confundir sus lenguas para hacer abortar sus proyectos. De ahí el orden de los diferentes y numerosos idiomas que hablan los hombres de la tierra. Actualmente, el problema es más complicado. No solamente los habitantes del planeta siguen hablando lenguas diversas, sino que aquel espíritu de cooperación de entonces se ha visto consuetudinario por un creciente deseo de hacer todo el mal posible a los otros hombres que hablan idiomas distintos. Y aún entre los que se expresan lo mismo, han nacido en el mismo pueblo, tienen la misma educación y las mismas ideas religiosas, la torre de Babel, más robusta que nunca, causa estragos tales que parecen inconcebibles hasta para la sabiduría divina.

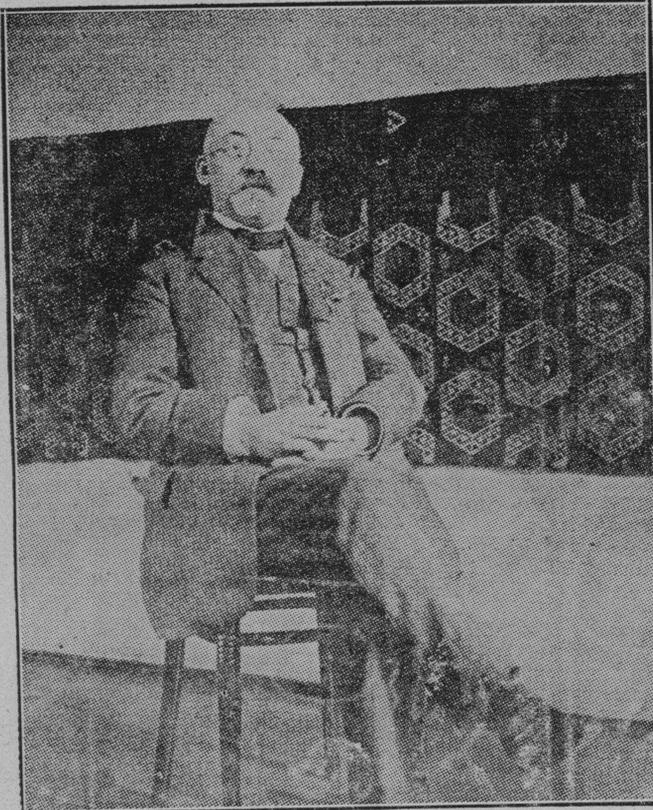
El gran problema, pues, no es sólo de forma sino de fondo. Ya que no es posible cambiar los sentimientos humanos (causa risa escribir esta palabra), algunos hombres de buena voluntad han tratado de acercar a sus semejantes tratándolos de una lengua común que facilitaría el cauce expansivo de sus odios, o quizás también—rara avis—traría la base en que se levantaría otra vez el sentido verdadero de cooperación general. Tales iniciativas son de lo más laudables; al menos, la humanidad podría insultarse sin tener que recurrir al enojoso sistema de consultar el diccionario...

Y dejando de lado el triste fondo del problema, reconozcamos que su solución en la forma es más viable por el momento, aunque tropieza con las eternas dificultades que acompañan a todas las innovaciones. Una lengua común suena como una especie de panacea mundial. Los que gustan de viajar no tendrían necesidad de intérpretes y podrían en el extranjero asistir a los teatros, conciertos, conferencias. Los Congresos Internacionales marcharían como una sola. Estas reuniones tan prosopopéicas son para sus miembros de un aburrimiento intolerable. Mi destino es haber asistido a muchos Congresos, y mi estrella lógicamente me ilumina el sendero que me conducirá a otros muchos. En estas magnas reuniones los delegados se aburren como unas ostras de neurastenia. Y la culpa no la tiene el Congreso o la Conferencia en sí, sino la forma en que se desarrolla. Generalmente los miembros que hacen uso de la palabra, pronuncian sus interesantes pero largos discursos en francés o en inglés. Inmediatamente a los intérpretes expertos vierten las palabras del orador al otro idioma. Esto sin contar que cuando los Delegados son, por ejemplo, alemanes o italianos, a pesar de que todos ellos saben el francés o el inglés correctamente, por un nacionalismo mal entendido peroran en sus lenguas maternas. Si todos los representantes de los pueblos que hablan lenguas distintas hicieran lo mismo, los taquígrafos intérpretes habría que buscarlos con la lupa de Diógenes, y además, las traducciones tendrían que ser en número semejante a los diferentes idiomas representados en la Conferencia o Congreso.

Pero no nos detengamos a narrar las ventajas que obtendría la humanidad el día en que todos sus miembros hablan una lengua común. Tantas son, que harían infinita esta crónica, sin contar con que todo el que me lee las conoce perfectamente.

Muchos han sido los esfuerzos de los hombres por crear una lengua que convenga a todos. Claro que lo más lógico sería hacer aprender a la humanidad alguno de los cinco seis idiomas más importantes que existen hoy en el mundo. Pero ésto, por lo mismo que es tan lógico, es por completo irrealizable. Todos los pueblos quieren que la lengua elegida sea la suya propia, y se niegan a aprender la del vecino. Resultando, que la torre de Babel no deja de ser una realidad. Los ingleses solicitan tal privilegio para el Inglés; los españoles, para el Español; los alemanes, para el Alemán; los franceses, para el Francés; los italianos, para el Italiano. Y nada me extrañaría que si la cosa llegase a vías de realización, los habitantes de Cataluña o de la Provenza, exigirían que el idioma universal fuese el Catalán o el Provenzal...

Por eso no hay que soñar con que la humanidad hable un día una de las lenguas vivas actuales. La colina es más es-



El Dr. Luis Lázaro Zamenhof, sabio polaco, creador del Esperanto.

carpada para todos. La gran bondad de los hombres exige que las dificultades sean parejas. Hay, pues, que buscar un nuevo idioma.

Muchos esfuerzos se han realizado en este sentido, pero sus adeptos no han podido calozar la opinión mundial. Leibniz, concibió una lengua algebraica basada en operaciones matemáticas. Su éxito fué tan efímero como extraña la idea. El alemán Diels propuso revivir el latín, simplificándolo profundamente. Leon Bollack inventó lo que él llamó la Lengua Azul. El idioma Neutral fué dado a conocer por el doctor Molenaar. El Volapuck, de todos los esfuerzos, fué la lengua que más logró captivar la atención del público. Su gran apogeo lo tuvo entre los años 1837 y 1839, llegando a que veinte periódicos se publicaran en ella y estableciendo más de novecientas sociedades de difusión en el mundo.

Pero el nacimiento del Esperanto se-pultó en el olvido a todas sus procesoras. Luis Lázaro Zamenhof, publica en 1887 su gramática esperantina, y ella parece que será en un futuro el «séximo abrete» para las dificultades lingüísticas que atraviesa el mundo. El nombre de Esperanto le viene al nuevo idioma del pseudónimo que Zamenhof utilizaba para su propaganda lingüística: Doctor Esperanto.

El padre del Esperanto nació el 1859 en Bialystock. Hizo estudios de medicina y estableció su consulta en Varsovia. Desde niño se preocupó intensamente por las dificultades que para comprenderse en la contraba su ciudad natal, donde se hablaban cerca de seis lenguas diferentes. Se dedicó con toda intensidad a los estudios lingüísticos, y llegó a dominar la friolera de veintisiete de los principales idiomas que se hablan en la tierra.

Con este inmenso bagaje se dedicó a crear una nueva lengua, utilizando las raíces más comunes. El Esperanto se pronuncia como se escribe; tiene sólo diez y seis reglas sin excepción; se puede aprender en una hora de estudio...

Cuenta un solo artículo: La, invariable para todos los números, géneros y casos. El plural de sus sustantivos y adjetivos se forma añadiendo una «s» al singular.

En la conjugación de los verbos la desinencia es siempre la misma, en cada tiempo, cualquiera que sea el número y la persona. Por ejemplo: «mi amas, yo amo; «el ama», tu amas; «el amas», él ama. Las designaciones de los verbos son: «as, present; «is, pasado; «os, futuro; «us, condicional; etc., etc.

La declinación no tiene más que dos casos: nominativo y acusativo.

Francia ha sido uno de los países que con más calor acogieron la lengua creada por el doctor Zamenhof. El primer Congreso Internacional de Esperanto tuvo lugar en Boulogne-sur-Mer, en 1905, con asistencia de más de setecientos congresistas venidos de todos los países. Desde el año 1907 duerme el sueño de los justos en la Cámara de Diputados de Francia un proyecto de ley firmado por sesenta y ocho Diputados, disponiendo la enseñanza de dicho idioma en forma oficial en los programas escolares. A pesar de todo hace cinco años se celebró en París un nuevo congreso esperantista, bajo el patronato del Presidente de la República, del Presidente del Consejo, de siete Ministros y de más de cincuenta Senadores y Diputados.

En la actualidad hay en el mundo más de cuatro mil sociedades dedicadas a la propagación del Esperanto. Sólo la de Francia cuenta con cuatro mil adherentes. Cerca de trescientas revistas se publican en Esperanto, y son varios millares los libros diferentes editados en la lengua del doctor Zamenhof. Cada dos o tres años se celebra un gran Congreso en una de las capitales y ciudades europeas. Y si oímos hablar a un esperantista, quedamos convencidos de que dentro de pocos años, será el idioma oficial que rijan las relaciones internacionales.

En realidad, el Esperanto está mucho más difundido en Europa de lo que a primera vista parece. Pero los que practican la lengua universal, se ven obligados casi a conservar su secreto. Los legos en esta materia miran a los neófitos en ella como si fueran gentes que hablan en el campo del ridículo. El «schoteito», que también se cultiva en el viejo mundo, persigue a los discípulos del doctor Zamenhof, y éstos se aíslan en su torre de marfil generalmente. Con el Esperanto sucede algo semejante a lo que ocurre con el Espiritismo y la Teosofía. Sus adeptos son muchos más que lo que se cree; pero hacen sus estudios y conservan sus conocimientos para ellos solos, no por un sentimiento de aversión mal entendido, sino por evitarse las burlas de los que no son neófitos. Este halo de broma epidémica, que envuelve la obra del sabio polaco, obliga a que sus frutos maduren con más lentitud de lo que debieran.

Últimamente he tenido la debelación de este sentimiento de miedo que tienen los esperantistas para hablar de su tesoro. Con intervalos de pocos días he podido descubrir que los buenos amigos de largos años son unos fervientes admiradores del Esperanto. La piedra angular de la revelación la facilitó yo mismo expresándome por casualidad con toda benevolencia de este idioma. Cuando mis amigos supieron que yo no me había dado Esperanto ni de sus estudiantes, como uno de ellos, en distintas ocasiones, me hablaron con fuego de iniciados de los progresos, facilidades y ventajas de esta lengua manuable, fácil y rápida.

Oro ejemplo, para terminar, de cómo está expandido el Esperanto en Francia. Hasta hace dos años no existía en París, ni en Erey, a dos pasos del Arco de la Estrella, un restaurant que se llamaba «L'Auberge de Madame Pompadour». En la actualidad el restaurant continúa en el mismo sitio, aunque con otro nombre y con otro dueño. En «L'Auberge de Madame Pompadour» se cocinaba bien a precios asombrosos. De ahí que almorzar allí estaba más lleno que de costumbre y sólo quedaba libre una mesa de seis u ocho cubiertos al fondo de la sala. Me senté en ella y casi simultáneamente hacen lo mismo un cliente de cierta edad y una parrojana joven. Al tomar asiento en la mesa me dirigen ambos el tradicional saludo de bienvenida en un idioma para mí totalmente desconocido. Respondí con el clásico «bonjour, Madame», «bonjour, Monsieur» y seguí sepultado en la siberítica tarea de escoger los platos. Mis dos compañeros de mesa comienzan a hablar en aquella lengua por mí ignorada, y el tema de su conversación, a juzgar por las miradas que me dirijan, era mi persona indudablemente. A poco, el director del restaurant se acerca a la mesa, y el señor de edad le hace señas de aproximarse, y le dice ciertas palabras en la tal lengua para mí enigmática.

El Director, que me conocía, me habla en francés, sonriente, ceremonial y concupiscente. Me explica que la mesa que ocupábamos estaba reservada a los esperantistas, tal como decía un cartel colocado al extremo de la misma y que yo no había leído. Dada mi condición de «no esperantista» no podía permanecer en ella, y me rogó trasladarme a otra próxima...

Esta fué la primera vez que me enfrenté con la obra del doctor Zamenhof, y a causa del incidente no he podido olvidar «L'Auberge de Madame Pompadour». Con posterioridad y teóricamente he documentado sobre el Esperanto y sobre su difusión en el mundo, y declaro todas mis simpatías hacia esta lengua en la que reposan las esperanzas de tantos hombres. En cambio, en la práctica sólo puedo decir en Esperanto: «¿Kie vie est as?», que traducido a nuestra lengua significa: «¿Dónde está usted?».

París, noviembre de 1937.

ellos Rodrigo Fernández, cubierto de loba y capriote de luto y rodeado de sus parientes, enlutados también; caminando el regidor como abstraído y olvidado de todo, fijos los ojos en el féretro que delante de él se llevaba su orgullo y su alegría; a su paso callaban los espectadores, como espantados ante dolor tan grande y tan cerrado, pero bien pronto volvían a sus comentarios sobre el tropel vistoso de los escuderos, de los cuales él uno llevaba por las bridas el caballo del muerto, otros su halcón y su lebril, y los demás de Ossorio y de Aventura, de González y de Contreras, sobre las procesiones interminables de cofrades de San Martín y de San Bartolomé con hachas encendidas; pero más que todo esto notaron los ociosos una menuda vejezuela, que, entre grandes alaridos, mesábase los blanquitos cabellos con cierto compás, como si cumpliera antiguos ritos; era Brianda de Roa, el ama que crió a sus pechos al malogrado caballero, y que más que a sus propios hijos le quería, con un amor mezclado de orgullo y de admiración.

Entrado ya en las altas bóvedas de la iglesia conventual lo que en ella cabía del cortejo; temblaron los muros con los tremendos trenos de la vigilia de difuntos, en los cuales brillan, entre el espanto de la muerte, los claros resplandores de la esperanza ultraterrena. Ya el cuerpo del hidalgo descendió a la cripta donde se acompañaron de él los huesos de los ilustres antepasados. Parientes y amigos salieron ávidamente al sol de las puertas, casi alegres, procurando olvidar como un mal sueño la sombra temerosa de la muerte. Tornaron los mozos a pensar en sus amores; los viejos, en sus negocios; y, en tanto que se dispersaban, quedó tan sólo en la penumbra de la capilla familiar un paño, sobre el cual manteníanse algunas candelitas encendidas, cuya luz temblorosa, al reflejarse en las paredes colgadas de los muros, parecía animar a las heráldicas figuras que los cubrían con sus esmaltes.

En las casas de Rodrigo Fernández bullían criadas y esclavas, tan afanosas como en días de boda o cantamisa. Las más expertas, guisanderas trajinaban en la cocina, iluminada por el resplandor de crepitantes fogatas de tomillo, entre el estuendo de peroles y cacerolas. Era menester agasajar en un famoso festín a los parientes del regidor, singularmente a aquellos caballeros de Cuéllar de Sepúlveda o de Pedraza que habían descabalgado de sus mulas aquella mañana ante las puertas de los Ossorios. En los palacios de la planta baja, en torno del patio, cubiertos de alfarrache pintado de azul y oro, habíanse dispuesto largas tablas de pino, tendidas de blanquitos mantelitos, y en redor de ellas asentáronse gravemente los convidados, esperando a que sus propios escuderos y pajes les sirvieran y escanciaban. Al mediar la tarde en la dorada penumbra de la estancia, no se veían sino rostros alegres y arrebolados; subían de punto las pláticas y se hacían más apasionadas y bulliciosas, pero continuaba todavía la innumerable procesión de cazuelas y platos contenidos corderos y lechones, aves y confituras. En los cerebros de los comensales, ofuscados por el vapor de los clerros vinos de Coca y de Alajeos, latía vagamente con un eco de las copias estoicas de Jorge Manrique o del «Compañero mundo», dejaba en ellos un gran desprecio hacia la vanidad de la vida humana, que es como un río que corre fatalmente hacia la mar o como una galera que no deja huella en su paso por las aguas.

Todo voló como un aveo no se puede hallar senda y tino; todo pasó como nave sobre las ondas del mar sin camino.

Resignados ante lo inevitable, los ahitos hidalgos miraban con perfecta serenidad el común destino de los mortales, y ninguno se entristecía pensando que un día cualquiera había de celebrarse el funeral banqueto en su propia mesa, en la cual solamente estaría vacío el acostumbrado asiento de dueño. Aún el viejo regidor sentíase en su propio elemento disponiendo estas ancestrales ceremonias, y logró olvidar el dolor de su herida atendiendo a que se hiciese con todo el decoro que la grandeza de su casa y la honra del muerto demandaban, cuidando del buen orden del servicio y de la calidad y abundancia de los vinos. Y en los días sucesivos, cuando, ya más silenciosa y tranquila su casa y vuelta su vida al ordinario cauce, hablaba más alto la voz de su pena, procuró acallarla aquel magnífico ejemplo de la dura y templada raza de Castilla, empleando su actividad en un sinnúmero de ocupaciones; vigilando hasta los más menudos detalles de los novenarios de misas en las parroquias, de la ofrenda de carneros, de odres de vino y de acémilas cargadas de pan que se había de hacer a los conventos. Encerrado en su cámara con sus mayordomos, tomaba razón de los ma-

ravedises que se daban de limosna a los pobres y de los que se enviaban a las santas imágenes de Rocamadour y de Guadalupe; pero doblegábase alguna vez su fortaleza pensando que no hacía sino celebrar las exequias del linaje de los Ossorio, que era lo que en el mundo con más pasión amaba el caballero.

Apenas muerto Gonzalo el mozo, Juan de Viberos y Gonzalo Arias, los maridos de doña Elvira y doña Leonor, habían acudido secretamente al regidor, su tío, para ofrecerle que sus hijos primogénitos tomarían las armas y acudiría a hiciese sería mejorado en la herencia, y aún que tal vez se fundase mayorazgo sobre su cabeza; las sobrinas esperaban ansiosamente la respuesta de sus demandas, mirándole con recelo; pero Rodrigo Fernández, que no amaba a sus parientes y se preocupaba de sus sobrinitos como de las nubes de antaño, respondió desabridamente:

—No es justo que los hijos que engendrasteis dejen de llevar vuestras armas; las mías deslustraríanse al morir el último varón del linaje del conde Ossorio, y serán sepultadas conmigo, cuando a Dios pluguiere de me llamar, en la bóveda de San Francisco.

Acazo el regidor no descubría en estas palabras lo más recóndito de sus pensamientos; a medida que pasaban los días, su recia naturaleza, que se resis-

tencia, y no podían menos de sentir cierta gratitud a aquella siempre y desventurada criatura que no había concebido a quien se llevara honras y riquezas. Pero la dulce doña Aldonza, mucho más aguda de lo que todos pensaban, supo penetrar hasta lo más recóndito de sus corazones y, como la encomienda del difunto no se le apartaba de las mientes, temblaba calculando la cólera terrible que encendería en las codiciosas hidalgas la llegada del hijo de Gonzalo Fernández a la casa de doña Aldonza. Con el corazón palpitante había recorrido las páginas del libro de horas del galán caballero, hasta topar con una cédula, escrita de la mano del muerto, en que éste confesaba su pecado y cumplía en conciencia con las obligaciones que de él nacieran; estrechando el papelico sobre su seno, sentía la viuda formarse dentro de sí misma como una energía nueva para defender al hijo de la mujer que en él se nombraba, a aquel infante para quien reservaba sus intactos tesoros de amor maternal.

Poco a poco las casas del regidor fueron recobrando su ordinario bullicio; cada uno de los individuos de aquella compleja colectividad, dedicábase a sus acostumbradas tareas, a sus negocios, a sus ambiciones y liviandades, sin acordarse de la ausencia del que pocos días antes parecía llenarlo todo. Y es que el lugar que ocupamos en el mundo es har-



ta a darse por vencida en el gran combate, permitía que acariciase el corazón el calor de ciertas esperanzas que aceleraban su latir; recordaba entonces Rodrigo Fernández, con extraordinaria vividez aquellas palabras en que el hijo de quien lloraba le anunció la existencia de un varón de su misma sangre, que podría quizá hacer brillar algún día las armas de los Ossorios en la ciudad, cuando un regio alhá borrase de ellas las señales de bastardía.

Este infame desconocido reavivaba también las esperanzas de doña Aldonza Velázquez; la niña viuda pasó los largos días de duelo llorando calladamente, asistida de las hidalgas de la ciudad. En la penumbra de la estancia las ilustres damas, sentadas a la morisca sobre alfombras, a lo largo del muro, exhaustas, con cierta cadencia, hondos suspiros y piadosas lamentaciones, gozando sin desearlo el viejo tema del tránsito y de la vanidad de las humanas glorias; las había entre ellas ancianas desprendidas de todo lo humano, de rostros secos y marfileños entre los negros monjes; plácidas matronas, madres de muchos hijos, doncellas que bajaban los ojos para disimular su alegre brillo y que se compeñaban de su quietud forzosa enviando a volar sus pensamientos hacia las rías por donde holgaban a aquellas horas los caballeros mozos.

Revestida de tocas y monjil, semejaba la niña una novicia, tímida y resignada; a sus lados doña Elvira y doña Leonor, las primas de su marido, pugnant por ocultar decorosamente la alegría de su acrecentamiento; Igualadas por las palabras del tío, mirábase ambas hermanas sin la acostumbrada hos-

tilidad, y no podían menos de sentir cierta gratitud a aquella siempre y desventurada criatura que no había concebido a quien se llevara honras y riquezas. Pero la dulce doña Aldonza, mucho más aguda de lo que todos pensaban, supo penetrar hasta lo más recóndito de sus corazones y, como la encomienda del difunto no se le apartaba de las mientes, temblaba calculando la cólera terrible que encendería en las codiciosas hidalgas la llegada del hijo de Gonzalo Fernández a la casa de doña Aldonza. Con el corazón palpitante había recorrido las páginas del libro de horas del galán caballero, hasta topar con una cédula, escrita de la mano del muerto, en que éste confesaba su pecado y cumplía en conciencia con las obligaciones que de él nacieran; estrechando el papelico sobre su seno, sentía la viuda formarse dentro de sí misma como una energía nueva para defender al hijo de la mujer que en él se nombraba, a aquel infante para quien reservaba sus intactos tesoros de amor maternal.

Poco a poco las casas del regidor fueron recobrando su ordinario bullicio; cada uno de los individuos de aquella compleja colectividad, dedicábase a sus acostumbradas tareas, a sus negocios, a sus ambiciones y liviandades, sin acordarse de la ausencia del que pocos días antes parecía llenarlo todo. Y es que el lugar que ocupamos en el mundo es har-

ta a darse por vencida en el gran combate, permitía que acariciase el corazón el calor de ciertas esperanzas que aceleraban su latir; recordaba entonces Rodrigo Fernández, con extraordinaria vividez aquellas palabras en que el hijo de quien lloraba le anunció la existencia de un varón de su misma sangre, que podría quizá hacer brillar algún día las armas de los Ossorios en la ciudad, cuando un regio alhá borrase de ellas las señales de bastardía.

Este infame desconocido reavivaba también las esperanzas de doña Aldonza Velázquez; la niña viuda pasó los largos días de duelo llorando calladamente, asistida de las hidalgas de la ciudad. En la penumbra de la estancia las ilustres damas, sentadas a la morisca sobre alfombras, a lo largo del muro, exhaustas, con cierta cadencia, hondos suspiros y piadosas lamentaciones, gozando sin desearlo el viejo tema del tránsito y de la vanidad de las humanas glorias; las había entre ellas ancianas desprendidas de todo lo humano, de rostros secos y marfileños entre los negros monjes; plácidas matronas, madres de muchos hijos, doncellas que bajaban los ojos para disimular su alegre brillo y que se compeñaban de su quietud forzosa enviando a volar sus pensamientos hacia las rías por donde holgaban a aquellas horas los caballeros mozos.

Revestida de tocas y monjil, semejaba la niña una novicia, tímida y resignada; a sus lados doña Elvira y doña Leonor, las primas de su marido, pugnant por ocultar decorosamente la alegría de su acrecentamiento; Igualadas por las palabras del tío, mirábase ambas hermanas sin la acostumbrada hos-

tilidad, y no podían menos de sentir cierta gratitud a aquella siempre y desventurada criatura que no había concebido a quien se llevara honras y riquezas. Pero la dulce doña Aldonza, mucho más aguda de lo que todos pensaban, supo penetrar hasta lo más recóndito de sus corazones y, como la encomienda del difunto no se le apartaba de las mientes, temblaba calculando la cólera terrible que encendería en las codiciosas hidalgas la llegada del hijo de Gonzalo Fernández a la casa de doña Aldonza. Con el corazón palpitante había recorrido las páginas del libro de horas del galán caballero, hasta topar con una cédula, escrita de la mano del muerto, en que éste confesaba su pecado y cumplía en conciencia con las obligaciones que de él nacieran; estrechando el papelico sobre su seno, sentía la viuda formarse dentro de sí misma como una energía nueva para defender al hijo de la mujer que en él se nombraba, a aquel infante para quien reservaba sus intactos tesoros de amor maternal.

Poco a poco las casas del regidor fueron recobrando su ordinario bullicio; cada uno de los individuos de aquella compleja colectividad, dedicábase a sus acostumbradas tareas, a sus negocios, a sus ambiciones y liviandades, sin acordarse de la ausencia del que pocos días antes parecía llenarlo todo. Y es que el lugar que ocupamos en el mundo es har-

ta, entre los sembrados, pero los tres muchachos no se pararon a escucharlos, ni menos se entretienen en sacarles de sus agujeros, ansiosos de tomar buen puesto en las peñas que dominan la ruerta del Rey, donde los caballeros ciudadanos han de celebrar este día con juegos de justa, apropiados para aficionar a la hidalga juventud a los virtuosos ejercicios militares. Los viejos regidores conocieron en ayudamiento la necesidad de celebrar frecuentemente de estos juegos para encender el corazón de los mozos, algo apegado a las riquezas que fácilmente se obtienen con la fábrica de los paños y las granjerías de las lanas.

En su primer domingo de vacaciones, Alonso «el de San Martín» goza plenamente de aquella dulce libertad, cuyos beneficios antes apenas estimaba como cosa ordinaria y acostumbrada. Era demasiado esfuerzo el obligar de pronto su recio natural a los monótonos ejercicios de aprendizaje, y esto no pudo conseguir sin una gran lucha; logró por fin el niño sujetar el cuerpo a que se conformase en los estrechos límites del taller y aun a que se aplicase a hacer lo que se le pedía; pero el alma volaba con cualquier motivo—los gritos de otros rapaces, el canto de un pájaro, el ladrar de un can—al campo acostumbrado de sus hazañas. Y como nunca hicieron con perfección las cosas terrenas los que caen en el vicio, de somnolentos ejercicios de aprendizaje, el más rudo de los aprendices del viejo mercader; pero nadie en el obrador se asombraba de ello ni menos llegaba a reprenderle o maltrarle. Sabían todos cuál era su origen, y no ven en su torpeza sino un clarísimo indicio de la hidalga condición del aprendiz; y como era en su mente una cosa bárbara y absurda el contemplar a un hijo de caballeros con los palmares en las manos, reputaban su pereza o sus distracciones por legítima consecuencia de su condición señorial y de sus altos pensamientos.

Al poder correr a su gusto por los caminos, se une para Alonso, que nunca ha visto función de justa, la esperanza de ver a los paladines chocando sus caballos y sus armas, tal como sus compañeros se lo habían descrito muehas veces; y sentado con los otros sobre la peña que domina el puente castellano, con las piernas colgando sobre la carretera de Arévalo, miraba con los ojos muy abiertos cuanto pasaba en la ciudad, dispuesta en las huertas del Rey, a orillas del río Eresma, bajo la mole majestuosa del Alcázar, que es como la proa gallardísima de la gran galera que finge maravillosamente la ciudad. En un arenal, a la orilla derecha del río, habíase acotado el campo con una tela del alto de una lanza, y se dividió esmeradamente con empalizadas, flanqueadas por mástiles enhiestos, a cuyos cables flameaban vistosos pendoncillos; al oriente estaban dispuestas las tiendas de armas para los justadores; a poniente, los caballos tendidos de paños de Francia y de reposteros, para los jueces del torneo, para las mujeres de los regidores y sus hijas y para los oficiales del Rey; sobre los pretiles del puente, en la carretera que domina al río, entre los merlones de la muralla, en lo dado a espartable altura sobre el camadarves y ajimeces del Alcázar, suspendido, un gentío innumerable y abigarrado voceaba, bulle y se impacienta en una confusión de gritos y de colores.

Sobre la misma peña caliza, coronada de figuras silvestres, que escogieron para tribuna los aprendices, se ha asentado un sencillo de ancianos menestrales, y con ellos un viejo alto y enjuto, con todos los colores que en el iris van del amarillo al morado en su nariz, colgando sobre los gruesos labios, y en todo su rostro granujinero; vestido y tocado de una sotana y de un bonetillo, bajo el cual asoman unas greñas grises y lacias. El buen viejo, en el tiempo en que no le toca pegar los labios a la boca de vino que circula lentamente por todo el corro, se divierte en explicar a sus compañeros la disposición y adorno de la liza, dando la voz para que todos los habitantes de la peña se aproximen y se admiren de su saber en la ciencia heráldica y en el arte de justar, dándoles de paso noticias de la calidad de sus amistades, adquiridas en el ejercicio de la sacristanía de la capilla de los Linajes, en la parroquia de San Juan.

—Aquel blasón pintado en el primer pavés—dice señalándole, de un escudo con tres plumas azules sobre un águila pasmada,—es el de los Peñalosa, caballeros de mucho punto, pero de poca hacienda por la cual les cuadra muy bien el mote «Más vale buen nombre que muchas riquezas»; que por debajo del águila debe correr escrito; aquel otro de los cinco castillos es Heredia, sangre de Aragón; el de la camisa emsengrentada, traspasada por agudas setas, Avena; Cáceres, Contreras, es el de los Pálos azules y el castillo de plata, puesto del revés en señal «luto por el tropel de moros que degolló Fernán de Contreras en el Castillo de Zarazo; de los Peraltas, que vienen de Moisés Pierres

de Navarra, es el poderoso grifo encadenado con cadenas de plata en campo de sangre....

Alguna cosa nota ahora el sacristán de los Linajes que hace aún más enfático y levantando el tono de su discurso: —¡No miren vuestras mercedes sino a aquel pavés que allá parece después de los que dice, velado todo por una perla! No puede ser sino el oso de Segovia, cubierto en señal de duelo por la muerte de Gonzalo Fernández, el último de su casa. ¡Oh qué justador era y qué gentil hombre! Pero las más empinadas torres se derrumban, y caen aterrados los más altos cipreses. Los lutos no nos dejan ver ahora.

Sus dos lobos en derado; Sangrientos y triunfales.

En las letras de su mote, que reza: «Ossorio, con Dios y contra todos», divisa que llevan porque el fundador de este linaje fué un noble Infante, hijo del Emperador de Constantinopla, el cual Infante, llegando a Toledo, en tiempo de los Señores Reyes Godos, y no encontrando posada digna de su sangre real, se fué a dormir a unos palacios cerrados hacia siglos por endemoniados. Y la primera noche peleó con una fantasma, la cual, vencida y hecha cuartos, le enseñó un grandísimo tesoro y le dió el nombre de Osado, de donde viene Ossorio; aunque otros querían decir que ya le llamaban Osauri, por su elegantísimo hablar, y de él se dijo:

Que fué con el Diabolo osado de luchar, visto en quartales.

Otros blasones enumeró el parlero viejo; otros motes dijo de memoria y subió de puntos no pocos linajes contando de todos historias no menos verdaderas, verosímiles y averiguadas que las del Infante Don Osado y de los moros de Zarazo, sin darse cuenta de que sus compadres, atentos a los preparativos de la fiesta y a las menguas de la bota, con el uso ya demasiado aligerado, no le escuchaban; pero los aprendices no perdían ninguna de aquellas palabras que poblaban sus imaginaciones de damas y caballeros, reyes paganos, fantasmas y dragones espantables; solamente Alonso oía sin curiosidad aquellas maravillas, que le sonaban a cosas ya oídas alguna vez, aunque nunca pudiera decir desde cuándo dormían olvidadas en el fondo de su conciencia.

Al cabo logró el sol desbaratar los cenadales de las nubes y apareció radiante cuando había ya corrido más de la mitad de su carrera. Dentro de la liza algunos hombres afanosos daban la última mano a los preparativos; los reyes de armas, auxiliados por ciertos caballeros officiosos y sabidores, habían ya medido los pasos de ambos campos; paños y escuderos se apresuraban a tender las cuerdas que los separaban, cuando, desde una torre del Alcázar, rasgó los aires la estridente y clara señal de una trompa, a la que respondió, por la parte de Oriente, un alegre y marcial estruendo de pífanos y atambores, acañiles y chirimías; la multitud ansiosa apagó sus murmullos para mirar al camino de Santa Lucía, bajo la muralla, por el cual comenzaba a mostrarse el cortejo de los justadores, nuestra gallana del esplendor y brío de la ciudad.

VI  
Venían los caballeros mozos de ambos linajes, en dos filas de diez a diez, al diestro lado los de Don Díaz Sanz y al siniestro los de Fernán García, refrenando el ardor de sus inquietos potros, que montaban, no a la jineta moruna, sino a la noble brida castellana. Erán todos galanes y todos enamorados; maravillaban la invención de los emblemas, motes y divisas, figurados en cimera y tarjas, bordados en las bandias, en los falsopetos y en las guadrapias y paramentos de sus cabalgaduras; ostentaban los más versos ingeniosos y sutiles, compuestos tal vez en exámetros latinos por algún canónigo o por algún teólogo de Santa Cruz; y entre las hileras cabalgaban gravemente en mulas caparazonadas los jueces de las justas, vestidos de gramallas de terciopelo carmesí y tocados con gorros morados, prendidos con una joya.

No sin fatiga los boyeros hicieron tomar la vuelta a la carretera que cerraba la comitiva, hostigando con sus gritos a los cuatro descomunales bueyes que la arrastraban, dorados los cuernos y cubierta con flores la tosquedad de los yugos; en poco estuvo que no se derrumbase la máquina que lo ocupaba, y hubiera sido harta pérdida, pues contenía las figuras de un historia cuya traza y argumento pide al arcendiano Don Gil Velázquez. Representábase muy a lo vivo a Don Ferrois Príncipe de Grecia, armado de un lucido arnés, con muchas y vistosas plumas en el yelmo, y a los nobles reyes de Escocia y de Africa, construyendo a porfia cada cual una parte del acueducto de Segovia, para optar a la mano de la hija de Don Hispan, la Infanta Iberia, que desde una alta roca contemplaba el esfuerzo de sus enamorados picapeaderos; lucía la dama sus bellas y bral

de un brocado de tres altos, chapines de más de un gema y un lindo garvín en el tocado, y con la diestra señalaba una cartela donde se leía esta letra: «Omnia superat constantia».

Ya ha mostrado toda esta cabalgata su bizarría paseando el campo entre las triunfales aclamaciones del gentío; ya se sientan los jueces en sus sitials, ya los justadores se ordenan a ambos lados de la cuerda tendida que divide el campo, sobre la cual dos paños a ambos extremos levantan sus hachas para partir a un señal de afañil; los espectadores esperan sin respirar a que ambos grupos choquen ruidosamente sus brillantes armas, en guerrero alarde, pero los minutos pasan, la señal no se da y el pueblo y los combatientes no ocultan su impaciencia.

¡Cosa imprevista y desusada en estos simulacros de combate, sin riesgo alguno para nadie, que de tiempo en tiempo celebraba la ciudad y donde todo estaba calculado de antemano! ¡Evocación de siglos más guerreros! A la tribuna de los jueces ha llegado un escudero extraño que en las manos del corregidor pone rendidamente un cartel de desafío; agópase la gente en torno del cadahalso, y aun los justadores descomponen su concierto y se empujan sobre los estribos para ver los gestos con que los jueces discuten sobre este impensado incidente; al cabo el corregidor Díaz Sans de Quesada alza gravemente y lee en alta voz el atrevido reto.

El magnífico caballero Don Pedro de Villatoro, señor de Cantiveros y regidor de la ciudad de Avila, aseguraba en él que, para aquel día y en aquel sitio, estaba desafiado desde más de un año antes con Gonzalo Fernández Ossorio el mozo, y pues le decían que era muerto y no quería volverse sin pelear a su torre de Cantiveros, retaba a combate a tres caballeros de Segovia que uno después de otro, quisieran romper con él tres lanzas de hierro fuerte, por el asta, sobre arnés de justa, sin escudo ni tarjeta.

Como los jueces hubiesen al cabo accedido a ello, cuebla el extraño mensajero de la cuerda la manopla de su señor y los veinte noveles justadores descañalan, con la mayor prisa que el empuje de las armas les permite, para tocarla con las suyas. Los que más ágilmente lo consiguieron fueron Sancho Falconi, el otro Sancho, bastardo de Falconi, y el novel justador Gonzalo de Avendaño.

Esperaron los tres, nerviosos e impacientes, al lado derecho del cadahalso, y los demás se apartaron para colocarse, como simples espectadores, en torno de la liza.

En el sacristán de los Linajes ni los aprendices de Diego Sánchez pudieron enterarse bien, desde el miradero de su Peña, de lo que dentro del campo se pasaba; dejámoslos en ella para contemplar más de cerca el sangriento proceso de aquel incidente que vino a turbar las alegres y apacibles fiestas ciudadanas, pero notaremos que el docto viejo supo divertir la espera y la impaciencia de sus oyentes contándoles cómo el aventurero alemán Micé Roberto, señor de Balse, combatió en aquel mismo sitio, casi cien años antes, con la flor de la caballería castellana, delante del glorioso Rey Don Juan.



evocador de leyendas medievales. «Dueñas de Segovia, caballeros de Avila». Como entretanto los reyes de armas, con el escudero avilés, habían recorrido el campo, discutiendo gravemente todos los pormenores del combate, no le quedó más que hacer a Don Pedro de Villatoro sino cabalgar de nuevo, tomar a un lado el puesto que le indicaran y esperar en imponente quietud la señal del encuentro.

Sobre su nerviosa yegua tordilla, más hecha a correr liebres que a semejantes combates, mantuvo el primero el decoro de los caballeros segovianos Sancho Falconi, el más osado de ellos, quebrando furiosamente una lanza en la punta de su poderoso rival y haciendo astillas otra sobre el sobrepeto; pero el señor de Cantiveros era sobrado diestro para dejarse dominar por un manco tan impetuoso, y, sin dejar de sonreír, como un viejo maestro que enseñase a un niño alocado un sencillo golpe de esgrima, tocóle en la hombrera con el cuento del lanzón y, desmontando al novel paladín sin hacer apenas esfuerzo alguno, lo dejó sentado en la arena, entre la algazara de la multitud, que se divertía con aquel juego, mil veces más interesante que la sabida y aparatosa función que estaba preparada.

Sólo ardía entretanto la cólera en el corazón del vencido, y más aún en el de su hermano, el bastardo Falconi, que le respetaba y quería como jefe de su casa. Era el bastardo un mozo vigoroso, ya muy ejercitado en el manejo de las armas, y así, rompió con acierto, aunque con mala fortuna, hasta dos lanzas en el peto de su contrario; dió muestras él avilés de enfadarse un poco de tan cólericas arremetidas, y, al tercer encuentro, dió con su lanza un fortísimo golpe bajo la gorguera del Falconi, el cual supo resistir sin commoverse; pero como el asta volase, con la violencia del choque, en mil astillas, una de ellas se le entró al mozo por el ventalle de la celada y penetró por la órbita siniestra hasta el cerebro; derrumbó el bastardo pesadamente, y un hilo de sangre que brotada de las comisuras del yelmo empapó la arena; gritaron las mujeres, y la muchedumbre

ansiosa y conternada, derribó la tela de la liza y se agolpó en torno del caído, a quien sus parientes y escuderos intentaban aliviar de las embarazosas armas. Derramóse pronto la nueva de la desgracia, y entretanto que las damas asistían a la desmayada doña Constanza Coronel, a quien cortejaba el caballero moribundo, algunos hidalgos abrían paso con sus espadas al cura de San Celi, que apresuradamente llegaba de su parroquia, apretando contra el pecho la arguilla de los Santos Oleos.

Solamente aquel cuyo brazo de hierro había asestado el golpe fatal permanecía impassible en su puesto, como quedaba algún tiempo olvidado en el tumulto del caso, el toro que ha herido mortalmente a un lidiador; enjugóse tranquilamente el sudor de su rostro con un lienzo que le tendió su escudero, pasó un poco su caballo para que se refrescase y esperó inmóvil el fin del revuelo, contemplando con cierto desdén a los que tanto se commovían por un accidente tan vulgar. Era de aquella raza de infanzones avileses que, según reza la vieja copla, cebaban sus gavilanes en Ronda, en Trujillo y en Alarcos; guerreaba desde la adolescencia en la dorada Italia, donde la vida del más valiente caballero y el honor de la más honesta dama se estimaban en muy poco, y su corazón, que había adquirido el temple de los héroes de la antigüedad pagana, no tenía ya para sus enemigos odio ni compasión.

Cuando se hubieron llevado del campo el cuerpo inanimado del bastardo Falconi, que arrastró tras de él gran parte del concurso, los que permanecieron pararon mientes en Don Pedro de Villatoro y recordaron que su reto seguía en pie. Envióronle los jueces una embajada rogándole que desistiera por entonces de su empresa respetando el dolor de muchas familias; pero el tozudo caballero negóse tenazmente a abandonar el campo hasta que el sol se pusiera, para lo cual faltaba todavía una hora. Era preciso que el tercer paladín saliera a defender el honor de la ciudad, y Gonzalo de Avendaño, un poco turbado, cabalgó con presteza, tomó la lanza que le ofrecieran sus escuderos y ocupó el puesto

en suma. Su temperamento es sólido, su invención no se aparta de la verdad de todos los días y su técnica es materialista, equilibrada, sin exaltaciones de ninguna clase. Una especie de sabiduría ecuanime de la plástica. Y una gran honradez en el «métier».

Marthe Ternand: fina y fuerte, con paisajes y retratos de gran valor pictórico,

ser regla general, la escultura es un arte tratado con menos felicidad que la pintura, por la artista francesa, que a veces resbala hacia lo teatral o hacia lo estilizado excesivo, como la contribución de Marie-Louise Simard.

¿Otros nombres aún? Sí, el de una gran artista de las fibras de mimbre que se llama Mme. Zervudaki, cuyo «Mannequin



Escultura de Madame Ybert.

en los que se adivina, al par que el uso reflexivo de las pastas, una disciplina, un programa interior. Yo siempre he pensado realizar, en la Habana, una gran exposición de arte femenino de París: Marthe Ternand sería una de las que primero sería dada a conocer entre nosotros. Reine Cimiére y sus litografías, Yvonne Gilles y sus paisajes, Suzanne Bernouard y sus flores, excelentes, que han hecho sensación entre todos. Suzanne Bernouard presenta además muy bellos retratos, otro arte difícil, arte que exige no sólo un «métier», sino una vocación.

Madame Jacques Ibert na sabido, en sus esculturas, aprovechar la lección de Bourdelle y al mismo tiempo manifestar su propio temperamento, su yo creador. Sin

«Osier» habría encantado a Monsieur Bergerat. A distancia, los nombres pierden un poco de brillo. Es preciso «constatarlos» en su salsa, en su cuadro, en el escenario de sus triunfos. Para vosotros, que me leáis con el Atlántico de por medio, aun expresados en «ondas cortas», estos nombres secundarios deben ser un poco nebulosos, ¿no es verdad? Lo que interesa en esta magnífica experiencia es el triunfo de la mujer.

EL ARTE ES UNA LIBERACION

Mi amigo Monsieur France—barba asiria, labio volteriano, monóculo, colección de estampas, gabinete que parece un



Paisaje de Marthe Ternand.



Terracota de Colette Gueden.

museo con las ventanas abiertas sobre el paisaje clásico del Sena—estaba en el «vernissage» del Petit-Palais. Cogiéndome del brazo, después de haber besado las manos de las marquesas y de las estrellas del día, me dijo:

—Las leyes francesas son un poco restrictivas para con la mujer francesa. Y sin embargo yo siempre he creído que la mujer francesa es, en la práctica, la más libre de las mujeres de la tierra.

—Usted me habla—le respondí—de esa libertad, en un «vernissage» femenino. ¿Es que lo uno tiene relación con lo otro?

Monsieur France echó el busto hacia atrás, arqueó las cejas, lanzó una chispa a través de su monóculo y clamó: —¡Pero, mi querido amigo, se trata precisamente de dos elementos que se completan, lo uno no es más que la consecuencia de lo otro!

Un silencio. Mi silencio le pareció una solicitud de claridad en su charla, llena naturalmente de fórmulas «entendidas»: —El arte, por ejemplo, es para la mujer francesa una liberación. Desde comienzos de siglo para acá hemos tenido una pléyade de grandes artistas femeninas que en el fondo no buscan sino su liberación, su puesto al sol, su independencia en la sociedad. No nos han pedido permiso: ellas solas se han erigido en grandes artistas, lo que es un signo de renovación de sociedad. Esto es al mismo tiempo un testimonio de la vitalidad de la raza francesa, que para ciertos «aracistas» está en decadencia. En efecto, mientras la mujer francesa tome parte en la evolución del arte y del pensamiento, la raza estará en pie, blandiendo sus mejores armas. Este rincón de París no es más que una comprobación de la Francia eterna.

EL AMOR DE PARIS

—Además—continuó diciéndome el gran

experto de civilizaciones que es Monsieur France—¡fíjese usted cómo nuestras artistas adoran París. Con muy raras excepciones todas han traducido el espíritu de nuestra capital. Mire usted esa terracota de Colette Gueden, interpretación la más feliz del «producto de París», estilización de París, simplificación de París, con la barca simbólica sobre el peinado a la Antoine. Vea usted las calles y los personajes de André Bizet. Vea usted, vea usted... —Sin embargo—me atreví a interrumpirlo... —Ya sé lo que va a decirme. Sin embargo... hay en la obra general un gusto humano y poético al mismo tiempo. Es que todas son inteligentes, todas son artistas y todas son humanas. La famosa deshumanización del arte es para ellas una modalidad, una etiqueta, una fórmula. Ellas realizan su obra «parisiense» pero al mismo tiempo universal, impregnada de comprensión y de verdad.

Poetas, periodistas, Ministros del Gabinete, diplomáticos, vedettes del día y de la noche de París deambulaban y discutían frente a los testeros, junto a las estatuas. ¡Ah, si el cronista hubiera logrado recoger, aunque sólo fuera en síntesis, lo que todo ese mundo elegante decía sobre el arte, en general, y en particular sobre el arte femenino de París...! El Petit-Palais irradiaba de luces temperadas. El «art vivants» reinaba en todos los rincones, dueño de la plaza plenamente conquistada. ¡Ah, qué lejos, pero qué lejos estábamos de la Academia! ¡Qué distantes del arte comercial y físico! A través del amor de París, todas estas artistas femeninas, reunidas bajo el signo tutelar de la Municipalidad de París, nos estaban dando una lección de lógica estética, de temperamento independiente y de fuerza interior. París continúa. El arte francés continúa. La cooperación femenina continúa...

# ARTE FEMENINO EN EL PETIT-PALAIS

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

La pintura y la escultura femenina se alejan de la feminidad.- Del misticismo de Hermine David al realismo de Andrée Bizet.- Diferencia entre la pintura comercial y la Pintura.- El paisaje y el retrato, características.- Las artistas de Francia

Pasadas las grandes manifestaciones artísticas provocadas por la Exposición de París, principalmente la gran Retrospectiva del Arte Francés en el Museo de Arte Moderno, y los Artistas de Nuestro Tiempo, en el Petit-Palais, la vida normal del arte francés continúa.

En el Petit-Palais, por ejemplo, acaba de ser inaugurada la exposición XXV de artistas vivos. Es una fórmula ingeniosa: Raymond Escholler, su director, inventó que los salones del Petit-Palais podían convertirse en cosa viva poniéndolos gratuitamente a la disposición de los artistas vivos. Fué como una revelación: todo lo que se pone en contacto con los artistas vivos se vuelve cosa viva, y es así que vimos transformarse en sitio eminentemente vivo la galería frías y marmóreas, verdaderamente sepulcrales, del Petit-Palais anterior a M. Escholler.

Por grupos, pues, los artistas vivos han desfilar. Es como si se hubiera puesto a funcionar un motor de ritmo regular. XXV grupos más o menos de 25 personas cada uno. Hágame usted la adición... Revolucionarios y clásicos, pero vivos. Y la particularidad de este Grupo XXV es que está constituido exclusivamente de mujeres.

## EL ARTE FEMENINO FRANCES

Este tema solamente merece bien un vo-

lumen, una antología, que no un simple artículo de periódico.

A la cabeza de las capitales artísticas, resumiendo el esfuerzo estético de hombres venidos de todos los países, con el bagaje y la experiencia de todas las razas, París fué para la mujer la misma disciplina que para el hombre. Sería ingrato citar nombres, por miedo de las omisiones. Pero la mujer francesa fué en las artes un instrumento admirable de invención. Unas veces invención femenina—con las características de lo fino, de lo modoso, de lo precioso—otras invención masculina, despojada de virtudes y defectos legendaria atribuidos a la mujer. Es así que son representativas—para no citar más que a las artistas vivas—temperamentos tan diametralmente opuestos como la femenina Marie Laurencin y la masculina Suzanne Valadon.

En los últimos tiempos, sin embargo, se ha notado un desconcertante y vigoroso sentido masculino del arte femenino francés. Los salones consagrados a la mujer son dignos, por la factura, por la manera de tratar el sujeto, por la independencia de técnica, por el vigor de la concepción, son dignos, digo, de estar consagrados al hombre. Las Marie Laurencin se hacen más raras cada día, las Valadon forman legión, ya...



Los peregrinos de Emaús por Hermine David.

## DIFERENCIA DE PINTURAS

Para mí una de las más grandes virtudes del arte femenino francés reside en

el hecho inteligente de haber establecido una diferencia bien clara entre la pintura comercial y la pintura, a secas. Desde el momento que la mujer comprendió y estableció esa distancia, estaba salvada. En efecto, tanto entre la pintura masculina como entre la pintura femenina existe, lo que hemos clasificado como «pintura comercial». Es decir, una tela de fácil salida, que se puede acomodar en el salón de un empleado público, de un comerciante en abarrotes, de una modista de barrio, de peluquero, de un escribano público, de gentes que no entienden gran cosa, en suma, que cosa es la Pintura con mayúscula. Es de esa clase de pintura que salen los Ilustres Mediocridades—con mayúscula también. Y, como si estuvieran imantados o fascinados, casi todos provienen de una Academia, y a través de sus vidas siguen siendo fieles a la Academia. De donde se deduce que la Academia y la Pintura Comercial son una misma cosa, o casi.

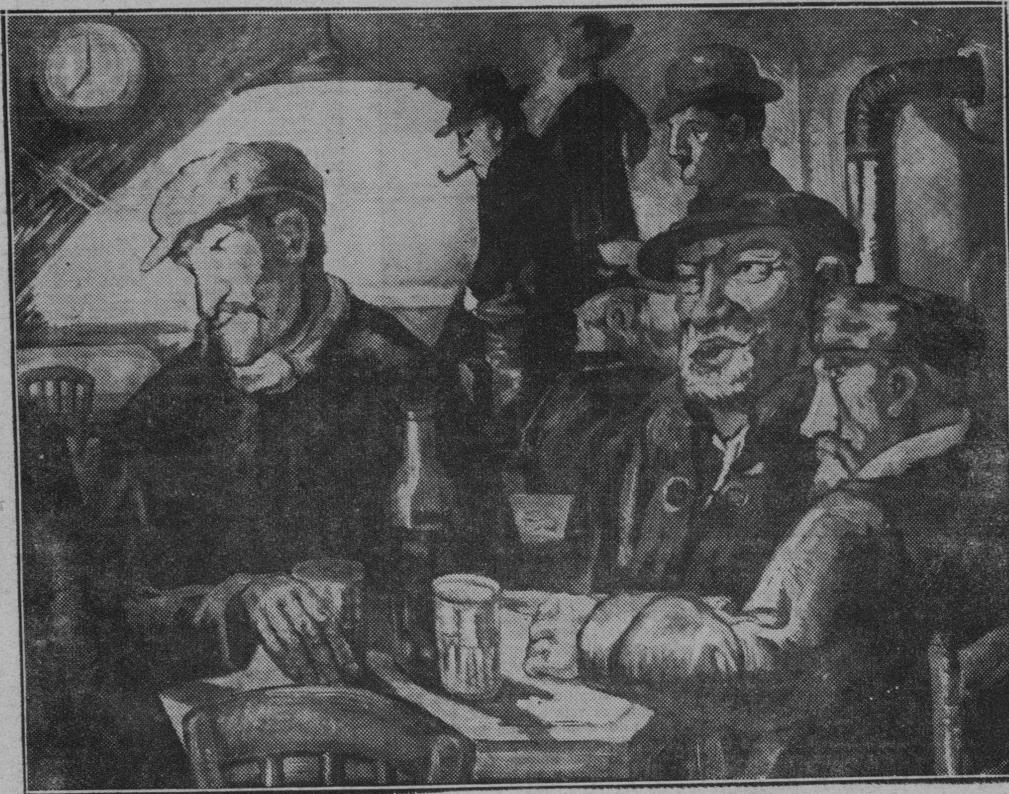
Ahora bien, la artista francesa ha sabido prevenir el caso, ha adivinado en donde estaba escondido el cepo, y se alejó de él a toda prisa. La artista francesa es antiacadémica. Expresa su temperamento propio. Desnuda su alma en cada obra. Es decir, está más cerca del arte puro que otras artistas de la tierra. Y esto constituye, a mi modo de ver, una de sus principales virtudes.

## EN EL PETIT-PALAIS

Hermine David, la primera del Grupo XXV. No la más completa, pero en todo caso una de las más temperamentales.

Se trata de una poetisa, y por añadidura, poetisa mística. Después de haber transitado sobre los incendios parisienses, se ha retirado a un convento de benedictinas del sur de Francia. Tiene una armonía general: el azul. A veces el azul de los primitivos italianos, a veces el azul eléctrico de las noches de París. Su pintura traduce el «color» de su atmósfera mística, y sus personajes, y sus paisajes, están un poco alargados y estilizados a la manera del Greco, un Greco femenino y parisiense.

Por el contrario, si Hermine David nos lleva al Cielo, madame Andrée Vizet nos conduce a la Tierra. Personajes y paisajes bien terrestres, bien dolorosos, bien cotidianos. Viejas calles de París, rincones verídicos de los barrios bajos, campesinos de la Provenza, frutos, flores, la Tierra,



En la taberna.

to que lo indicaron, pero recordando que su contrario, por la extraña forma de su yelmo, peleaba con el rostro descubierta, pidió algún tiempo para desembrazarse de su celada, y dejó pronto indefensas sus pálidas facciones y su cabeza juvenil, adornada de negra y rizosa melena.

Un grito de espanto salió de la tri-

—¡Oh quién podrá decir la indignación con que respondió a este apóstrofe el soberbio señor de Cantiveros! Puesto en pie en los estribos gritó desahoradamente, tratando en vano de dominar el tumulto y confusión que habían levantado las palabras del astuto Rodrigo de Tordesillas; apostrofó a los regidores, acusándoles de impedir con argucias su insigne victoria; volvióse luego contra el pueblo, que gritaba que se quemase a aquel judío y solo contra todos, hizo cara por algún tiempo a sus insultos, bramando de coraje y blasfemando como un endemoniado. Aunque los más de los regidores quisieron defenderle, era tal el clamoreo de los menestrales que hubo de comprender el avilés que su causa estaba muy perdida y aun corría serio peligro en aquel sitio su persona.

Movíanse ya en su torno los familiares y aguaciles de la Santa Inquisición; el pueblo había invadido el campo, y los más osados trataron de sujetar por los rendales al soberbio alazán. Don Pedro de Villatoro comprendió al cabo que un momento de vacilación podía comprometer su libertad y su vida; rasgó con sus dorados acicates los jares de su caballadura, hasta conseguir que se encubriese con dos o tres golpes con el asta de su lanza abrióse paso entre los menestrales, de los que descalabró hasta una docena, y desembarazándose el camino por los arenales del río, tomó a galope la carretera de Arévalo.

Bien pronto quedaron desiertas las riberas del Eresma; el gentío que las llenaba dispersóse en diversos grupos, de los cuales unos subían hacia la ciudad aclamando a Rodrigo de Tordesillas que se sentía infinitamente satisfecho de su triunfo y de los clamores populares, y otros corrieron algún tiempo el camino, detrás del infame judío que había causado la muerte de un caballero segoviano. Bien pronto perdióse a los lejos el eco de sus voces. Las nieblas del río cubrieron todo el valle, en tanto que un postrero rayo de sol iluminaba las altas torres de la ciudad, que brillaron un momento, como cirios encendidos, sobre las nubes cárdenas.

Cuanto había visto y oído en aquellos memorables Pasos encendió en el alma de Alonso nuevos deseos y desusadas imaginaciones; revolviéndolo en su magín, caminaba con sus compañeros por las choperas de los Huertos, río arriba, sin notar siquiera cómo iba empapando sus vestidos la menuda lluvia que caía sosegadamente. Callaban los tres muchachos, algo turbados por el silencio y la soledad de aquellos lugares y por el medroso aspecto de los chopos, que tomaban en la penumbra del anochecer formas maravillosas; al tiempo en que entraban en las primeras calles del arrabal de San Lorenzo, toparon con dos jinetes que venían al paso de sus caballaduras, y pegáronse a la tapia de una huerta para verles pasar; montaba el de más edad una buena mula y se cubría con una capa aforrada de nutrias; el otro, envuelto en un capotillo, cabalgaba a la jineta en un machuelo romo de poca alzada. Notó el más mozo la presencia de los aprendices, y contentándose a su cabalgadura, dijo a su compañero:

—Señor, si no preguntamos, nunca daremos con la casa, y mejor será a estos muchachos, que r. a quien luego quisiere saber nuestro nombre.

Asintió el de la mula, y el que había hallado, que parecía criado o escudero, adelantó su macho hasta encarrarse con los niños, y les preguntó con mucha cortesía en cuál de aquellas casas vivía un viejo honrado que era o había sido muñidor de la cofradía del Angel. Se apresuró a responder Alonso que aquel viejo no podía ser sino su abuelo, y aquella casa la suya propia. Pero, en tanto que lo decía, hallaron ocasión para escapar los otros aprendices, dejando al respondón todo confuso ante aquel desamparo. Mas quisiera Alonso seguir en la sombra el camino de sus compañeros; pero su demandante, sin darle tiempo a poner en práctica sus pensamientos, saltó ágilmente de su bestia, le tomó por el puño y le llevó a la fuerza ante el encapotado caballero.

—¿Por qué os asustáis de nosotros, amigo?—dijo el mozo al rapaz, procurando poner cierta dulzura en las inflexiones de su voz ronca y destemplada.—No queremos haceros mal, sino que nos guíeis a vuestra casa. Emprended, pues, el camino, y os daremos con que compréis confites y avellanas en la feria de San Juan.

Entre las tinieblas de la noche, lluviosa y templada, el niño tomó con los desconocidos la callejuela que baja al río; en la mente excitada de Alonso revivían con singular relieve las sombrías historias, oídas tantas veces de labios de

las comadres, de aquellos juatos que robaban y crucificaban hijos de cristianos para hacer burla en ellos de la Pasión de Nuestro Señor.

## VIII

Saltando por los fangales bajaba el escudero, con el niño cogido siempre por la mano, los derrumbaderos del río; seguiales el grave personaje, fiado en los seguros remos de su hermosa mula, y así llegaron a la choza del muñidor, suspendida sobre el Eresma, que bramaba en la sombra, embravecido por los deshilos de primav. Llamó ruidosamente el robusto mozo, golpeando la puerta con el puño, y en tanto que esperaban, dijo el anciano:

—En pobre morada vino a encontrar el sinventura de mi hijo sus amores; mejor sea el halcón que buscamos que el nido en que se crió.

Ilumináronse en esto las rendijas de la puerta y oyóse tras ella una malhumorada voz que decía:

—Pase de largo quienquiera que sea, que otras casas hay en el arrabal mejor abastecidas. Esta es harto chica para posada.

—Abred, madre—gritó entonces el niño—que los caballeros que vienen conmigo andan tan a lehora por estos caminos para hablar con agüelo.

Abrióse la desvecijada puerta y apareció en el hueco, llenándolo todo, la garbosa figura de Ana Galinda, alzando un candil con la mano.

—Ah, Diego de Canencia—dijo mirando en la cara al escudero—¿ahora me conocéis? ¿Para qué nueva ruindad llamáis a estas horas en mi casa?

—Sosegaos, Ana—dijo el mozo en voz baja—que Rodrigo Fernández, mi señor, viene conmigo para recoger a su nieto y para daros a vos con qué viváis.

Ya en esto el regidor había llegado ante el dintel, y descabalgó con noble soltura, sin esperar apenas a que su escudero le tuviera el estribo. Sintió aquella hembra briosa y corajuda que se turbaba toda su fortaleza ante aquella señoril prestanda del caballero vestido de luto, y cubrióse el rostro con las manos; pero el viejo y experto gentilhombre supo animarla luego con estas sencillas palabras:

—Dadme, hija, un lugar junto al fuego, en que pueda calentar esta sangre que la vejez y las penas van helando. Los mozos queden fuera, al cuidado de las cabalgaduras. No temáis, que no vengo acá sino por vuestro provecho.

Alzóse torpemente de su poyal el muñidor y acudió tembloroso, murmurando vagos cumplidos y abriendo asustado los inquietos ojuelos grises ribeteados de rojo. De muchos años antes le conocía el regidor, y le saludó amistoso. Sentáronse los ancianos frente a frente, en los hoyos que flanqueaban el hogar, en tanto que la moza procuraba avivlar las mortecinas brasas cuyo reflejo, coloreando su rostro, le devolvía en parte su antigua hermosura.

Aun cuando ardía el muñidor en deseo de saber la causa de tan noble visita, y el caballero moría por hablar de su nieto y verle despacio, procuraban ambos huir en su conversación de aquello que más les interesaba, que a tanto llega la circunspección de los ancianos en Castilla. Hablaron primeramente de la persistencia de las lluvias y de cuánto importaba para la buena granazón de las mieses; pasaron luego a recordar algunos lances de caza, lo que les llevó a lamentar su vejez presente y sus desgracias; entonces dijo Pedro Galindo:

—Dios tenga en su santa gloria al señor Gonzalo Fernández, y a vuestra merced de salud para encomendarle por muchos años a Dios Nuestro Señor, como yo no dejara de hacerlo.

—Así sea como vos lo decís, Antón—contestó el caballero,—y el Señor premie vuestra cristiandad.

Callaron ambos ancianos, mirando al fuego, hasta que la Galinda, que se cocía en impaciencia y a quien tanta calma comenzaba a enfadar, rompió el silencio, briosa y desabrida:

—Para que la ánima de aquel sinventura salga de las llamas del Purgatorio, en que sin duda yace por sus pecados, preciso es que vuestra merced, señor, emiende sus yerros y vele por las obligaciones que le dejó abandonadas.

Miróla despacio el regidor y dijo tranquilamente:

—No abandonó Rodrigo Fernández las obligaciones que nacieron de la flaqueza de su carne pecadora, ni aun esperó a la hora de la muerte para cumplir con ellas como cristiano; en esta cédula, que guardaba en un libro, declara y reconoce a un hijo suyo y vuestro y me manda lo críe en mi casa conforme a su salud. La voz de mi hijo muerto, Ana, es lo que me ha traído a vuestra casa.

Oyendo estas palabras Antón y la Galinda, cruzaron rápidamente sus miradas, que revelaban una misma idea. Ambos habían comprendido las ventajas que a su situación aportaba la existencia de aquella breve cédula; ya no tenían que apelar a la cristiandad del regidor para

conseguir lo que pedían, sino que el papel nuestro se lo mandaba en un papel escrito, y para el pueblo es todo escrito fuente positiva de derechos; y en el alma de la moza renacía la ambición antigua, y el viejo con astucia plebeya, se aprestó a sacar de aquella confesión todas las posibles ventajas.

—¿Y de mí Ana, señor, no dice nada ese papel? ¿Ha de seguir lavando en el río para ganar trabajosamente con que ella y yo nos mantengamos, mientras su hijo se huelga en vuestros palacios como un caballero? Yo, hecho estoy y acostumbrado a la miseria; pero ¿será bien que siga en tal estado la madre de vuestro nieto que lleva la sangre de los Ossorios?

—Descuidad, Antón, que para ella tengo ya prevenido lo más provechoso y honrado. Anduve en tratos estos días con la abadesa de Santa Isabel, que es algo mi parienta, y trabajosamente logré que consintiera en recibir a vuestra hija si, arrepentida de sus pecados pide el velo. De mi cargo correrá la dote, y en esa noble y santa casa podrá pasar sosegadamente sus días, haciendo oración por el alma de mi hijo.

Estalló entonces en cólera la frustrada ambición de Ana Galinda, que nunca había del todo olvidado los terciopelos y brocados que arrastrara un día por las calles de la ciudad. ¿Era un velo de monja todo cuanto el hidalgo traía para ofrecer a cambio de llevar a su hijo, ya mozo, que dentro de poco la había de sustentar con su trabajo? ¿Gentil ardid para tomar al nieto y desembarazarse de la presencia de la madre! Pero no se haría todo como el regidor tenía trazado, sino de muy otra manera. Llévase al niño en buena hora, con tal que de su madre y su abuelo se fuesen con él a vivir honrados en la casa de los Ossorios.

Y el muñidor asentía a las voces de la hija meneando la cabeza y murmurando entre dientes.

Era Rodrigo Fernández poco dado a la ira, pero ciego y violentísimo cuando alguna vez le acontecía airarse; al ver de esta manera desechadas y tenidas en poco sus ofertas, sintió que el ascua de su orgullo, viva y siempre bajo su habitual llaneza y afabilidad, se le encendía y explotaba en llamaradas de indignación, y levantándose descompuesto, juró antes renunciar al nieto que encontrar a tal muñir en su casa solariega. Como embriagado por la cólera—lo que solamente puede disculpar algo su mal intento—hizo además de arrojar al fuego el papel en que estaba escrita la confesión del muerto.

Así la suerte del pobre niño, que charlababa en la calle con el escudero, estuvo por un momento pendiente de la lucha entre la ambición de la madre pecchera y la soberbia del hidalgo abuelo; pero el amor maternal, que era muy grande en Ana Galinda, aunque oculto, como una rosa entre zarzales, por la aspereza y violencia de su condición, brotó entonces en ella tan reciamente, y la venció de tal manera, que la hizo caer de rodillas a los pies del regidor y suplicarle con lágrimas que hiciese de su hijo un caballero, aunque ella tuviera que mendigar su pan de puerta en puerta.

Calmóse tan presto como solía la violenta cólera del Ossorio, el cual, dueño otra vez de sí mismo, y aun de sus interlocutores, guió muy hábilmente los tratos. La conversación corrió desde entonces entre los viejos tan tranquila como el ruido de la lluvia después de las tormentas estivales. No quería Rodrigo Fernández obligar a la moza al monjío, pues ello fuera tentar a Dios, que es quien solamente puede encaminar los corazones a su seguro; le bastaba con que se apartase de la ciudad, porque no convenía que su hijo la viese en adelante, y para ello le ofrecía hacienda con que se pudiese mantener; su molino del Romo, sobre el río Pirón, cuya piedra nunca se para con grandísimo provecho, pues muele las mitesas de tres lugares: Sotosalbos, Collado y Santo Domingo. El viejo muñidor, que había sido molinero, se daría aún maña para gobernar la molinera, y después de sus días, la misma Ana podría llevarla con sus criados, si es que tan buena dote no le traía un mozo galán con quien casarse.

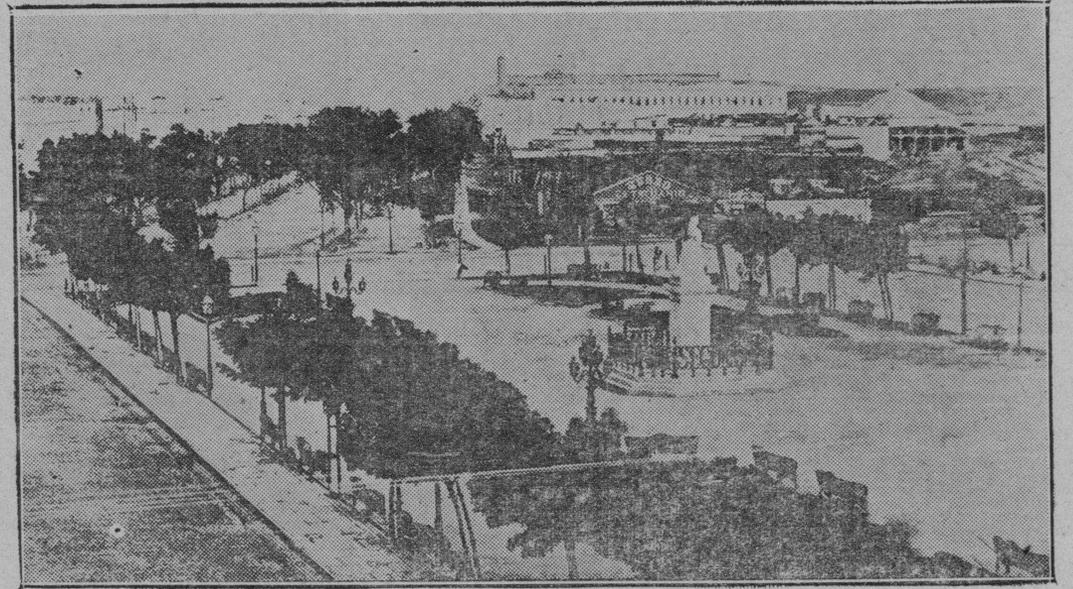
Ilumináronse de codicia los ojos de Antón, que conocía bien la calidad de la alhaja que se le ofrecía; pero, protestando aun por la poquedad de la merced, logró que se le aumentase con prados y linares en la Aldehuela y Torre-caballeros. Entonces el hidalgo púsose en pie y pidió que le trajesen a su nieto. Pero las pasiones de la Galinda, el orgullo herido, la ambición frustrada y rota una vez más, ya para siempre, llanaban otra vez su corazón de cólera y despecho.

—Llévase a mi hijo a vuestros palacios, señor, sin que yo más le vea, puesto que queréis que nunca va a quien de su madre y que se avergüence de quien le parió. Enseñadle allá las mafias de vuestra raza de gavilanes, castigadle si alguna vez se avergüence de mí; pero que no entre ya en mi casa, no sea que le ahogue al abrazarle.

El tiempo en que estas cosas pasaron...

# EL PARQUE CENTRAL

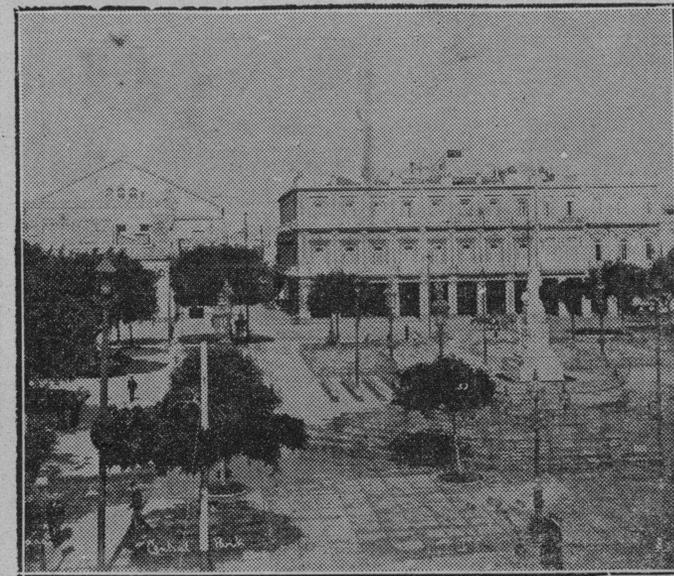
por Federico Villoch



Aspecto del Parque Central en 1863

que cada uno ha oído de una manera tan distinta, ya en la juventud, ya en la vejez...

El Parque Central de hoy, recortado y casi sin árboles, resulta verdaderamente ridículo si se le compara con aquel de 1860, pudiera decirse el doble de esto, y sembrado de grandes y frondosos álamos y laureles, cuyas amplias franjas de sombra lo hacían de día tan agradable, y cuyas misteriosas rincónadas lo convertían por la noche en otras tantas acogedoras estancias, donde se llegaban a establecer íntimas y animadas «peñas» compuestas por elementos de las más di-



El Parque Central de La Habana por el año de 1905

versas clases sociales. Existían entre las principales la Peña llamada del Bolsín, formada por comerciantes y corredores de la Bolsa que se situaba frente al costado derecho de Payret; la de los músicos, frente al café de Albusu, compuesta por los profesores musicales más conocidos de entonces, entre ellos Raimundo Valenzuela, los hermanos Mauri y Palau, etc.; la de los periodistas y escritores, frente al Inglaterra, donde no faltaban nunca Arturo Mora, el simpático Cható tan querido de todos; Pancho Danziel, el gran amigo de Antonio San Mi-

del director de «La Lucha» y batallón redactor de la misma; Bárzaga, Valdivia, Almazora, Pichardo, Catalá, algunos redactores de «El Figaro» y Hornández Miyares, el director de la «Habana Elegante»; —cuando no existía la Asociación de la Prensa, los periodistas se reunían y se encontraban más—; la de los artistas cubanos que se reunía a un lado del monumento a Isabel II y en la que figuraban siempre los hermanos Robreño, su padre don Joaquín, el popular y aplaudido bufo cubano Ramón Morales y aquel impenitente bohemio, autor y periodista, Domingo Barberá, y algu-

la primera en disolverse era la del Bolsín, gente que por fuerza tenía que levantarse temprano, no prolongaba sus sesiones más allá de las diez y media de la noche; luego la seguía la de los músicos, que se disolvía poco después de terminadas las funciones de los teatros, para esperar la llegada de algunos de sus miembros que formaban parte de las orquestas de aquéllos; luego la de los periodistas; y se quedaba casi hasta la misma salida del sol, la de los cómicos cubanos y la de los charadistas, engrosada esta última por algunos recalitrantes noctámbulos que habían figurado en las que ya se habían disuelto.

Todas eran animadas, bullicentes; se reía y hablaba con la mayor franqueza; el ánimo se hallaba entonces siempre dispuesto a reír y expansionarse. La única que por lo general permanecía silenciosa, era la Peña de los charadistas; se les veía con un dedo sobre la frente, preocupados, la mirada vaga, el pensamiento en el espacio buscando el todo de una difícil charada que uno de sus miembros acababa de presentar al cenáculo. Hoy permanecerían noche tras noche y madrugada tras madrugada, buscando en vano la solución de la charada política que a todos nos preocupa, y con la cual, seguro que jamás darían ni los más hábiles charadistas del universo mundo.

Los ciclones acabaron con todo, con los grandes árboles, con las Peñas, y el último, el más fiero de todos, el ciclón machadista, acabó con el viejo y amplio Parque Central que tanto echan de menos por las noches los antiguos y recalitrantes charadistas.

Hemos oído decir que se intenta quitar el pequeño Parque que queda, para hacer allí una amplia Plaza como la de la Concordia de París—ya será menuda— a fin de facilitar el enlace de las calles de Obispo y O'Reilly con las de San Rafael, etc. No nos parece mala la idea; y sobre todo, es preferible esa amplia Plaza que sería de gran utilidad pública, a ese Parque ridículo al que cada día acuden menos paseantes. ¿Dónde mejor que en ese sitio, centro de la ciudad, debe colocarse el monumento que se proyecta levantarle al padre de la Patria, José Martí? En días de manifestaciones, sonadas, regocijos, protestas, etc. etc., es costumbre de las grandes masas populares acudir a aquel sitio para exteriorizar sus deseos, y el buen padre de todos estará allí para aconsejarles tolerancia, amor patrio, sacrificio, civismo, fidelidad al ideal; todo, en fin, lo que constituyó la norma de su vida intachable y plena de altos y nobles ejemplos. Allí en el lejano lugar donde se intenta erigir su monumento, nos parece que no serán muchos los que se tomen la molestia de ir a visitarlo, y que cada día se le irá olvidando un poco... de lo que parece estarlo al presente.

en el puño reliquias de santos; y tomando en las manos una de hoja finísima y pesado puño, cincelado por orfebres granadinos, dijo así:

—A esta espada, Alonso, dicen «la Enriqueña», porque fué del señor Rey Don Enrique, de gloriosa memoria y con ella vi dar a vuestro padre un golpe famoso; fué en aquellos días en que el señor Sebastián de Peralta se alzó en armas contra la tiranía de los marqueses de Moya, a quienes la Reina Isabel había dado la tenencia de los Alcazares, y viendo desamparado su partido por traición de ciertos caballeros se encerró, con Gonzalo Fernández, el mozo y otros gentiles-hombres, en la parroquia de San Roman. Ante el Santísimo Sacramento juraron hermandad en tal forma que todos muriesen por la libertad de la ciudad. Y el día de San Matías cerraron los marqueses las puertas y postigos de la muralla, y ellos mismos, con los caballeros y clérigos del cabildo, sus allegados y sus amigos, antes de comer, vinieron todos armados con música de pifanos y tamborines y llenaron la plaza de San Roman; y comenzado el ruido, como un escudero de los nuestros fuese osado a tomar por las riendas el caballo de la marquesa doña Beatriz, quiso Rodrigo Fernández enseñarle cuán de otra manera se ha de tratar a las damas; rompió por entre los soldados y, con un gran golpe de esta espada, cortó la mano de aquel su criado, y tan empuñada tenía el sinventura las riendas de seda verde, que su mano cercenada cuivó; luego herido de muchas heridas que le hicieron los criados de los marqueses, volvió a la iglesia mi señor... Grandes días fueron aquellos, Alonso —continuó el mozo—; los últimos de bandera que hubo en la ciudad. Sólo quince hombres nos encerramos en la iglesia, y la asaltaron más de cuatrocientos; dieron tan reñidos combates y se cortaron tantas picas que las astillas cerraban las puertas y tuvimos que parar la pelea para dejarlas desembarazadas; y nos dieron luego otra muy recia embestida a las puertas con hombres armados y empavesados, hasta que saltamos un pasavelado que teníamos armado en la iglesia y llevó a un hombre de fuera las corazas y costillas, y otros cayeron muertos, y otros heridos, y también me hicieron a mí y a todos los de dentro; pero no lo sentíamos... sacó un clérigo de la iglesia el Santísimo Sacramento, y los de fuera, perdido ya aquel respeto y viendo que no podían entrar para cortarnos a todos las cabezas, pusieron fuego a la iglesia, y ardía toda ella, y caían las vigas sobre nosotros ardiendo, y los de dentro ardiamos caras y cuerpos, y todo sin quemarnos ni sentir el fuego, que fué gran milagro de Nuestra Señora y del señor San Roman; entonces los marqueses nos dieron partido honroso para que pudiéramos salir...

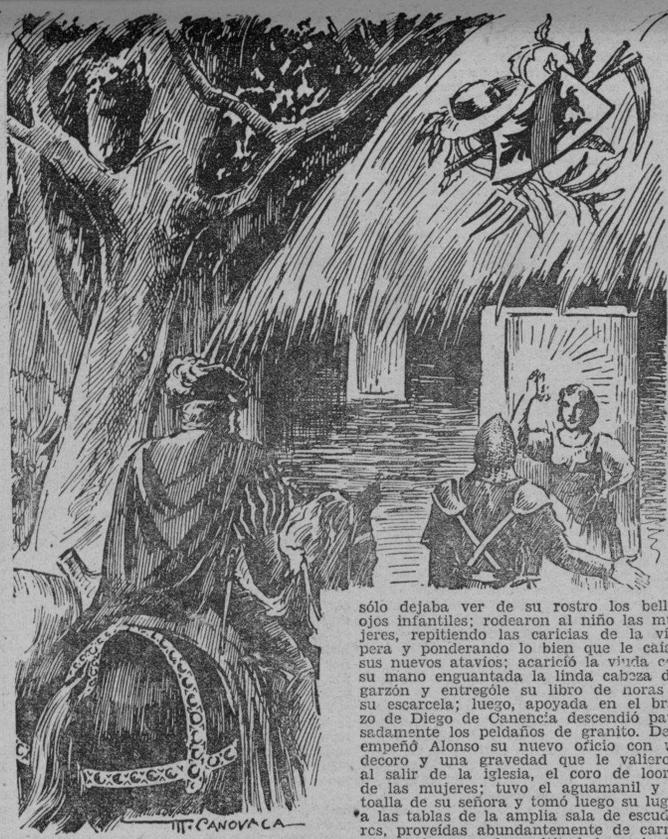
Al tiempo que Diego de Cenciana iba evocando ante el bastardo de su señor la gloria de aquellos días, un rayo de sol poniente penetraba por la ventana y ponía reflejos de sangre y de incendio en los bruñidos arneses, ya inútiles, que parecían añorar los choques y los humullos de Linajes, cuando la caballería de los Linajes era aún poderosa en la ciudad.

Cierto día, después de comer, Diego de Cenciana llevó al paje, ya muy aplomado en su oficio, a la camarilla donde guardaba el viejo regidor las alcándaras de las aves de caza. La casa de los Ossorio está sobre la muralla, y en su torre se apoyaba la puerta de San Juan, recomendada a la guardia de los de este linaje; el mismo muro de la ciudad sirve de cerca al huerto por el que nace de nacimiento, y uno de sus cubos se había dispuesto para pajarrera. Encaminándose a ella con el escudero, Alonso pudo ver, desde el adarve almenado, los arrabales de San Justo, el Salvador y San Lorenzo y los solos del río; después del cambio de su vida, el bello paisaje familiar, visto ahora desde tanta altura, parecía muy diferente de aquel en el que se había deslizado su alegre infancia. Cuando entraron en el oscuro aposentillo de las aves, espantáronse sus alados huéspedes y buscaron, para esconderse, lo más hondo de sus apartamentos, donde reducían sus redondos ojos, encarnizados como balajes o dorados como topacios; pero Diego les supo sosegar chasqueando la lengua, y les fué tomando uno por uno en la mano y llamando a todos con sus nombres y acariciando los plumajes; su acompañante aprendió, embebecido, cuáles de aquellos pájaros eran neblías y baharis, que llaman halcones gentiles porque tienen los talles muy nobles y las cabezas firmes y pequeñas, porque son más ardirosos y piden mejor vianda y ser siempre traídos en la mano del halconero —a causa del gran amor que han y de su gran corazón—, y cuáles otros eran halcones bastardos o fornicos, entre los que señaló cuatro linajes: gerifaltes, sacres, bornis y alfaneques, tomados unos en Noruega, otros en Alemania, en Saboya o en Portugal. Sentados luego en los poyos de la ventana, desde donde se descubrían las torres de los arrabales destacando su color de oro sobre las sierras azules, el mozo enseñó a su discípulo a aderezar capibrotos, plinajes y salteos; tanto le contaba mil historias de cetrería acaecidas a Gonzalo Fernández, el mozo, fa-

—Oh qué gentil es, y cuán gracioso paje ha de hacer mañana! —Mirad esos ojos que manan como los de mi señor, que esté en gloria, tan azules como los clavetes del campo, tan azules como las zarzamoras, los pelos crespos y espejados no le desmerecen, sino que le hacen más galán. —Alonso «el de San Martín» —démole por última vez esta acuña— creyó que soñaba, o que su alma había salido de este mundo y que estaba en los aposentos del cielo, donde Santa María le regalaba con su corte de vírgenes; pareciale que habían pasado para siempre las miserias y los trabajos, y sintió que un gozo inexplicable y nuevo, una extraña y tranquila dulzura le adornecía los

—Oh qué gentil es, y cuán gracioso paje ha de hacer mañana! —Mirad esos ojos que manan como los de mi señor, que esté en gloria, tan azules como los clavetes del campo, tan azules como las zarzamoras, los pelos crespos y espejados no le desmerecen, sino que le hacen más galán. —Alonso «el de San Martín» —démole por última vez esta acuña— creyó que soñaba, o que su alma había salido de este mundo y que estaba en los aposentos del cielo, donde Santa María le regalaba con su corte de vírgenes; pareciale que habían pasado para siempre las miserias y los trabajos, y sintió que un gozo inexplicable y nuevo, una extraña y tranquila dulzura le adornecía los

(Continúa en el próximo número)



sentidos... Inconscientemente cayó de hinojos delante de la linda niña de las tocas monjiles.

—VIII— Apenas hubo amanecido el otro día, Diego de Cenciana, escudero que fué de Gonzalo Fernández, el mozo, penetró en la cámara de los pajes, en la que ya no quedaba sino Alonso, que dormía pesadamente las fatigas y las emociones de la víspera, sobre un jergoncillo. Era aquél un mocetón tallado, de largos miembros y aire inteligente, diestrisimo en toda clase de ejercicios, que había sido desde la niñez compañero inseparable del difunto. Despertó al niño el mancebo, le hizo despertarse y, todavía no bien acordado, le llevó a la sala de escuderos, y allí le trocó su sayo de estameña por jubón de falda y calzas todo de luto; recortó luego sus guedejas y dióle un bonetillo para que se tocara, con lo cual dejóle convertido en el más gentil paje que a un imaginero pudiera dibujar para tenante de un blason.

En el amplio portal, iluminado apenas por un farolillo, algunos mozos de cuadra, medio dormidos, jugaban a los dados sobre un poyo de piedra, y apenas si demostraron verles; pasaron luego a los chastreros de un patio, iluminado sólo por la luna, y tomaron por una gran escalera; luego atravesaron unas galerías y vastas antecámaras poco amuebladas y apenas alumbradas, en todas las cuales había algún durmiente, paje o criado, sobre bancos o esteras, hasta llegar a una puerta por cuyas junturas salía viva luz; golpeó con los nudillos el caballero, y una voz, desde una puerta en negro paños, le abrió al punto.

—Decid a doña Aldonza que he de verla ahora y que traigo conmigo al muchacho que sabe, para que la bese las manos. —Hizo la dueña grandes demostraciones de asombro y júbilo y corrió a prevenir a su señora, harto más ligera de lo que prometía su gravedad. Sigieron la los hombres con Alonso, y a poco pareció otra vez la vieja venerable, avanzando un tapiz que cubría la entrada a una cámara chica y muy iluminada. No había visto nunca el niño tan magníficos paramentos ni tantas luces, y así, cerró los ojos deslumbrado; cuando pudo abrirlos vió, sentada en el fondo de la dorada camarilla, una damita, tan bella como una estampa de la Virgen, rodeada de otras mujeres, jóvenes y bellas también. Púsole el escudero delante de aquella hermosa señora de las otras, la cual le tomó en los brazos, le acarició muchas veces y le besó en la frente, mojóndosela con sus lágrimas; luego todas las otras mujeres se le disputaron para contemplarle y acariciarle entre una algarabía de agudas voces:

—Oh qué gentil es, y cuán gracioso paje ha de hacer mañana! —Mirad esos ojos que manan como los de mi señor, que esté en gloria, tan azules como los clavetes del campo, tan azules como las zarzamoras, los pelos crespos y espejados no le desmerecen, sino que le hacen más galán. —Alonso «el de San Martín» —démole por última vez esta acuña— creyó que soñaba, o que su alma había salido de este mundo y que estaba en los aposentos del cielo, donde Santa María le regalaba con su corte de vírgenes; pareciale que habían pasado para siempre las miserias y los trabajos, y sintió que un gozo inexplicable y nuevo, una extraña y tranquila dulzura le adornecía los

(Continúa en el próximo número)



# ¿Puede Predecirse el Mañana?

Por Elena Betancourt

¿QUE será lo que usted esté haciendo dentro de un mes, un año o un lustro? ¿Cómo será el mundo dentro de cincuenta años? ¿Habrá paz en él o estará lleno de guerras y revoluciones?

¡Sin duda usted querría saberlo! Los astrólogos y quirománticos tendrán mucho gusto en anticipárselo, lo mismo que los políticos y los expertos en economía.

Recientemente, el Dr. Pitirim A. Sorokin, profesor de sociología de la Universidad de Harvard y presidente del Congreso Internacional de Sociología, hizo un estudio acerca de las predicciones y su eficiencia.

El mismo Dr. Sorokin le ofrece al mundo unas cuantas asombrosas profecías sobre las posibilidades de las guerras y las revoluciones en América, así como sobre el futuro de la democracia americana, profecías que no se basan solamente en los trabajos que pudiéramos llamar de rebusca, sino también en la información de primera mano que el mencionado doctor ha sacado de sus viajes por esta tierra turbulenta.

El Dr. Sorokin fué uno de los líderes de la revolución rusa, y, bajo el régimen bolshévique, tres veces escapó por el ancho de un pelo de ser ejecutado. Por último desapareció de Rusia y vino a Norteamérica en 1923.

Su estudio sobre las predicciones se divide en dos partes:

Primera: ¿Con qué grado de precisión podemos anticipar las acciones de grandes grupos de humanidad, tales como los que integran las naciones?

Segunda: ¿Con qué grado de precisión podemos anticipar las acciones de grandes grupos de humanidad, como los que integran las naciones?

Para resolver el primer problema, el doctor, Sorokin tomó a 150 hombres y mujeres como sus asistentes, en cuyo grupo habían estudiantes, artistas, empleados, taquígrafos, mujeres casadas, profesores, directores de negocios y profesionales de distintas ramas. Y a todos les dijo:

—Deseo que me hagan un programa que explique claramente cómo esperan pasar cada minuto del día de mañana. Otro que se refiera a pasado mañana, un tercero que tenga que ver con sus actividades dentro de una semana, y uno, último, que me diga lo que piensan hacer dentro de un mes. Digan con exactitud a qué horas piensan dormir, comer, hacer visitas, trabajar etc.

—Luego,—continuó el doctor—compa-



¿Quién puede adivinar la escena idílica que surgirá de un inocente paseo en automóvil?

ren cuidadosamente, minuto por minuto, lo que pensaban hacer y lo que realmente hicieron.

La mayor parte de sus auxiliares cumplieron lo ofrecido y en tres meses habían anotado sus actividades durante más de 200.000 horas.

EL doctor se encontró con que, al hacer las predicciones con un día de anticipación la desviación era de 305.43 minutos por día, es decir, que en unas cinco horas por cada veinticuatro el tiempo no había sido pasado como el individuo había anticipado.

Cuando las predicciones fueron hechas con dos días de anticipación, la desviación fué mayor, de 353.68 minutos por día, o unas seis horas por cada 24. Con un mes de anticipación, el error era de 498.81 minutos o unas 8 horas.

El estudio reveló aspectos gratiosos en los hábitos de los que realizaban el experimento. Así las personas casadas fueron en un 26 por ciento más precisas en sus predicciones que las solteras. En cuanto a la comparación entre hombres y mujeres, los hombres fueron en un 48 por ciento más seguros al anunciar sus acciones con 24 horas de anticipación.

También pudo verse que las profecías

plificada por el tiempo, la salud, las acciones de los demás y otras cosas que nadie puede anticipar.

El segundo problema del Dr. Sorokin se refería a las predicciones acerca de grandes grupos de humanos. Por ejemplo, ¿cómo podremos anticipar lo que será América dentro de 10 o de 50 años?

—Podemos hacernos una idea del sesgo que puedan tomar los acontecimientos—concede el Dr. Sorokin.—Pero nuestras predicciones estarán siempre llenas de condicionales que nos obligarán a decir: "Si la prosperidad retorna, y si se queda largo tiempo con nosotros, el número de desempleados decrecerá."

—No podemos ser positivos,—continúa—porque las naciones, como los individuos, dependen para sus actos de gran número de factores imponderables, tales como accidentes, condición del tiempo y aparición en el firmamento político de individuos de la categoría de Mahoma o Hitler.

—El estudio de la historia, sin embargo, nos da muchos indicios acerca del futuro. El nos permite advertir la trayectoria de los acontecimientos pasados bajo circunstancias distintas, con lo que podemos suponer lo que ocurrirá ahora en condiciones similares.

—Por ejemplo, vemos lo que nos dice la historia acerca de la actual tendencia hacia la guerra. Mucha gente cree que, a pesar de la violencia actual, las guerras son menos frecuentes y menos violentas ahora que en el pasado, en la Edad Media, por ejemplo, y que desaparecerán por entero. Pero la historia no está de acuerdo con esa pretensión o creencia.

HACE varios años hice—dice—un estudio de las guerras, que se remontaba a seiscientos años antes de la venida de Cristo al mundo. En ese estudio quedaban incluidas las guerras de Grecia y de Roma, así como las de otros ocho países de Europa. Hice una comparación de esos veinticinco siglos, teniendo en cuenta no solamente las guerras sino también el tamaño de los ejércitos que intervenían en ellas, el número de bajas que sufrían los contendientes, en relación con la población de los respectivos países, etc.

—He aquí, expuesto brevemente, el sorprendente resultado de mis cálculos: —El período que comprende los años de 1900 a 1925, constituye los cinco lustros más sangrientos que hemos tenido desde la época que inicia mi estudio, es decir, 600 años antes de Cristo.

—Y desde 1925 se ha derramado todavía más sangre, debido principalmente a la guerra italo-etíopica, a la invasión de China y al terrible conflicto que está destruyendo a España.

## LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

### el ALCAUDÓN O PEGA REBORDA

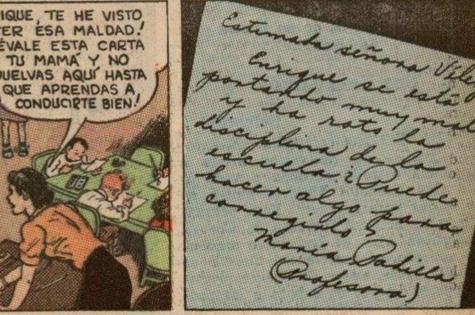
HABITA EN AMBOS HEMISFERIOS DE LA TIERRA Y ESTÁ CLASIFICADO COMO UN PAJARO CÁNORO, AUNQUE SU CANTO ES UN RUÍDO COMO UN GRAZNIDO.

ES CARNÍVORO Y TIENE EL HÁBITO DE MATAR INSECTOS, LAGARTIJOS PEQUEÑOS Y MAMÍFEROS QUE LUEGO CLAVA EN LAS ESPINAS DE LOS ÁRBOLES.

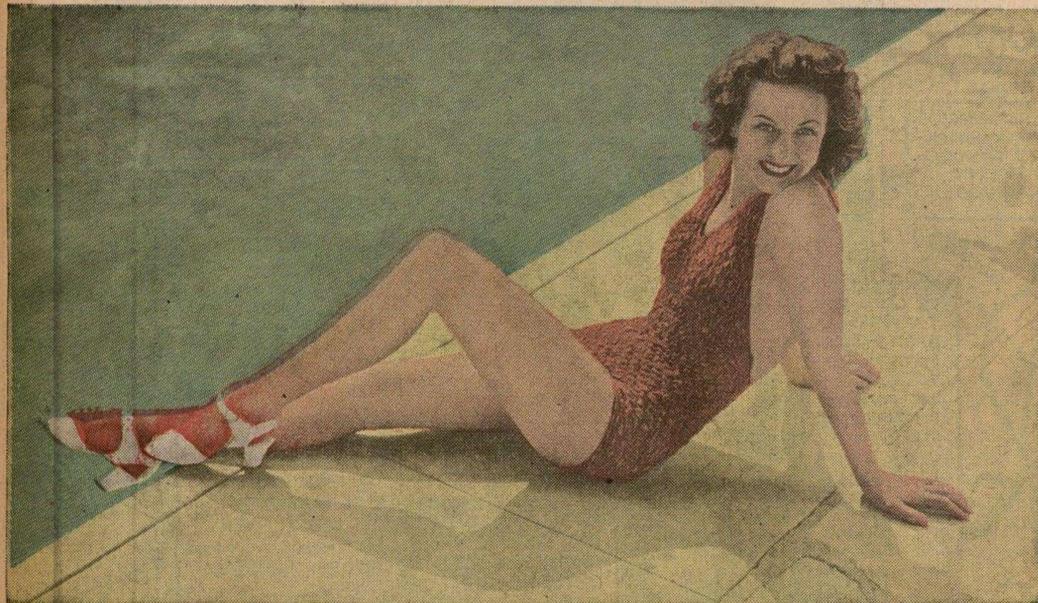
NADIE SABE CON QUÉ OBJETO CLAVA A SUS VÍCTIMAS DE LAS ESPINAS. UNOS DICEN QUE POR MERA CRUELDAD; OTROS QUE PARA ALMACENAR EL ALIMENTO. TAMBIÉN SE CREE QUE LAS FIJA EN LAS ESPINAS PARA DEVORARLAS CON MÁS FACILIDAD, PUES NO PODRÍA SUJETARLAS CON SUS DÉBILES PATAS.

TIENE UN PICO FUERTÍSIMO Y CURVADO COMO EL DE LAS ÁGUILAS, PERO SUS PATAS SON COMO LAS DE LOS PAJAROS COMUNES Y CORRIENTES.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York



# DANIELLE DARRIEUX LA ÚLTIMA SENSACIÓN



Uno de sus entretenimientos favoritos en los parques públicos de los Estados Unidos.

esto aquí, pues ya en una feria de París había hecho de las suyas lanzándose doce veces en un paracaídas. No solamente le gustan estos entretenimientos, sino que ha persuadido a su marido, que fué aviador en una de las escuadrillas más famosas de la guerra europea, de que no debe aventurarse él a tales extravagancias. A cambio de que él la complazca en lo de los paracaídas y aeroplanos, ella le ha prometido no montar en motocicleta.

Al contrario de lo que sucede con las demás estrellas, tiene resuelto hacer las proezas que le ordenen en sus películas, sin valerse del truco de los "dobles". Todavía no ha tenido que tomar parte en escenas violentas, excepción hecha del día en que le realizaron la prueba fotogénica en la Universal. William Gargan, el actor que la acompañaba en la prueba, la tenía que sacar de la cama y empujarla para todos lados. A la muchacha (sólo cuenta 20 años) no se le olvidó ni una palabra del diálogo que consistía de seis páginas. Dice que se lo aprendió en dos lecturas, y que los papeles en francés se los aprende con leerlos una sola vez, pues posee una memoria fotográfica. Su marido opina que la prueba que le hicieron en la Universal quedó mejor que cualquiera de las que le tomaron anteriormente. La Darrieux aparece mejor fotografiada y con una voz más convincente que en cualquiera de sus cintas europeas.

En cuanto a la prueba del maquillaje, el estudio la pronunció ciento por ciento perfecta, y en esto hay que reconocerle todo el crédito a ella pues no utilizó los servicios de ningún experto. Cuando se negó a dejarse preparar el rostro por el perito, uno de los jefes de la compañía le dijo:

—¿Usted no sabe que este experto pintaba a Boris Karloff y le ayudó a ganarse un millón de dólares con sus caracterizaciones?

—¡Yo me conozco a mí misma hace veinte años—contestó Danielle— y a este hombre perito no hace sino un día que lo conozco! ¡Los peritos hacen aparecer iguales a todas las mujeres, pintándolas idénticamente hasta las pestañas, una por una! ¿Cree usted que yo estoy interesada en parecerme a Karloff? De ningún modo se lo permitiré.

Esta joven es, en honor a la verdad, un tipo hermosísimo que casi no necesita maquillaje. Posee un rostro ovalado. Para completar, llegó cargada de baúles llenos de vestidos diseñados por la Schiaparelli, que indudablemente le dan un realce estupendo a su imponderable belleza natural.

DANIELLE está muy a gusto con los matices verdes y azules, que son los de sus grandes ojos mediterráneos. Muestra entusiasmada a sus visitantes femeninas un hermoso vestido de saín blanco, elaborado totalmente en plisados. Pero su prenda de vestir favorita es el traje sastre de terciopelo con chaquetilla estilo húsar, adornada con cordoncillos dorados.

Tiene un vestido para de noche en el que no le permitieron retratarse para los periódicos porque carece de tirillas para sujetarlo a los hombros.

—¿Qué daño puede hacer la falta de dos tirillas insignificantes?— se preguntaba, perpleja, recordando que los productores ya le habían permitido fotografiarse en traje de baño...



Los franceses afirman que posee los ojos más hermosos del mundo, pero a juzgar por esta foto, cuenta con otros atractivos de no menos hechizo...

Por Sam Lukas

Hollywood

CUANDO una compañía cinematográfica de Hollywood invita a una estrella europea a venir a los Estados Unidos, nunca se sabe lo que va a suceder. Para persuadir a estas actrices famosas de Europa se necesitan miles de francos, o marcos, o lo que sea, al cambio del día. Y de cada diez casos, nueve solamente producen fuertes dolores de cabeza a los productores.

Citemos algunos nombres por vía de ejemplos. Germaine Aussey llegó con una gran publicidad y se desvaneció misteriosamente. Jan Kiepura y su celebrada garganta se han hecho sal y agua. Simone Simon lleva un año y pico de tratamiento intenso y es ahora que empieza a recuperar de sus ataques de mal genio. Kette Galli ha desaparecido sin dejar rastro alguno. Anna Sten hace esfuerzos por reintegrarse al lienzo como una nueva figura transformada por el imperativo de la diosa necesidad.

La excepción más interesante del grupo es Danielle Darrieux, que desde que llegó a los estudios Universal ha puesto a todo Hollywood a cantar la tonada de la Marsellesa.

Millones de sus compatriotas la proclaman la artista más popular de Francia y de Europa, y la mujer que tiene los ojos más hermosos del mundo. Los fotógrafos de la prensa y de los estudios cinematográficos, que saben apreciar la belleza instantáneamente, exclaman cuando se les menciona el nombre de Danielle: "¡Esa sí que es una muchacha linda! ¡Se ve bien en cualquier clase de fotografía!"

Danielle es muy amable con los periodistas y los fotógrafos, y el día que desembarcó en Nueva York se dejó tomar 180 fotos diferentes. Lo único que no hace es conceder entrevistas antes de las once de la mañana, probablemente porque no se acostaba sino hasta después de las doce de la noche, ya que tiene que acudir a las clases cinematográficas nocturnas en compañía de su marido, el escritor Henri Decoin. La Darrieux quiere ver muchas películas para observar cómo trabajan, hablan y se presentan los artistas norteamericanos. Se asegura



Se hace su propio maquillaje sin ayuda de los expertos

que la Universal le ha firmado un contrato de cinco años a un costo total de un millón de dólares para que haga dos cintas anuales. No piensa regresar a su país con excusas pueriles basadas en el desconocimiento del idioma, pues el estudio la hace aprender el inglés sin despojarla de ese leve acento que tanto conviene para que el público sepa que se trata de una extranjera.

A pesar de las lecciones de inglés que toma, todavía no se aventura a conceder entrevistas para la prensa sino a través de su intérprete, una muchacha llamada Mary Lee Martin que ha sido condecorada por el gobierno francés por su excelente trabajo como traductora.

MADAME DARRIEUX, su marido y una perrita escocesa llamada Flora, viven en la casa de Anatole Litvak, el hombre que dirigió la cinta más importante de la actriz en Europa, titulada Mayerling. Esta casa es una Babel, con el chófer sueco, el criado húngaro que habla seis idiomas, inclusive el dialecto tagalo, pero ni jota de francés, y un cocinero cuya nacionalidad es un misterio, aunque sabe cocinar unos excelentes platos yanquis.

—¡Todo lo americano—dice ella muy graciosa—est formidable! Jalea con la carne, como en Alemania; las tiendas de 5 y 10 centavos; Charlie McCarthy, el muñeco del ventrílocuo Bergen; la música sincopada; el clima...

Bella, talentosa, encantadora... ¿qué más adjetivos podemos aplicarle a Danielle Darrieux, la joven estrella francesa que parece haber tomado por asalto a Hollywood después de consagrada por Europa?

Le mencionamos la tradicional costumbre yanqui de esperar la llegada de Santa Claus el día de Navidad, y en seguida exclamó:

—¡Ah, sí, en París iba a la escuela con dos amiguitas americanas! El día de Santa Claus le poníamos medias vacías y el viejo nos las llenaba de juguetes.

Fué mientras estaba en esta escuela parisina que comenzó la carrera artística de Danielle Darrieux. En aquella época estudiaba violoncelo a instancias de su padre, que era médico y músico, y de su madre, que era cantante. Un día leyó un anuncio en el que solicitaban los servicios de una muchacha joven para hacer el papel estelar en una película que se titularía La Bal. No se necesitaba experiencia previa y Danielle se en-

caminó a donde indicaba el anuncio. Le hicieron la prueba fotogénica y obtuvo la colocación.

Después de esa fecha no se daba tregua tomando parte en cuantas películas podían hacer los productores. Luego se cambió a otro estudio cinematográfico y allí la trataron mejor, escribiéndose una obra especialmente para ella. Pronto conoció a su actual marido, Monsieur Decoin, quien escribió una de sus cintas en colaboración con Henry Koster, que más tarde había de actuar de director de la niña-prodigio, Deanna Durbin. Decoin la enamoraba principalmente llamándola por teléfono por las noches para discutir sobre los personajes y las tramas de las próximas cintas. Estando en su viaje de novios recibieron un telegrama

de Charles Boyer en que se le ofrecía a Danielle el papel principal de la película Mayerling.

Con esta interpretación magistral, que la sacaba del género de la comedia, la Darrieux quedó consagrada, a los 18 años de edad, como una de las grandes sensaciones de la temporada europea. A raíz de la filmación de Mayerling hizo tres o cuatro películas más y entonces decidió retirarse de la pantalla y dedicarse al teatro legítimo.

Mientras tanto su esposo había escrito

una obra titulada Un Juego Peligroso, que fué estrenada con enorme éxito en Bruselas antes de representarse en París. No le bastaban estos laureles, ni le bastan ahora que ha podido ver cómo idolatra el público a las estrellas de cine en los estrenos de Hollywood.

Danielle y su esposo frecuentan muy poco los lugares nocturnos de diversión de esta capital. Entre sus amistades más íntimas cuentan a Charles Boyer y esposa, Fernando Gravet y esposa, Anatole Litvak y Henry Koster, este último

encargado de dirigir su primera película en inglés que se titulará El Furor de París.

Uno de los entretenimientos predilectos de Danielle es visitar los grandes salones de baile y los parques de recreo, donde puede ver gente de todas las categorías. Le gusta montarse en las montañas rusas, en los botes de motor, en las motocicletas y en todos esos aparatos locos que los norteamericanos inventan para divertir al público.

La Darrieux no se ha contagiado de



# DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 6 DE FEBRERO DE 1938

## BLANCA NIEVE

Y LOS SIETE ENANITOS.

POR WALT DISNEY

SI TIENIENDO MIRADA POR MILES DE OJILLOS, BLANCA NIEVE DEVA DE LLORAR.



¡QUÉ TONTA HE SIDO! ¡NO SÉ POR QUÉ HE DE TENERLE MIEDO AL BOSQUE. ¡A VER SI NOS HAN ENCONTRADO A LOS AMIGOS, ¿EH?



¡NO, COMO UDS. TENDRÉ QUE VIVIR EN EL BOSQUE... ES DECIR, SI ENCUENTRO UN ALBERGUE!



¿SABEN, AMIGUITOS, EN DÓNDE PUEDO COBIJARME?



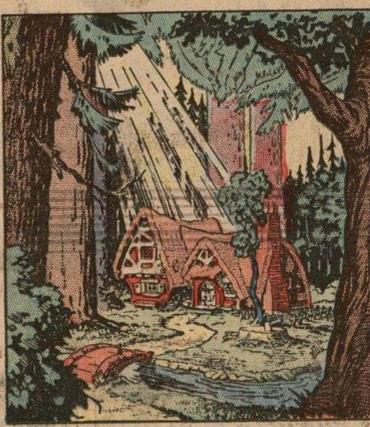
¡AH! ¿SÍ? ¡PUES, ENTONCES, A LLEVARME ALLÁ!



LOS ANIMALITOS CONDUCEN A BLANCA NIEVE A LO MÁS PROFUNDO DEL BOSQUE.



POR ENTRE EL RAMAJE, QUE HACEN A UN LAGO, APARECE DE PRONTO.



¿QUIÉN VIVIRÁ EN ESA CASITA TAN LINDA?



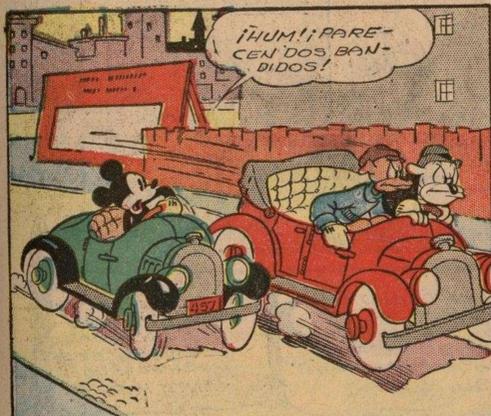
MIENTRAS TANTO, SIETE HOMBRECILLOS SALEN DE UNA MINA Y TOMAN EL CAMINO DE SUS CASAS.

## EL RATON MIGUELITO

REGISTERED

U.S. PATENT OFFICE

¡NUM! ¡PARECEN DOS BANDIDOS!



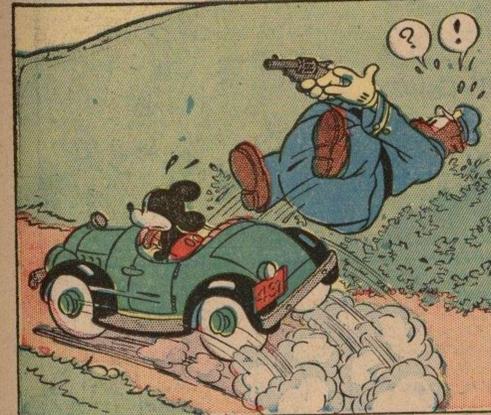
¡SIGA A ESE AUTO, PERO A TODA VELOCIDAD!



¡ACELERE, QUE LA RECOMPENSA SERÁ GRANDE!



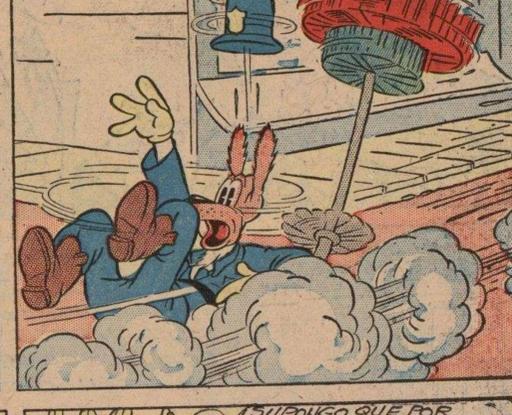
¡TÁTAJE POR EL CAMINO DE LA IZQUIERDA!



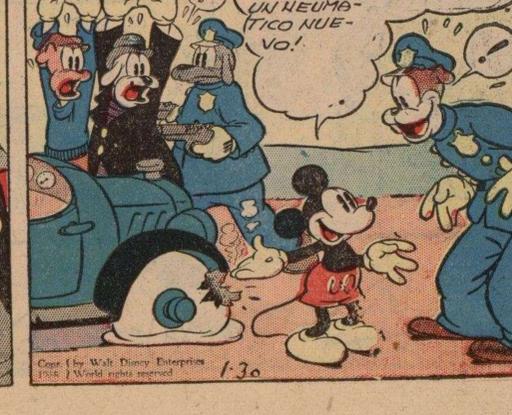
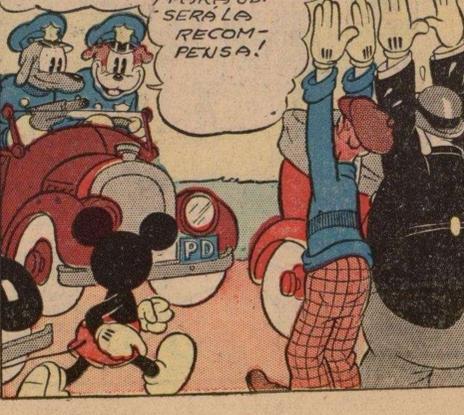
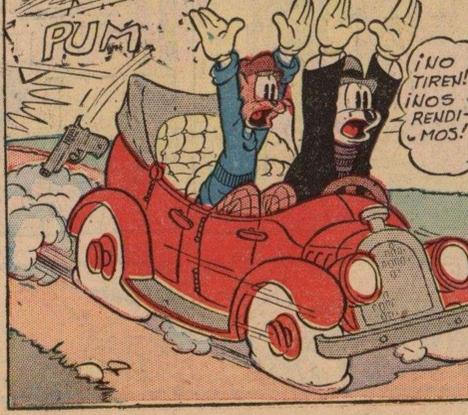
¡ME PARECE QUE OS VAMOS A ATRAPAR!



¡NO LE HAREMOS CASO! ¿VERDAD, SEÑOR POLICIA?



¡LOS TENEMOS ACORRALADOS! ¡UY!



Copyright © 1938, Walt Disney Enterprises. All rights reserved.

# WONG-LO

BRANDON WALSH

EL DESTINO GUIA EL "ADAM CHESTER" POR EL MAR EMBRAVECIDO Y LO HACE NAUFRAGAR EN UNOS ARRECIFES QUE RODEAN LA ISLITA DONDE EL "DELFIN" HA ENCALLADO. TOMÁS, WONG-LO, CARLITOS Y LOS DOS MARINEROS LEALES ECHAN AL AGUA SU BOTE Y JUGÁNDOSE LA VIDA, LOGRAN SALVAR A LA MAYORÍA DE LOS AMOTINADOS.

¡LOS MARINEROS TRABAJAN CON SUIMO Y CON UNA SEMANA DE BUEN TIEMPO EL "DELFIN" QUEDARÁ EN CONDICIONES DE VOLVER A NAVEGAR!

¡SÓLO LOS LIOSOS PUE- LES COLEL LA COLTINA QUE OCULTA LO FUTU- LO!

¡MIREN LO QUE HE COGIDO!

¡MUY BIEN, CAMA- RADA! ¡ESTOY OR- GULLOSO DE TI!

¡AL HOMBRE A FORTUNALO LE SALEN TLECE POLLITOS LE UNA LOCEÑA LE HUEVOS!

¡ESTAMOS PERDIE- DO EL TIEMPO! ¡ES TETRAPO VIEJO ES INAPROVECHA- BLE!

¡MIL BASTRES NO PODRÍAN COMPROBERLO!

¡MUCHOS CAME- LLOS VIEJOS LLE VAN AL MELCALO LAS PIELS LE OTLOS MÁS JO- VENES.

¡CAMARADAS! ¡AHÍ VIENE UNA FLOTA DE CA- NOAS!

¡QUÉERROS ILDIGEUS! ¡ESTAMOS PERDIDOS!

¡A BORDO TODOS! ¡PRONTO, QUE VA A HABER GRES- CA!

¡PALA EVITAL PENAS NO HAY COMO MOLILSE JOVEN!

¡LEPLENEN SU JUSTIFICA LA IMPA- CIENCIA! ¡EL QUE ENOJALO NO HABLE LA BOCA PODLA SIEMPLE CEL' LAL LOS OJOS EN PAZ!

¡PUEDE CERRAR LOS OJOS... ESO SI...! PERO LO IMPORTANTE ES QUE LOS PUEDA OBRIR DESPUÉS!

## ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh

GRACIAS, SEÑORA POR PERMITIRME CORTAR UN TROZO DE MADERA MIEU- TRAS HABLO. ES UN HABITO TONTO, PERO YO ME IMAGINO QUE ME AYUDA A PENSAR. MÁS CLARO.

NO SE ENORGULLECE PO- DER OBSERVAR ESA EXCENTRICIDAD DEL DETECTIVE MÁS FAMOSO DE TODA AMERICA.

AUNQUE NO FUESE FAMOSO SIEMPRE NOS LLENARÍA DE BRGULLO EL SABER QUE ES AMISO DE ANITA.

TIENEN UDS. RAZÓN EN CREERME AMIGO DE ANITA, PERO NO SOY DETEC- TIVE SINO UN SIMPLE INVESTIGADOR, PRIVADO QUE HA TENIDO LA SUERTE DE ACLARAR UNOS CUAN- TOS CASOS POLICIA- COS.

LA SEÑORA MALGENIO ES UNA MUJER DESALMADA QUE SE HA ENRIQUECIDO ILÍCITAMENTE CON SU ASILO. ¡HAY PER- SONAS A QUIENES, POR RAZONES INCON- FESABLES, LES CONVIENE QUE UN NIÑO QUEDA OCULTO PARA EL MUNDO.

CUANDO UNA CRIATURA ENTRA EN EL ASILO DE LA MALGENIO, QUEDA COMO SEPULTADA Y SI ESA MUJER TERRIBLE LOGRA ENTERARSE DE LA HISTORIA DE LA PEQUEÑA VICTIMA, SE APROVE- CHA DE ELLO PARA TRA- TAR DE HACER UN CHAN- TAJE.

¡ES POSIBLE QUE UN TRIBU- NAL HAYA CON- FERIDO TALES DE RECHOS A SEM- JANTE HARRIA?

SI, DENTRO DE LA LEY SUCEDEN COSAS EX- TRÁÑAS, PERO AL FINAL LA JUSTICIA Y NO LA LEY TRIUNFA. LA AUTORIDAD DE ESA SEÑORA TOCA A SU FIN, Y ESTE VA A SER UNO DE LOS MÁS SQUADOS!

¡ALABA- DO SEA DIOS!

¡ES UD. UN SANTO, SE- ÑOR FLINT!

¡EH, SE- ÑOR MAR- TIN!

¡LOS ARBUSTOS VERDES DEL RIÑÓN DEL IN- VERNÁCULO ESTÁN LLE- NOS DE GRANDES FLO- RES ROSADAS, DE UN 'PERFUME DELICIOSO! ¿NO LE PARECE QUE ESO ES MAG- NIFICO?

SI, QUERIDA. TODO ES MAG- NIFICO, AHORA

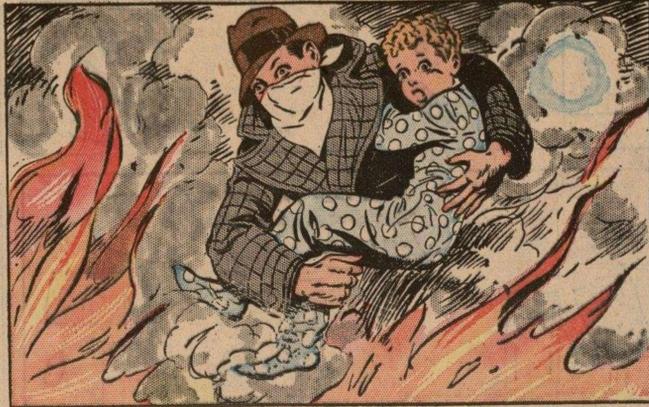


# MODESTO RIZOS



MODESTO VE SALIR HUMO DEL SÓTANO DE UNA CASA HABITADA POR UN GRAN NÚMERO DE FAMILIAS.

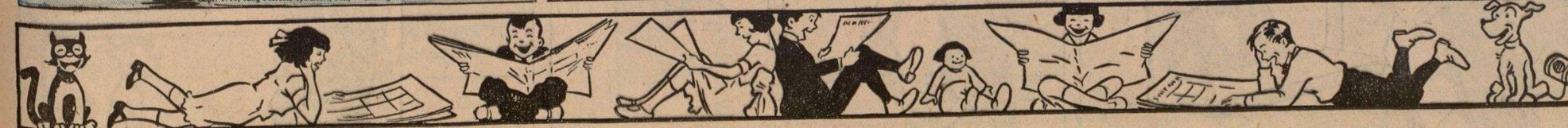
Y CORREA DAR LA ALARMA

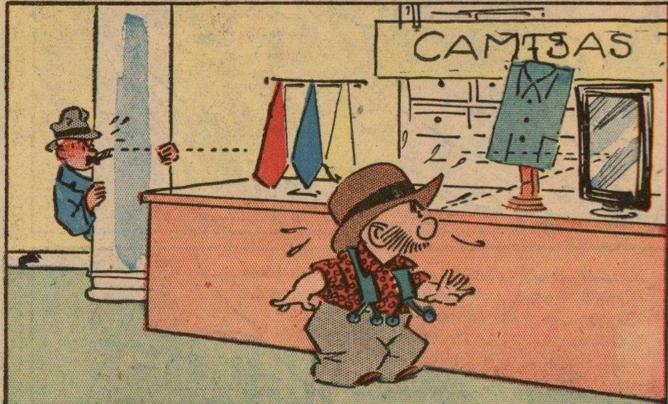
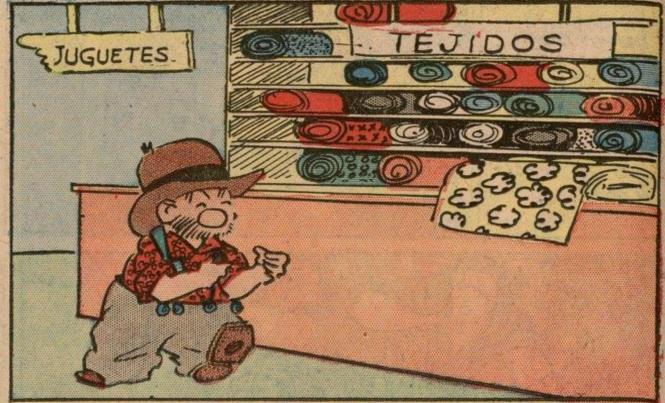


## AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

## Lyman Young





PEDRO HARAJOS

